ANATOMÍA de la TRAICIÓN

Pedro G. Cuartango

Lectulandia

«Un lluvioso día de octubre de 1979 en Berlín crucé el Checkpoint Charlie, la frontera que separaba dos mundos: el capitalista y el comunista. Fue en aquel momento cuando descubrí la existencia del universo de los espías, unos seres que se jugaban la vida por razones misteriosas, rodeados de un aura de romanticismo y riesgo».

Los servicios secretos alemanes del Tercer Reich, los soviéticos de la KGB, los norteamericanos de la CIA o los británicos del MI5, se nutrieron de hombres y mujeres cuya psicología —en muchos casos, patológica— es desvelada por la fina pluma de Pedro García Cuartango.

Anatomía de la traición indaga en los motivos que los impulsaron a vivir al límite, borrando su identidad para convertirse en espías y cambiar con sus acciones el curso de la Historia. Por las páginas de este libro, escrito en el año de la muerte de Ian Fleming, desfila una galería de personajes que traicionaron o afirmaron sus ideales por dinero, por sexo, por ambición, por convencimiento, por miedo o por todo a la vez.

Un universo no tan claro de buenos y malos, de bloques políticos antagónicos, surgidos del Muro de Berlín, La Guerra Fría, el Telón de Acero y las oscuras tramas de poder que hicieron del mundo un tablero de ajedrez del que solo podría salir un ganador.

Pedro García Cuartango

Anatomía de la traición

ePub r1.0
Titivillus 25.11.2024

Pedro García Cuartango, 2021

Editor digital: Titivillus
ePub base r3.0 (ePub 3)

Índice de contenido

TODO EMPEZÓ EN BERLÍN (LAS FUENTES DEL LIBRO)
ANATOMÍA DE LA TRAICIÓN

EN EL TÚNEL DE LAS PALOMAS
¿FIELES O TRAIDORES?

HETERODOXOS Y ROMÁNTICOS

LOS ORÍGENES

Mata Hari
Sidney Reilly
Juan Martínez
Jesús Monzón
Karin Lannby
Violette Szabo
Marcelle Ninio
William Joyce
Isser Harel
APÉNDICE

BAJO LA HOZ Y EL MARTILLO

ENTRE EL TERROR Y LA PATRIA

Alexander Orlov

África de las Heras
Viktor Abakumov
Nikolai Yezhov
Pavel Sudoplatov
Leopold Trepper
Alan Nunn May
Klaus Fuchs
Oleg Penkovski
Dmitri Poliakov
Oleg Gordievski
Rudolf Abel
Aleksandr Litvinenko
Yuri Andropov

AL SERVICIO DE SU MAJESTAD

DOS SERVICIOS, UNA MISMA PATRIA

Leslie Howard
Nancy Wake
Amy Elisabeth Thorpe
Jasper Maskelyne
Jan Baalsrud
Ewen Montagu
Joan Pujol (Garbo)
Eddie Chapman
Dusan Popov
Kim Philby
Donald Maclean
Guy Burgess

Ian Fleming
John Cairncross
Anthony Blunt
George Blake
Christine Keeler
Roger Hollis
Peter Wright
Stella Rimington

ALEMANES DIVIDIDOS

LA ABWEHR, UN INSTRUMENTO DE HITLER

Walter Schellenberg
Wilhelm Canaris
Reinhard Spitzy
Juan Gómez de Lecube
Richard Sorge
Rudolf Roessler
Markus Wolf
Günter Guillaume
Erich Mielke

LA CIA ESTABA ALLÍ

EL ÁGUILA Y LA ESTRELLA

William Donovan
Reinhard Gehlen
Frank Wisner
James Jesus Angleton

Richard Bissell
Robert Hanssen
William Colby
Aldrich Ames

Sobre el autor

A John le Carré.

Índice de contenido

Cubierta
Anatomía de la traición
TODO EMPEZÓ EN BERLÍN (LAS FUENTES DEL LIBRO)
ANATOMÍA DE LA TRAICIÓN
    EN EL TÚNEL DE LAS PALOMAS
    ¿FIELES O TRAIDORES?
HETERODOXOS Y ROMÁNTICOS
    LOS ORÍGENES
        Mata Hari
        Sidney Reilly
        Juan Martínez
        Jesús Monzón
        Karin Lannby
        Violette Szabo
        Marcelle Ninio
        William Joyce
        Isser Harel
        APÉNDICE
BAJO LA HOZ Y EL MARTILLO
    ENTRE EL TERROR Y LA PATRIA
        Alexander Orlov
        África de las Heras
        Viktor Abakumov
        Nikolai Yezhov
        Pavel Sudoplatov
        Leopold Trepper
        Alan Nunn May
        Klaus Fuchs
        Oleg Penkovski
        Dmitri Poliakov
        Oleg Gordievski
        Rudolf Abel
        Aleksandr Litvinenko
        Yuri Andropov
AL SERVICIO DE SU MAJESTAD

DOS SERVICIOS, UNA MISMA PATRIA
Leslie Howard
Nancy Wake
Amy Elisabeth Thorpe
Jasper Maskelyne
Jan Baalsrud
Ewen Montagu
Joan Pujol (Garbo)
Eddie Chapman
Dusan Popov
Kim Philby
Donald Maclean
Guy Burgess
Ian Fleming
John Cairncross
Anthony Blunt
George Blake
Christine Keeler
Roger Hollis
Peter Wright
Stella Rimington
ALEMANES DIVIDIDOS
LA ABWEHR, UN INSTRUMENTO DE HITLER
Walter Schellenberg
Wilhelm Canaris
Reinhard Spitzy
Juan Gómez de Lecube
Richard Sorge
Rudolf Roessler
Markus Wolf
Günter Guillaume
Erich Mielke
LA CIA ESTABA ALLÍ
EL ÁGUILA Y LA ESTRELLA
William Donovan
Reinhard Gehlen
Frank Wisner
James Jesus Angleton
Richard Bissell
Robert Hanssen

William Colby
Aldrich Ames
Sobre el autor

TODO EMPEZÓ EN BERLÍN (LAS FUENTES DEL LIBRO)

Un lluvioso día de octubre de 1979 en Berlín crucé el Checkpoint Charlie, la frontera que separaba dos mundos: el capitalista y el comunista. El aduanero francés me intentó disuadir de pasar al otro lado porque, según me dijo, allí no había nada que ver. Ni siquiera me pidió el pasaporte. Ignoré su consejo y camine menos de 30 metros, donde los guardias de la Alemania comunista me sometieron a un interrogatorio en una caseta, miraron mis papeles y me hicieron cambiar una cantidad de dinero que no recuerdo. Al cabo de más de media hora, me dejaron entrar hasta la medianoche.

En contraste con el bullicio y la efervescencia de Berlín Occidental, las calles estaban vacías, apenas había comercios y los edificios conservaban los impactos de los proyectiles de una guerra que había acabado hacía 34 años. La neblina agrandaba el efecto de irrealidad. Era como un viaje al pasado.

Cuando volví a España, me puse a leer febrilmente libros de historia sobre la Guerra Fría y sobre Berlín, la ciudad en la que, bien como farsa o como drama, todavía se libraba aquella batalla entre dos bandos que tenían en su poder enormes ejércitos y arsenales atómicos. Se hablaba entonces del equilibrio del terror.

Fue en aquel momento cuando descubrí, sobre todo a partir de las novelas de Graham Greene y John le Carré, la existencia del universo de los espías, unos seres que se jugaban la vida por razones misteriosas, rodeados de un aura de romanticismo y asumiendo una vida llena de riesgos.

En las cuatro décadas transcurridas desde aquella experiencia, he leído todo cuanto ha caído en mis manos sobre el espionaje, he visto decenas de películas y he buscado en periódicos reseñas sobre las hazañas de estos personajes. Sin darme cuenta, he acumulado una cantidad ingente de información, que es la base de este libro.

Muchos de los perfiles que aparecen en estas páginas son

inéditos e incluso algunos son la reconstrucción de datos dispersos, procedentes de diferentes fuentes. Ha sido una labor ardua y trabajosa, en la que no era fácil distinguir entre la realidad y la ficción. Pongo ahora en manos del lector mi trabajo. Para ser más concreto, diré que *Anatomía de la traición* se ha nutrido de tres tipos de fuentes: la bibliografía histórica, la prensa de la época y los archivos abiertos al público.

No es necesario aburrir con una larga relación de libros sobre espías. Citaré aquí los que me parecen más accesibles y valiosos. En primer lugar, la historia del KGB, escrita por Christopher Andrew y Oleg Gordievski, una obra donde se cuentan muchos de los secretos de la inteligencia soviética.

Otro libro que merece la pena es *Legado de cenizas*, de Tim Weiner, sobre los éxitos y fracasos de la CIA. Es una narración trepidante que te obliga a leer desde la primera a la última página sin interrupción. Otro texto recomendable es *Al servicio de su majestad*, de Gordon Thomas, que aporta claves sobre el espionaje británico.

Por último, han ido apareciendo en los últimos años las investigaciones del historiador británico Ben Macintyre, que es hoy la mayor autoridad en la materia. Tiene cuatro o cinco libros excelentes, apasionantes, no ya solo por sus aportaciones, sino también por lo bien que están escritos. *Agente Zigzag* está dedicado a Eddie Chapman, el triple agente durante la Segunda Guerra Mundial; *Un espía entre amigos* es una biografía de Kim Philby; *Los hombres del SAS* cuenta las operaciones encubiertas en los territorios ocupados por Hitler, y *Espía y traidor* es un magnífico trabajo sobre Oleg Gordievski y su rocambolesca fuga con el KGB pegado a sus talones.

Otra fuente muy importante han sido los periódicos de la época, a los que he podido acceder a través de internet. Como el periodismo es la historia del presente, se pueden encontrar en las crónicas y reportajes de los diarios de hace 50 o 60 años testimonios de las hazañas y desgracias de aquellos hombres que fueron héroes y víctimas de la Guerra Fría. Muchos de ellos pagaron con su vida, como Oleg Penkovski, cruelmente ejecutado tras ser descubierto.

Y, por último, la tercera fuente de este libro han sido los archivos oficiales desclasificados. Hoy es fácil y rápido acceder a la web del Departamento de Estado en la que hay cientos de miles de documentos de extraordinario interés como, por ejemplo, los relativos a la intervención estadounidense en Irán, en Guatemala o

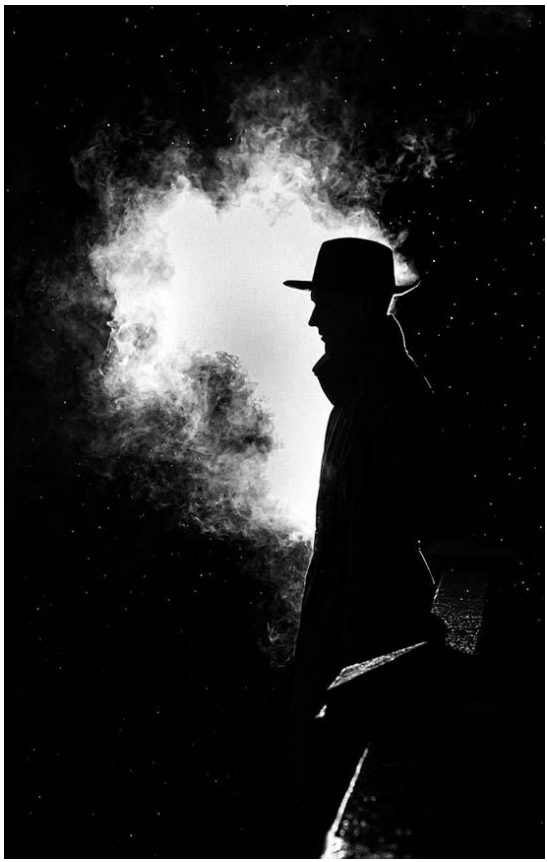
en Chile para acabar con regímenes molestos a Washington. Existe también un valioso material y documentos originales en The National Archives del Reino Unido, donde se puede leer la carta que dirigió el espía español Gómez de Lecube al monarca británico tras ser internado en un campo de concentración.

Este libro es, por tanto, fruto de la paciencia, de la curiosidad y del empeño del autor por conocer la vida de estos personajes, muchas veces anónimos. El lector debería ser consciente de que hay decenas de hombres y mujeres que se jugaron la vida entre 1939 y 1945 para ser útiles en la lucha contra el nacionalsocialismo y que, terminado el conflicto, optaron por volver a sus vidas cotidianas. Muchos de ellos sin ningún reconocimiento.

Es una pena que no figure su nombre en estas páginas, pero sí hay muchos ejemplos de heroísmo y abnegación que coexisten con la traición de sujetos tan viles como Aldrich Ames, que entregó la vida de sus compañeros a cambio de dinero.

Por último, he pretendido que este trabajo, además de contar y entretener, sirva de recordatorio de la frágil frontera entre la lealtad y la traición, que a veces es un camino de ida y vuelta. Lean y juzguen.

ANATOMÍA DE LA TRAICIÓN



EN EL TÚNEL DE LAS PALOMAS

Quiero confesar al lector que en todas y cada una de las páginas de este libro gravita la presencia de John le Carré, que murió el 12 de diciembre de 2020. Gracias a sus primeras novelas descubrí el mundo del espionaje y me convertí en adicto a su «*glamour*» o, mejor dicho, a la nostalgia por un universo de buenos y malos, de bloques políticos antagónicos, de fidelidades y traiciones, de un espacio simbólico que ha desaparecido para siempre. El del Muro de Berlín, el de la Guerra Fría, el del Telón de Acero, el del comunismo soviético, el de la oscura sombra del estalinismo. De sus cenizas ha renacido un sentimiento de nostalgia por la estética de esos personajes que tan bien describió Le Carré, atrapados en lealtades contradictorias y en dilemas morales irresolubles.

He sido durante más de 40 años un ávido lector no ya solo de novelas, sino de todo tipo de historias de espionaje, que han nutrido mi imaginación. He ido acumulando en mi biblioteca decenas de libros y biografías sobre el género, de donde han salido la mayor parte de los textos que integran *Anatomía de la traición*. Algunos de los perfiles, que fueron apareciendo semanalmente en *ABC*, son prácticamente desconocidos para el gran público y nunca se había publicado nada de ellos en este país.

La Carré, que trabajó en su juventud para el MI6, cuenta en sus memorias que su padre lo llevó cuando era joven a un club de tiro de Montecarlo. Vio en ese lugar cómo soltaban palomas por un túnel para que los tiradores las abatieran cuando levantaban el vuelo. Escapaban pocas, pero volvían por instinto al palomar. Eso significaba su muerte segura, porque eran llevadas de nuevo al túnel.

No sé si este recuerdo biográfico refleja el destino fatal de los espías, que siempre retornan a la escena del crimen a pesar de que el cerco se va estrechando, como le sucedió a Philby, a Blake, a Penkovski, a Sorge, a Aldrich Ames y a tantos otros que apuraron su

suerte hasta ser descubiertos. Todos ellos podrían haber sido personajes de Le Carré y, de hecho, algunos lo son. Por ejemplo, Kim Philby, que sin duda inspiró el personaje de Bill Haydon en *El topo*, la obra maestra del escritor inglés.

El protagonista de esta novela es George Smiley, que aparece en nueve trabajos de Le Carré. Smiley es un espía de la vieja escuela, con un oficio contrastado, al que se le encarga buscar al infiltrado que ha delatado a los agentes que operaban más allá del Telón de Acero y ha puesto a la organización en entredicho. Finalmente, llegará a la dolorosa conclusión de que el traidor de Bill Haydon, es su mejor amigo, amante de su mujer y jefe de operaciones del Circus, como le llama al MI6, servicio de espionaje en el exterior.

Smiley se parece mucho a Le Carré en su concepto de la lealtad a los valores británicos, su amor propio y su constancia en el oficio. Pero, sobre todo, se asemeja a él en su capacidad de penetrar en los trasfondos del alma humana. No recurre a los avances técnicos para hacer su trabajo, sino al análisis de las motivaciones. Es un psicólogo más que un espía.

El asunto central de las novelas de Le Carré es el conflicto entre la lealtad y la traición, cuyos límites parecían muy difusos en el mundo de la Guerra Fría, en el que las convicciones ideológicas eran en algunos casos más fuertes que los vínculos con la patria de nacimiento.

La lealtad podía ser una forma de traición y viceversa, porque lo importante, lo único que de verdad contaba, era el valor de ser consecuente con las propias ideas. En un mundo de dobles agentes, mentiras, delaciones e insidias, el espía que permanecía fiel a su causa era un héroe. Y lo era en el sentido de la tragedia griega de que el hombre está marcado por su destino.

Nadie como Le Carré ha narrado esas contradicciones del alma del espía, que solo puede suplir con una fe inquebrantable en la causa su condena a aparentar lo que no es, simulando incluso en su familia y su círculo íntimo. Hay que creer mucho en un ideal para llevar esa doble vida.

Le Carré penetró en todos esos secretos y elevó la novela de espionaje a la condición de tragedia clásica. Media docena de sus novelas están a la altura de lo mejor de Dickens, Thomas Mann o Balzac. Como ellos, sabía muy bien de lo que hablaba.

Pero su desaparición tiene también un valor sentimental para aquellos que cruzamos el Muro de Berlín por el Checkpoint Charlie y vivimos en la era de la Guerra Fría. Le Carré era el último testigo de aquel mundo de buenos y malos en el que existía la impresión de

estar siempre al borde de la catástrofe nuclear.

Le Carré mantuvo su lucidez hasta el final. Estuvo escribiendo hasta un año antes de su fallecimiento, dejando tras de sí una extensa obra. En la última, titulada *Un hombre decente*, me impresionó su sombría lucidez. Cuenta la historia de un espía que se debate entre su lealtad al servicio y el deterioro que está produciendo en las instituciones de su país el *brexit* y la relación con Donald Trump. En unas de sus últimas declaraciones, además de anunciar que tenía cáncer, afirmaba que su país se hallaba gobernado «por un pequeño grupo de ultras» que habían llevado a los ciudadanos a perder su «brújula moral» en la política.

No puedo estar más de acuerdo con todo lo que apunta este gran escritor que he admirado desde que leí *El espía que surgió del frío*. Al menos entonces sabíamos distinguir en qué lado estaban el bien y el mal. Ahora es mucho más difícil. Por eso, su pérdida es irreparable. Con él desaparece una brújula para orientarnos en un mundo donde cada vez es más difícil discernir entre la verdad y la mentira.

Le Carré era esencialmente un moralista que se inspiraba en la novela inglesa del siglo XIX. No solo tenía una gran habilidad para desarrollar las tramas más complejas, sino que además era un maestro en el dibujo de los caracteres. Su talento le situó a la altura de los más grandes escritores contemporáneos. Creo que lo vamos a echar mucho de menos. Este libro es una evocación del mundo que él recreó y que ya solo existe en el recuerdo de quienes vivieron esa época. Todo eso se lo ha llevado a la tumba.

¿FIELES O TRAIDORES?

Muchos espías como Kim Philpy u Oleg Penkovski arriesgaron su vida por unas convicciones que entraban en contradicción con la lealtad a su patria

Cuando John le Carré se encontró con Kim Philby en un hotel de Moscú en los años setenta se negó a estrecharle la mano: «Yo no quiero saber nada de un traidor que ha sido responsable de la muerte de mis compañeros». El escritor inglés había servido en el MI6, el servicio británico de espionaje, y consideraba que Philby había sido desleal a su patria. Pero el doble agente, que había desertado en Beirut y reaparecido en Moscú en enero de 1963, no se consideró nunca un traidor, sino un hombre fiel a sus convicciones. «Mi verdadera patria es la Unión Soviética, para la que siempre he trabajado. No he traicionado a nadie», dijo.

Philby pasó los últimos años de su vida en Moscú, tras ser ascendido a coronel del KGB y condecorado como un héroe. Pero nunca se adaptó a la vida en la capital soviética. Seguía leyendo *The Times* y mantenía viva su pasión por el *cricket* y la ginebra inglesa. Murió en 1988, cuando ya era una leyenda.

La huida de Philby levantó sospechas que recayeron sobre sir Roger Hollis, el jefe del contraespionaje, al que se le investigó sin llegar a conclusiones definitivas. Llevaba trabajando casi tres décadas en el servicio, era un hombre extremadamente religioso y tenía una reputación intachable. Años después, Peter Wright, un subordinado suyo, publicó un libro titulado *Spycatcher* en el que le acusaba de ser un topo soviético y de haber protegido a Philby y a sus cómplices. Su publicación fue prohibida por Margaret Thatcher, a la que los tribunales desautorizaron. Varios expertos han examinado posteriormente decenas de miles de documentos desclasificados que inducen a creer que Hollis era inocente. Hay

testimonios de que el KGB estaba asombrado porque su lealtad hubiera sido puesta en entredicho.

Probablemente ningún espía ha hecho tanto daño a su país como Philby, que llegó a ser el responsable de la sección IX del MI6 tras el final de la Segunda Guerra Mundial, desde donde controlaba las operaciones de espionaje en la Unión Soviética. La fe de sus jefes era tal que no dieron crédito a algunas filtraciones que le atribuían estar al servicio de los soviéticos. No solo no lo pusieron en cuarentena, sino que le enviaron como delegado del MI6 a Washington. Logró ganarse la confianza de James Jesus Angleton, el responsable del contraespionaje de la CIA, un paranoico de la seguridad que veía espías en todos los sitios, quien le invitaba a cenar a su casa con frecuencia.

Philby no era el único que trabajaba para el KGB en esa época. Cuatro compañeros y amigos suyos pasaban secretos militares y diplomáticos al espionaje soviético. Eran Guy Burgess, Donald Maclean, Anthony Blunt y John Cairncross, llamado «el quinto hombre» porque su identidad no se reveló hasta los años noventa. Todos ellos microfilmaban los documentos a los que tenían acceso en el MI6, en el Foreign Office o en otros ministerios de los que eran altos funcionarios.

Habían sido reclutados cuando estudiaban en Cambridge en los años treinta. Philby había trabajado como corresponsal de *The Times* en la Guerra Civil española, una tapadera tan perfecta que el propio Franco lo condecoró por sus servicios a la causa nacional. También es curioso el caso de Blunt, un crítico homosexual y experto en pintura del barroco que supervisaba la pinacoteca de la reina. Siguió haciéndolo durante muchos años tras ser descubierto porque el Gobierno británico prefería evitar el escándalo.

Estos cinco espías, que luego se conocieron como «el Círculo de Cambridge», ejemplifican el dilema moral de unos intelectuales que optaron por ser más leales a sus ideas comunistas que a su patria. Todos habían nacido en el seno de familias acomodadas y todos habían recibido una educación de elite. Pero fueron deslumbrados por una ideología que prometía el paraíso en la tierra. Resulta una paradoja que no fueran conscientes de que servían a un régimen como el de Stalin, que no dudó en aplicar una cruel represión para conseguir sus objetivos.

En la década de los treinta, el choque entre el totalitarismo de uno u otro signo y las democracias parlamentarias hacía presagiar un estallido de la violencia. Era evidente, a partir de 1933, que Hitler se estaba preparando para la guerra. Y en ese mundo

polarizado, personajes como Philby y sus compañeros se sentían obligados a elegir. Creyeron que el comunismo era el futuro y que las democracias parlamentarias estaban corrompidas por el dinero y los privilegios de la clase dirigente.

La historia ha puesto en evidencia el inmenso error que cometieron, pero en esos años había que optar entre el bien y el mal, entre el blanco y el negro, y no había lugar para la neutralidad. Casi ninguno de ellos hubiera corrido esos enormes riesgos si hubiera sabido entonces que el comunismo desaparecería del mapa, dejando un siniestro balance de represión, miseria y falta de libertad.

Todos los miembros del Círculo de Cambridge arruinaron sus vidas y tuvieron un triste final. Como Philby, Burgess y Maclean, que acabaron sus días en Moscú, donde murieron deprimidos y decepcionados. Pero no fue el caso de George Blake, el último superviviente de la Guerra Fría, que falleció en Moscú 26 de diciembre de 2020. Había sido enrolado en las filas del KGB en su juventud por un tío suyo que era dirigente del Partido Comunista de Egipto, donde pasó sus primeros años de vida. Blake mantuvo su fe intacta en la causa mientras iba ascendiendo peldaños en el MI6. En los años cincuenta, fue destinado a Berlín.

Allí avisó a los soviéticos de que los aliados estaban construyendo un túnel para interceptar sus comunicaciones. Su chivatazo significó el final de un proyecto en el que la CIA había invertido cuantiosos recursos. Fue detenido y condenado a 42 años de cárcel, la mayor pena jamás impuesta en Reino Unido a un espía, pero en 1966 se fugó de la prisión de Wormwood ayudado por militantes del IRA.

Nadie se explica cómo Blake pudo evadirse de una cárcel de alta seguridad, pero el hecho es que logró llegar a la Unión Soviética, donde fue distinguido con la orden de Lenin y se le trató como un héroe. Sobrevivió en Moscú durante más de medio siglo en una confortable dacha, con la que se le reconocieron sus servicios. Nunca albergó dudas de que estaba haciendo lo correcto.

La contrafigura de George Blake podría ser Oleg Penkovski, un coronel del GRU, la inteligencia militar soviética, que pagó un alto precio por espiar para la CIA. Fue detenido en 1962 y torturado durante meses. Finalmente, lo ejecutaron por un método brutal: lo ataron a una tabla y lo fueron introduciendo lentamente en un horno. Tardó muchas horas en morir.

Penkovski nunca traicionó a su país por dinero ni por ambición. Había servido en Ankara y se sentía muy decepcionado por el

fariseísmo de la *nomenklatura*, que gozaba de enormes privilegios mientras los ciudadanos pasaban penalidades. Tras una carrera meteórica, empezó a colaborar con la CIA y el MI6 suministrando valiosa información de los planes militares del Ejército Rojo.

Labró su perdición al pasar decenas de planos y fotografías de los emplazamientos de los misiles soviéticos en Cuba, aportando una prueba irrebatible a la Administración Kennedy. Durante algunos días, Estados Unidos y la Unión Soviética, que se negó a retirarlos, estuvieron al borde de la guerra. Pero, finalmente, Kruschev cedió. El KGB ya sospechaba de él y, poco tiempo después, desapareció sin que nadie volviera a tener noticias. Hoy sabemos por sus excompañeros que la organización decidió castigarle con una muerte terrible para que todos tomaran nota del castigo que esperaba a los traidores.

A Oleg Gordievski le aguardaba un destino similar, si no fuera porque huyó de Moscú en 1985, cuando el KGB había dado orden de detenerle. Era miembro de una familia de chekistas y también había ejercido altas responsabilidades en el KGB. Durante varios años había sido el jefe de operaciones en Gran Bretaña bajo camuflaje diplomático. Y asistía regularmente a las reuniones del comité de dirección, lo que le permitía el acceso a valiosa información interna.

Gordievski había pasado a los Aliados una cantidad ingente de documentos e informes confidenciales. Algunos de ellos demostraban que Andropov estaba convencido de que la OTAN preparaba un ataque nuclear contra la Unión Soviética, lo que alimentaba la paranoia del bloque comunista contra Occidente.

Tuvo mucha suerte porque un día, al volver a su domicilio en Moscú, se dio cuenta de que el pestillo de una puerta interior que él había dejado cerrada estaba desbloqueado. Horas después, Gordievski se fugó de la capital y pudo cruzar la frontera finlandesa en el maletero del coche del embajador británico. Miles de agentes lo perseguían y lo siguieron buscando tras su deserción. El fiasco provocó la destitución de Iván Serov, el jefe del KGB y protegido de Kruschev.

Gordievski fue acogido por el Gobierno británico, que lo ocultó y le dio una nueva identidad. Margaret Thatcher y Ronald Reagan lo recibieron personalmente y le dieron las gracias por sus servicios. Todavía hoy sigue manteniendo una vida sumamente reservada porque teme que el FSB, heredero del KGB, lo tenga en su punto de mira. No hay jamás perdón para quien rompe las reglas en el mundo del espionaje.

El caso más emblemático de hasta dónde llega el largo brazo de los aparatos de seguridad es el de Aleksandr Litvinenko, envenenado con polonio cuando residía en Londres. Había trabajado para los servicios secretos rusos como jefe de la lucha contra el crimen organizado. Abandonó la organización para denunciar la corrupción de la oligarquía del Kremlin. Por ello, estaba considerado por Putin ya no solo como un traidor, sino, sobre todo, como un adversario personal.

Litvinenko había huido a Londres, como Gordievski, y gozaba de la protección del MI5, el contraespionaje británico, pero ello no fue óbice para que el FSB mandara a dos sicarios, quienes le administraron ese material radioactivo que lo condenó a una muerte horrible. La justicia abrió una investigación, reconstruyó los hechos e identificó a los culpables del asesinato de Litvinenko. Pero ya estaban fuera del territorio británico, a salvo en su país, que no tiene tratado de extradición con Londres. Nadie duda que, como en el reciente caso del envenenamiento de Aleksei Navalni, las órdenes partieron del propio Putin.

Navalni, sin embargo, logró escapar de milagro de una muerte segura al ser llevado a un hospital en Alemania, que detectó que le habían administrado una sustancia letal que afectaba a su sistema nervioso. Su delito era también haber denunciado la corrupción de Putin. Por eso, acaba de ser condenado a tres años y medio de cárcel por un tribunal de Moscú en un juicio farsa en el que se le acusaba de haber violado la libertad condicional. La periodista Anna Politkóvskaia corrió peor suerte: fue asesinada de un tiro en la cabeza en el portal de su casa en 2006 por haber investigado los crímenes rusos en la guerra de Chechenia. Ya estaba avisada, en reiteradas ocasiones, de que ese iba a ser su final. Nunca se ha esclarecido quién la mató.

Navalni y Politkóvskaia nunca fueron espías ni traidores, pero, con toda probabilidad, sí víctimas del aparato de seguridad de Putin, al que nunca le ha importado asumir el coste político de la venganza. Ello le parece un precio aceptable a cambio de que todos los disidentes sepan que cualquiera que ose desafiarle puede pagar con su vida.

La CIA también castiga a los traidores, aunque actúa con los límites que le marcan las leyes y la supervisión del Senado, a los que está sometida. Ello no ha sido obstáculo para que la organización de Langley se implicara en operaciones clandestinas como las llevadas a cabo para derrocar a Jacobo Arbenz en Guatemala, a Mossadeq en Irán o a Salvador Allende en Chile, todos

ellos dirigentes de regímenes legítimos que fueron depuestos por la fuerza.

Pero, que se sepa, nunca ha recurrido al asesinato para castigar a los traidores. Aldrich Ames, analista de contrainteligencia de la CIA, fue detenido y encarcelado en 1994 cuando se descubrió que llevaba años revelando secretos al KGB, entre ellos la identidad de decenas de agentes al otro lado del Telón de Acero.

Ames no traicionó a su país por convicciones ideológicas. Lo hizo por dinero y ese era su punto débil. Fue detectado porque se había comprado una lujosa casa y había movido cientos de miles de dólares en sus cuentas. La CIA ató cabos y lo obligó a confesar. El agente reconoció todas sus culpas y explicó que había estado colaborando con el KGB a cambio de dinero. Su esposa le exigía llevar un tren de vida que no podía costear con su sueldo. Fue condenado a cadena perpetua.

Otro traidor legendario fue Robert Hanssen, agente del FBI, que delató a sus compañeros por móviles económicos. Dmitri Poliakov y otros tres agentes dobles fueron ejecutados en Moscú por sus informaciones. Estuvo cobrando elevadas sumas del KGB durante 22 años. Y fue localizado por casualidad. Era una persona religiosa y de ideas muy conservadoras, por lo que nadie sospechó de él.

En contraposición a este espionaje por dinero, hay muchos agentes que arriesgaron y perdieron su vida. El ejemplo más notable es el de Richard Sorge, fusilado por los japoneses en 1944. Era un corresponsal alemán en Tokio con excelentes contactos en la embajada de su país. Gracias a ello, avisó a Stalin con una semana de antelación de la fecha de la invasión de Rusia por el Ejército de Hitler. Pero el caudillo soviético no se lo creyó. Pagó con su vida porque un confidente le delató y fue ejecutado de forma sumaria.

También fueron fusilados decenas de los integrantes de la llamada Orquesta Roja, que suministró información clave a los servicios secretos británicos durante la Segunda Guerra Mundial. Fundada en 1939 por Leopold Trepper, un judío polaco con conexiones con el espionaje soviético, la organización operó en Francia, Bélgica, Holanda y Suiza. Trepper llegó a tener 74 emisoras clandestinas operativas, de las cuales la mayoría fueron desmanteladas por la Gestapo. Los miembros de la red eran conocidos como «los pianistas», dado que usaban un telégrafo operado manualmente. Gracias a los contactos de la Orquesta Roja, los jefes militares estaban avisados de todos los movimientos de las tropas alemanas en Stalingrado. Trepper, que utilizaba de tapadera una empresa comercial belga, logró sobrevivir y murió en Jerusalén

en 1982. Pero la gran mayoría de sus agentes fueron localizados y eliminados tras ser torturados.

Otra de las figuras míticas del mundo del espionaje, Mata Hari, una famosa bailarina en París, fue ejecutada en el castillo de Vincennes en 1917. Se la acusó de estar al servicio del espionaje alemán durante la Primera Guerra Mundial, pero antes había trabajado para los franceses. Era una mujer alegre, muy atractiva, de vida disoluta, que confraternizaba con la cúpula militar de uno y otro bando. Pero fue condenada a muerte pese a que la información que vendía era irrelevante, poco más que un rumor. Fue fusilada a los 41 años, mientras lanzaba un beso al pelotón de ejecución, en el lugar donde Napoleón había dado la orden de acabar con el duque de Enghien.

Si Mata Hari no tuvo reparos en servir a ambos bandos, Eddie Chapman elevó el engaño a la categoría de arte. Era un ladrón de poca monta que estaba encarcelado en las islas del Canal cuando los alemanes tomaron el enclave en 1941. Decidieron llevarlo a Alemania y reclutarlo como espía de la Abwehr. Confiando en su lealtad, lo enviaron a Londres con un radiotransmisor y una fuerte suma de dinero para que obtuviera información de las plantas de fabricación de armamento y aviones. Pero Chapman contactó con el servicio secreto británico, que lo utilizó para intoxicar a los alemanes. Su mayor hazaña fue proporcionar una ubicación falsa de la fábrica de motores de cazas en Coventry. Siguiendo sus indicaciones, la Luftwaffe bombardeó una gigantesca maqueta de cartón. La intoxicación surtió efecto y Chapman fue condecorado con la cruz de hierro, felicitado por el *Führer* y ascendido a oficial.

La técnica de engañar a la aviación alemana con carcasas de cartón piedra fue utilizada en más de una ocasión por los servicios británicos. El maestro de esta práctica fue Jasper Maskelyne, un ilusionista que triunfaba en los teatros de Londres. Construyó una gigantesca maqueta del puerto de Alejandría para despistar a la Luftwaffe, camufló los tanques ingleses en el desierto africano y diseñó un juego de luces para confundir a los aviones alemanes en el canal de Suez.

Con métodos bien distintos, también desempeñó un papel clave en el engaño a Hitler el agente español Joan Pujol, un catalán bautizado como Garbo reclutado por los alemanes en Madrid. Pujol, al servicio de la inteligencia británica en Londres, rindió un gran servicio a los Aliados al engañar a la Abwehr, a la que indujo a creer que la invasión se produciría por Calais, donde se concentraron las tropas de la Wehrmacht.

Otro espía español de la misma época fue Juan Gómez de Lecube, un extremo del Atlético de Madrid en los años veinte. Se alistó en el bando nacional durante la Guerra Civil y, posteriormente, fue reclutado por la Abwehr, que lo envió a Panamá para informar de los movimientos de la Armada británica. Pero jamás llegó a su destino porque fue detenido en la isla de Trinidad. Lo deportaron a Londres, donde fue internado en un campo de prisioneros. Los británicos tenían pruebas concluyentes de que trabajaba para los nazis, pero él siempre lo negó. Desde su cautiverio escribió cartas a Jorge VI en las que reivindicaba su inocencia y denunciada que estaba siendo maltratado. Volvió a España al acabar la contienda y se ganó la vida como entrenador de equipos de fútbol.

Eddie Chapman fue despedido por sus jefes en 1945 sin recompensa económica alguna, como él reclamaba. Garbo emigró a Venezuela, abrió diversos negocios y murió en Caracas en 1988. Los dos se fueron al otro mundo sin que nadie conociera los servicios que habían prestado a la causa británica. Hoy se reconoce que su labor de engaño ahorró miles de vidas de soldados. No hay duda de que tenían un extraordinario talento para la duplicidad. Ambos fueron el perfecto ejemplo del triple agente, siempre obligado a un complicado equilibrio mental para no delatarse. En los dos casos, los alemanes estaban convencidos de que estaban infiltrados en las filas enemigas, mientras que en realidad trabajaban para los británicos, que les facilitaban información verdadera de escasa utilidad para engañarles en lo importante.

Puede incluso que en algunos momentos estos triples agentes dudaran de a quién servían en realidad, lo mismo que seguramente le sucedió a Kim Philby, que, pese a sus palabras, sufría un conflicto de lealtades, ya que era hijo de un militar y sus mejores amigos trabajaban para el MI6. El alma de los espías está llena de secretos, por lo que habría que ser cautos a la hora de formular juicios morales sobre su conducta. Muchos de ellos han pasado a la historia como traidores, pero casos como el Penkovski o el de Philby inducen a pensar que la traición puede ser una forma de fidelidad a las convicciones.

HETERODOXOS Y ROMÁNTICOS

LOS ORÍGENES

El alma del espía

Espiar es un hábito —o una necesidad— tan viejo como la humanidad. Disponer de información de lo que piensa tu vecino o tu adversario es una gran ventaja en términos de pura supervivencia. Por eso, ya los persas disponían de espías en Grecia y los romanos se gastaron cuantiosas sumas en sobornar a los aliados de Yugurta para localizar al huidizo caudillo numidio, finalmente traicionado y llevado a la capital del Imperio para ser ejecutado.

Este libro se centra en los espías modernos. Primero, porque existen documentación y testimonios que hacen posible seguir su trayectoria. Segundo, por acotar el tema, que es inmenso, inacabable. Por tanto, la primera figura que aparece en este volumen es la de Mata Hari, fusilada en el castillo de Vincennes en 1917 por pasar secretos al alto mando alemán.

Mata Hari es una especie de mito fundacional del espionaje, una leyenda que ha inspirado novelas y películas, pero lo cierto es que más bien fue una víctima, un útil chivo expiatorio para distraer a una sociedad frustrada por una guerra interminable que devastó el país y que costó la vida a la flor y nata de la juventud francesa.

Mata Hari era holandesa de nacionalidad y no tenía ninguna idea política. Era una cortesana que se metió, por dinero o por pura frivolidad, en un peligroso juego que se le escapó de las manos. Por el contrario, Sidney Reilly sí hizo su trabajo por convicciones ideológicas. Era un aventurero, pero también un ferviente anticomunista. No dudó en correr grandes riegos que provocaron su detención y su ejecución en 1925.

Visto con la perspectiva del tiempo, Reilly era un héroe romántico que utilizaba sus habilidades para el engaño. Tres décadas después, es difícil ver algún romanticismo en espías como Kim Philby, que antepuso su fidelidad ideológica al comunismo a

los intereses de su patria. Su traición sigue siendo hoy un enigma.

Muchos más claros están los motivos de Jesús Monzón, un comunista navarro que se había refugiado en Francia tras la derrota republicana. A pesar de sus diferencias con la cúpula del partido y su milagrosa supervivencia en la clandestinidad durante la ocupación nazi, Monzón reclutó miles de exiliados republicanos para invadir la España de Franco en 1945. Era una loca aventura destinada al fracaso.

Las vidas de los personajes que aparecen en este primer capítulo son heterogéneas, no hay una unidad temática ni temporal, pero en cierta forma representan una forma de entender el espionaje como una manera de vivir, con un toque romántico y extravagante.

Esto lo representa muy bien Karin Lannby, la actriz y periodista sueca que vino a España en los años treinta por su admiración por García Lorca. Se listó como espía en las filas republicanas hasta que fue expulsada. Lannby sería después una de las muchas mujeres en la vida de Ingmar Bergman, el director sueco, quien se inspiró en ella para hacer *Silencio*.

Pero también se puede ser espía por accidente o por necesidades vinculadas a la pura supervivencia. Es el caso de Juan Martínez, un bailarín burgalés que estaba actuando con gran éxito en Rusia cuando estalló la Revolución bolchevique en 1917. Tras ejercer distintos oficios, acabó en la Cheka por puro azar. Su increíble historia está contada por Chaves Nogales, que lo rescató del olvido.

Otro de los perfiles que incluye este capítulo es el de Violette Szabo, una joven inglesa que, tras quedarse viuda en la guerra, se alistó en la unidad de operaciones especiales del Ejército británico. Fue lanzada en paracaídas sobre Francia en misiones de alto riego. Finalmente, fue capturada y fusilada.

La historia de Szabo es la de miles de combatientes anónimos que se jugaron la vida en territorio enemigo, sea para proporcionar información de los movimientos de tropas, para participar en acciones de sabotaje o para encubrir a quienes resistían frente a la barbarie. Eran personas corrientes y normales que actuaron por pura decencia y sin esperar ninguna recompensa.

Hay muchos motivos para ser espía, pero probablemente el más elemental es la adhesión a una causa. Es imposible no sentir admiración o empatía por figuras como Szabo o Monzón, que llevaron su compromiso con una causa hasta el límite.

Estamos demasiado acostumbrados a un estereotipo negativo de los espías, a los que generalmente identificamos con la traición, para darnos cuenta del valor que había que tener para hacer ese

trabajo. Aquí queda el retrato de algunos de estos personajes que, sin querer cambiar la historia, hicieron algo que dio sentido a su vida y ayudaron a crear un mundo mejor.

En sentido contrario, hay también casos como el de William Joyce, un dirigente que abandonó Inglaterra para convertirse en altavoz de los nazis. Fue ejecutado al final de la guerra sin que nadie sintiera piedad por él. Todavía sigue siendo en la memoria colectiva de los británicos el prototipo de traidor. Ciertamente, Joyce causa repugnancia, pero tuvo la dignidad de reconocer lo que había hecho sin pedir ningún tipo de clemencia. Esto también los ilustra sobre el alma del espía.

Espiar es uno de los trabajos más peligrosos y solitarios porque, además de jugarse la vida en un medio hostil, cada agente está obligado a parecer lo que no es y a tomar decisiones sin contar con la ayuda de nadie. Hay que tener una personalidad muy fuerte para ejercer este oficio.

En un ensayo sobre Anthony Blunt, asesor de la reina y espía comunista, George Steiner expresa su perplejidad por el hecho de que aristócratas e intelectuales británicos, las élites de Cambridge o Harvard, decidieran alistarse como espías al servicio de Stalin. Hoy es difícil de comprender esa elección de una causa que negaba la libertad y justificaba una represión salvaje. Pero en el mundo de los años treinta las cosas estaban mucho menos claras y personas como Philby renegaban de una sociedad decadente e hipócrita y creían que el comunismo representaba la salvación de la humanidad.

También hemos incluido en este apartado la biografía de Isser Harel, el primer jefe del Mosad, el hombre que pilotó la captura de Adolf Eichmann, el oficial de las SS, ejecutado en Israel por su responsabilidad en el Holocausto. Por su interés, este capítulo del libro recoge cómo se produjo la localización, detención y traslado a Jerusalén de Eichmann, efectuada por el Mosad.

Para concluir, digamos que en todo espía hay ciertamente un espejismo, una apuesta en el sentido pascaliano. Uno se lo juega todo a una carta por muy improbable que sea la obtención de un premio. O, mejor dicho, el premio es la propia apuesta. Este libro no aspira a desvelar los secretos del alma de los espías, pero sí a contar quiénes fueron y qué hicieron. El trabajo ha sido arduo, pero creo que ha merecido la pena. Queda en manos de la benevolencia del lector.

Mata Hari

Fue fusilada en 1917 por espiar para los alemanes, pero todo indica que fue víctima de un montaje. Se hacía pasar por una princesa malaya. Aceptó ser reclutada porque estaba arruinada tras haberse convertido en un *sex symbol* en los *cabarets* de París.

El mito de la agente H21

Margaretha Zelle, más conocida por Mata Hari, fue fusilada en Vincennes el 15 de octubre de 1917 por alta traición, en el mismo lugar donde un siglo antes Napoleón había ordenado asesinar al duque de Enghien. Todo lo que rodea a esta mujer es un mito en el que es imposible separar la leyenda de la realidad.

Mata Hari había sido condenada a muerte tras un juicio en el que se le acusaba de haber sido responsable de la muerte de miles de soldados franceses como espía al servicio de los alemanes durante la Primera Guerra Mundial. Pero todo indica que las pruebas eran manipuladas y que su condena fue motivada por la conveniencia de buscar un chivo expiatorio para apaciguar a la opinión pública.

La inteligencia francesa había encontrado un mensaje comprometedor a la agente H21, nombre operativo de Mata Hari, con una clave fácilmente descifrable a la que acompañaba el recibo

de una transferencia de 5000 dólares a una cuenta suya en un banco francés. Esa prueba fue determinante en el juicio, pero hoy existen sólidos indicios de que era una trampa para entregar a la espía a los franceses.

En un peligroso doble juego, Mata Hari también había sido reclutada por el capitán Georges Ladoux, al que informaba de los movimientos de las tropas alemanas y de la estrategia del alto mando. Ladoux siempre desconfió de sus informes y vigiló sus actividades. En el otro lado, los prusianos dudaron desde el comienzo de su lealtad.

Mata Hari había nacido en 1876 en Holanda en el seno de una familia de clase media. Su padre era sombrerero. Contrajo matrimonio muy joven con un militar que le llevaba veinte años. Fue un enlace desgraciado, que se rompió definitivamente cuando la servidumbre envenenó a uno de sus hijos en un misterioso episodio, tal vez por venganza o celos de su esposo.

Tras romper con su marido, Margaretha Zelle se instaló en París en 1904 y, poco más tarde, se convirtió en Mata Hari, haciéndose pasar gracias a sus rasgos por una princesa malaya. Mata Hari significa en ese idioma «ojo del día». En esa época empezó a bailar semidesnuda en *cabarets* con un éxito impresionante. Los hombres se volvían locos por ella y llenaban cada noche su espectáculo para ver las danzas sagradas que ella decía haber aprendido en Java.

Pero cuando comenzó la guerra en 1914 Mata Hari había envejecido y su atractivo había disminuido. En pleno declive y con deudas que no podía saldar, recibió la oferta de espiar para los servicios secretos alemanes a cambio de dinero. Ella aceptó sin titubear y se convirtió en la agente H21.

Durante el conflicto informaba a Eugen Kramer, jefe de la contrainteligencia alemana, al que pasaba cotilleos y datos de escaso valor. Simultáneamente trabajaba para Ladoux, al que intentaba contentar con material de segunda mano.

En 1917, fue detenida en el hotel Elysée Palace por espiar para Alemania. Pidió unos minutos para cambiarse y se presentó totalmente desnuda ante sus captores con un casco militar lleno de bombones. La treta no resultó. Fue fusilada unos meses después por un pelotón de doce soldados. Se negó a que le vendaran los ojos y la ataran a un poste. Solo una bala le acertó en el corazón. Los otros once disparos fallaron. Un misterio más en el mito de esta mujer fatal, hoy convertida en leyenda.

El pelotón preparado para ejecutar a Mata Hari.

Mata Hari recibiendo el tiro de gracia.

Sidney Reilly

Fue agente británico, ruso y japonés con una biografía llena de peripecias. Trabajó en sus últimos años para desestabilizar el régimen bolchevique. Fue detenido en 1925 y ejecutado en Moscú por orden de Stalin. Adoptaba múltiples personalidades para lograr sus objetivos.

La Pimpinela Escarlata

No hay en la historia del espionaje ninguna figura tan rocambolesca como la de Sidney Reilly, ejecutado en 1925 en Moscú. Su origen familiar es un misterio, aunque parece que nació en Odesa en 1874, en el seno de una familia judía. Fue espía al servicio del Imperio británico, de Japón y de la Rusia zarista.

Por su implicación en la organización y financiación de la resistencia contra el régimen de Lenin fue el hombre más buscado por la Cheka, hasta que lograron atraparlo mediante una trampa. Fue en esa época cuando se ganó el apodo de la Pimpinela escarlata por su habilidad para eludir la persecución comunista.

Durante su vida disfrutó de numerosas identidades, ejerció múltiples oficios y ocupaciones y trabajó para el mejor postor. Durante la Primera Guerra Mundial, residió en Nueva York, desde donde se hizo millonario vendiendo munición a los alemanes y los rusos, a la vez que colaboraba con los servicios británicos.

Ya en 1892 era confidente de la Ojrana, la policía política zarista, con el nombre de Rosenblum, que al parecer era el de su padre biológico, que le abandonó al nacer. Unos años después, emigró a Brasil tras fingir su muerte en Odesa. Allí se ganó la vida como obrero portuario, cocinero y trabajador en las plantaciones.

En 1895 salvó a su patrón Charles Fothergill cuando iba a ser asesinado por unos indígenas. En agradecimiento a su valor, Fothergill lo recompensó con 1500 libras, le compró un pasaje para Londres y le consiguió la nacionalidad británica.

A partir de este momento comienza la leyenda de Reilly, que al parecer emigró a Francia, donde mató a sangre fría a dos anarquistas en un tren para robarles. Tras su vuelta a Londres en 1896, creó una empresa de medicamentos y se casó con la viuda del reverendo Hugh Thomas, que había heredado una ingente fortuna. Hay indicios de que Reilly lo envenenó para desposar a su mujer.

Tres años después, conoció a William Melville, un jefe de Scotland Yard, que lo contrató como espía tras crearle una nueva identidad. Rosenblum pasó a apellidarse Reilly. Melville le envió a San Petersburgo para recabar información sobre la relación rusa con Japón.

Era tan hábil que fue fichado por el general Motogiro, que le pagó elevadas sumas por espiar para los servicios secretos japoneses mientras servía a los británicos. Reilly, fingiendo ser un rico empresario maderero, logró robar los planos de Port Arthur en Manchuria que facilitaron el ataque japonés a los rusos.

Fue el comienzo de una increíble serie de hazañas entre las que figuran la concesión de la compra de petróleo a la Anglo Persian Oil Company, el robo de los planos de unos aviones de la Krupp en Alemania, la falsificación de una carta de Zinoviev en la que figuraba un imaginario plan para derrocar al Gobierno británico y la fabricación de billetes para ayudar a la resistencia contra los bolcheviques.

A partir de 1918, Reilly viajó a Rusia y permaneció allí durante largas temporadas. Planeó el asesinato de Lenin, conspiró con los generales zaristas y les facilitó armamento hasta que fue atrapado, torturado salvajemente y fusilado en Moscú por orden de Stalin.

Estampa

Un emocionante folletín de Estampa

"EL MAESTRO JUAN MARTÍNEZ QUE ESTABA ALLÍ"

(El triunfo del bolchevismo y la guerra civil en Rusia, vistos y vividos por un bailarín flamenco)

Manuel Chaves Nogales

"El maestro Juan Martínez que estaba allí"

Cómo es una revolución social

"El maestro Juan Martínez que estaba allí"

La novela de la realidad que supera a todos los folletines,

por

Manuel Chaves Nogales

© Biblioteca Nacional de España

Juan Martínez

Tras triunfar en París y Constantinopla como bailaor flamenco, inició un periplo que le llevó a la Rusia soviética. Allí vivió los horrores de la guerra civil entre comunistas y blancos. Sobrevivió haciendo de crupier, traficante de joyas y chekista. Escapó desde Odesa en barco en 1922, tras simular que era italiano.

Bailando en la revolución

Nadie sabría hoy de la extraordinaria peripecia de Juan Martínez de no ser por el periodista Manuel Chaves Nogales, que lo conoció en París en los años treinta y escribió una biografía novelada en la que cuenta la dramática y singular historia de este bailaor de flamenco nacido en Burgos.

Martínez llegó a San Petersburgo en 1917, el día de la abdicación del zar Nicolás, y tuvo que sobrevivir durante cinco años en la Rusia soviética, ejerciendo los más diversos oficios y pasando todo tipo de penalidades. Pudo ganarse el sustento con su profesión de bailarín durante un tiempo, pero tuvo que subsistir como crupier de un casino, traficante de joyas, artista de circo e incluso como chekista en Kiev, donde trabajó tanto para los comunistas como

para los insurrectos contra la Revolución.

Martínez y su esposa Sole habían logrado una cierta notoriedad en España como pareja flamenca, hasta que optaron por emigrar a París a comienzos de 1914, antes del estallido de la Gran Guerra. Allí triunfaron en los *cabarets* de Montmartre, gozaron de las mieles de una vida bohemia y lograron el mayor éxito de su carrera: ganar un concurso internacional de tango.

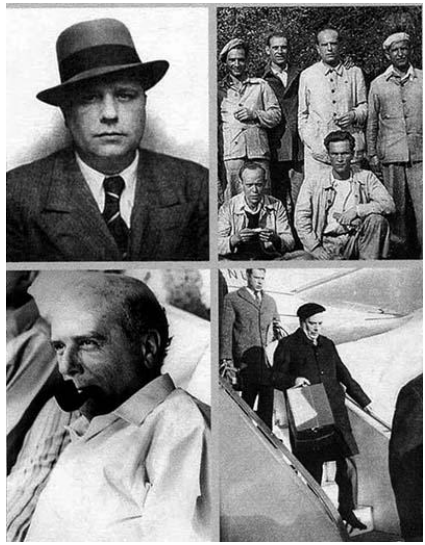
Unas semanas antes del inicio del conflicto, los Martínez decidieron marchar a Constantinopla, donde les habían ofrecido un lucrativo contrato. Pero pronto su estancia se convirtió en una pesadilla al ser acusados por un extravagante comandante de los servicios secretos alemanes, enamorado de Sole, de ejercer de espías.

Lograron huir a Bulgaria, donde un aduanero detuvo al bailaor al ver en su pasaporte que era de Burgos. «Usted es búlgaro porque ha nacido en Burgas». Martínez tuvo problemas para convencerle de que había visto la luz en la villa del Papamoscas y no en Burgas, una ciudad del mar Negro. La pareja logró a pasar a una Rumania en guerra, de la que también Juan y su esposa tuvieron que salir corriendo para escapar de la devastación y la miseria.

Todo parecía irles de maravilla en la Rusia zarista. Llegaron sin un céntimo, pero muy pronto triunfaron con su arte y ganaron una considerable cantidad de dinero, hasta que estalló la Revolución y se quedaron atrapados en el país de los sóviets. Ida y vuelta de Moscú a San Petersburgo, luego a Kiev y, por último, a Gomel.

Los Martínez fueron testigo en esos lugares de las brutalidades de los comunistas y los blancos, que libraban una guerra tomando a la población como rehén: asesinatos, saqueos, violaciones y destrucción a escala masiva. Fue un milagro que pudieran seguir vivos y que lograran escapar en 1922, al conseguir un salvoconducto gracias a fingir que eran de nacionalidad italiana.

Salieron de Odesa en barco y pudieron regresar a España, hasta que decidieron instalarse en París. Aquí se pierde el rastro de los Martínez, cuya tragedia hubiera quedado en el anonimato sin el testimonio de Chaves Nogales, otra víctima de la barbarie y de la intolerancia que falleció prematuramente en su exilio en Londres en 1947.



Jesús Monzón

Organizó la invasión de un ejército de 5000 guerrilleros que entraron por Arán para derrocar a Franco en 1945. Fue expulsado del PCE y condenado a muerte por Carrillo. Tras salir de la cárcel en España, se exilió en México hasta 1967. Acabó sus días como profesor de Alta Dirección en Mallorca.

Nada de lo que arrepentirse

Más de 40 años después de su muerte, la maldición que le persiguió en vida sigue ocultando su memoria. Y ello porque Jesús Monzón fue expulsado del Partido Comunista de España (PCE) en 1944 y acusado de traidor, semanas después de encabezar un ejército que penetró por el valle de Arán para derrocar a Franco.

Monzón era entonces el jefe del aparato clandestino de PCE en París y logró reclutar a más de 5000 guerrilleros republicanos españoles, que cruzaron los Pirineos para iniciar una guerra contra el régimen del yugo y las flechas. El dirigente comunista contaba con un apoyo aliado que no se produjo y fracasó en su intento.

Santiago Carrillo reprochó a Monzón la iniciativa, que no había obtenido la aprobación de la dirección del partido, refugiada en Moscú, y lo expulsó. Desde entonces, quienes osaban romper la

disciplina eran tachados de «monzonistas», un adjetivo que durante tres décadas fue sinónimo de entreguismo al enemigo.

Pero Monzón, fundador y líder del PCE en Navarra durante los años treinta, nunca fue un traidor. Fue detenido por la Policía española en Barcelona en 1945 y posteriormente sometido a un juicio militar en el que resultó condenado a 30 años de cárcel. Evitó la pena máxima por la intercesión de sus compañeros de juventud en Pamplona, entre los que destacaba Tomás Garicano Goñi, ministro y prohombre del franquismo.

Esos lazos eran tan fuertes que Monzón salvó la vida al estallar el Movimiento en Pamplona gracias a que un amigo carlista, Francisco Lizarza, lo ocultó en su casa y consiguió pasarlo a Francia disfrazado de fraile capuchino. Por ese gesto Lizarza fue fusilado.

En 1959, Monzón salió de prisión y se marchó a México, donde encontró trabajo en un banco y luego como profesor del Instituto Panamericano de Alta Dirección Empresarial. El joven que había asaltado con armas en 1936 el Palacio de la Diputación y que había liderado el Frente Popular en Navarra empezó a ganarse la vida mediante la formación de los cachorros del capitalismo.

Monzón y Aurora, su mujer, volvieron a España en 1967 y el IESE de Barcelona le encomendó abrir una escuela de negocios en Mallorca. Fundó y dirigió en Palma el Instituto Balear de Dirección de Empresas hasta su defunción en 1973.

El comunista navarro fue un hombre perseguido por el infortunio. Perdió a su único hijo, estuvo en las prisiones franquistas durante 14 años y padeció la ignominia y el exilio. Pero según contó Enrique Lister, la Policía franquista también le salvó la vida al detenerlo, ya que Carrillo había ordenado su ejecución por traidor.

Jesús Monzón se negó en su lecho de muerte a recibir la confesión y le dijo al sacerdote: «No tengo nada de lo que arrepentirme». Ese podría haber sido su epitafio.

Karin Lannby

Actriz y periodista sueca, fue detenida cuando espiaba para la República española en el sur de Francia. Estaba fascinada por Lorca y trabajó en un hospital de Alcoy durante la guerra. Fue amante de Ingmar Bergman e inspiró varias de sus películas. Se refugió en París al final de su vida.

Entre la leyenda y el misterio

La actriz y poeta Karin Lannby murió en París en 2007 tras una larga vida no exenta de misterio. La gran paradoja es que su leyenda, agrandada con el paso del tiempo, no contribuye a esclarecer su poliédrica personalidad. Era una apasionada de Lorca y del teatro, pero también fue periodista, traductora y espía ocasional al servicio de la República española.

Había nacido en Linköping (Suecia) en 1916, en el seno de una familia acomodada. Si padre era el delegado de la Metro Goldwyn Mayer y su madre era una persona vinculada a la aristocracia. Karin ingresó en el Partido Comunista a mediados de los años treinta, cuando cursaba sus estudios universitarios en Estocolmo.

Hay imágenes de ella en el Congreso de Escritores de París en 1935, pero por aquella época ya había visitado España. En un viaje con su madre por nuestra geografía, la actriz sueca estuvo presente en el estreno de *Bodas de sangre* en Barcelona. Corría el año 1933 y quedó fascinada por el dramaturgo y poeta español. «Fue en el Poliorama, se volvió loca por Lorca y estableció un lazo obsesivo con él», señala el director alicantino Fran Ruvira, que lleva años investigando su vida para un documental.

Ruvira corrobora la falta de fiabilidad de los testimonios y

documentos sobre su biografía, llena de incongruencias, porque Karin Lannby navegó siempre «entre la ficción y la realidad». Se sabe con certeza, sin embargo, que trabajó en un hospital de Alcoy durante la Guerra Civil y que también sirvió como traductora al Gobierno republicano.

Dada su simpatía por el comunismo y sus vínculos con el Comintern, fue enviada al sur de Francia, en concreto a Bayona, para intentar infiltrase en el bando nacional e informar sobre sus movimientos de tropas. Pero fracasó y fue detenida durante un corto periodo de tiempo. Cayó en desgracia, por lo que tuvo que volver a su país natal.

En 1940, fue reclutada por el espionaje sueco. Operaba con el nombre clave de Anette y, al parecer, mantenía contactos con los nazis para intentar averiguar si tenían planes para invadir Suecia, clave en los aprovisionamientos de minerales. También hay quien apunta que fue agente del NKVD soviético, pero no hay pruebas de ello.

Fue en esa época cuando mantuvo un turbulento *affaire* amoroso con Ingmar Bergman, al que inspiró varias películas. El realizador sueco nunca la olvidó pese a que la violencia y las frecuentes disputas marcaron su convivencia. *Crisis* (1947) y *Pasión* (1969) están basadas en aquella relación.

Luis Buñuel también la menciona en *Mi último suspiro*, sus memorias, en las que cuenta que había viajado a Estocolmo por encargo de la República para convencer a Karin de que sirviera como espía. Reconoce que se enamoró de la actriz, pero que nunca se atrevió a dar el paso de intentar entablar relaciones. «No intercambiamos ni siquiera un beso», escribe.

Según cuenta Fran Ruvira, Karin se dedicó al periodismo tras el final de la Segunda Guerra Mundial, disfrutando de una celebridad pasajera al localizar y entrevistar a Salvatore Giuliano, un bandolero independentista siciliano al que se le identificaba con Robin Hood.

Se afincó en París a comienzos de la década de los cincuenta y allí conoció a Cocteau, Malraux, Juliette Gréco y Picasso. Estabilizó su agitada existencia tras casarse con un exsacerdote obrero llamado Louis Bouyer que le dio su apellido, según la investigación de Ruvira. Está enterrada en un cementerio de París.

Violette Szabo

Fue capturada por los alemanes cuando participaba en una misión de sabotaje en el desembarco de Normandía. Fue torturada por la Gestapo, pero no confesó. La ejecutaron en Ravensbrück de un tiro en la nuca. Tenía 23 años. Estaba casada con un suboficial de origen húngaro que murió en El Alamein.

La pequeña inglesa

Nadie sabe dónde descansan sus restos. Pero sí hay constancia de que Violette Szabo fue asesinada en Ravensbrück el 5 de febrero de 1945, unos meses antes de acabar la guerra. La obligaron a arrodillarse y un soldado de las SS le pegó un tiro en la nuca ante la presencia de Fritz Suhren, comandante del campo, que le leyó su condena a pena de muerte.

Szabo es una de esas mujeres que no solo arriesgó su vida, sino que además mostró un legendario valor en su lucha contra los nazis. Jorge VI, rey de Reino Unido, la condecoró a título póstumo, y los franceses le concedieron la Croix de Guerre por su heroísmo. «La pequeña inglesa», como la apodaban por su baja estatura, tenía 23 años cuando fue ejecutada.

Apellidada de soltera Bushell, había nacido en París cuando su padre trabajaba de conductor para el Ejército británico. Vivió su infancia en el norte de Francia, donde fue educada por una tía materna. Volvió a Londres en su adolescencia sin apenas saber inglés. Era muy aficionada al deporte, especialmente a la gimnasia y el ciclismo.

Al estallar la guerra, se alistó en la Women's Land Army, siendo destinada a una fábrica de armas en Acton. Conoció a Etienne

Szabo, un suboficial de origen húngaro. Se casaron y tuvieron una hija mientras su esposo luchaba en el norte de África contra Rommel. Nunca pudo ver su rostro porque perdió la vida en la batalla de El Alamein en 1942.

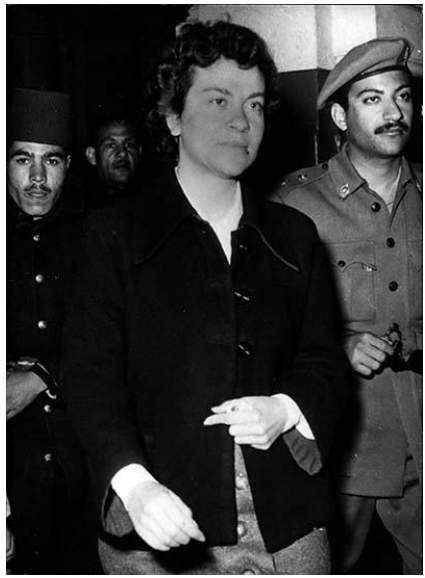
Violette Szabo fue reclutada en el verano de 1943 por el SOE, la unidad de operaciones encubiertas en territorio enemigo, ideada por el Ejército. Pasó medio año en centros de adiestramiento, en los que le enseñaron manejo de armas, tácticas de ocultamiento, criptografía y uso de explosivos. Estuvo casi tres meses de baja tras romperse el tobillo en un salto en paracaídas.

En abril de 1944, fue lanzada sobre el área de Cherburgo con el nombre clave de «Louise» junto a un compañero. Con una falsa identidad, se desplazó corriendo un enorme riesgo a Rouen. Allí contactó con la Resistencia, que prácticamente había sido desmantelada por la Gestapo. Retornó a Londres para informar del desastre. Pero estuvo a punto de morir porque en el viaje de vuelta su avión fue alcanzado por el fuego antiaéreo alemán, logrando aterrizar en condiciones extremas.

A primeros de junio, volvió a ser lanzada en paracaídas cerca de Limoges con otros tres miembros de su unidad, especialistas en cifrado y sabotaje. A Violette se le encargó ponerse en contacto con los maquis, que tenían como misión hostigar a las fuerzas alemanas mientras se producía el desembarco de Normandía.

Pocos días después, su jefe y amigo Philippe Liewer decidió enviarla a Correze como enlace del Ejército aliado. A pesar de que los franceses no podían circular en coche sin permiso, Violette se subió a un Citroën para recorrer un trayecto de unos 100 kilómetros. Una patrulla detuvo el vehículo en Salon-la-Tour. Iba armada con una pistola y media docena de cargadores. Cogiendo por sorpresa a los soldados alemanes, saltó del coche y se adentró en un huerto donde se parapetó tras un árbol, dando oportunidad de huir a su camarada. Vació toda su munición antes de ser detenida. Al parecer, mató a uno de sus perseguidores, aunque hay versiones del incidente que lo cuestionan.

Fue golpeada y torturada por sus captores, que la llevaron a la sede de la Gestapo en Limoges, donde fue interrogada. No dijo ni una sola palabra. A las pocas semanas fue conducida al campo de Ravensbrück y destinada a trabajos forzados. Allí vio morir a muchas de sus compañeras. Fue ejecutada cuando el Ejército Rojo había cruzado el río Oder y se dirigía a Berlín. Fue una venganza inútil porque la guerra ya estaba perdida.



Marcelle Ninio

Había nacido y crecido en El Cairo cuando fue reclutada por los servicios secretos israelíes. Participó en los atentados de 1954 contra instalaciones británicas y estadounidenses para desacreditar a Nasser. Fue condenada a 15 años de prisión y se refugió en Israel tras un intercambio de prisioneros.

Una sionista en tierra enemiga

Marcelle Ninio había nacido en El Cairo, no sabía hebreo, había estudiado en una escuela católica, destacaba en el baloncesto y nunca había estado en Israel. Pero fue reclutada por el recién nacido Mosad en 1951, cuando se ganaba la vida como secretaria, para actuar como agente en Egipto.

Era hija de un judío de origen búlgaro llamado Yacov y de madre turca. Cuando acabó el bachillerato, se convirtió en una fervorosa sionista y poco después fue reclutada por los servicios secretos israelíes. Se la destinó a una célula en la que era la única mujer.

Tres años más tarde, se vio implicada en unos hechos que cambiaron su vida: los atentados de El Cairo y Alejandría, llevados a cabo por iniciativa de la inteligencia militar israelí para evitar la

salida de las tropas británicas del país tras la crisis de Suez. Israel temía que el presidente Nasser nacionalizara el canal y decidió crear un clima que indispusiera al régimen egipcio con Estados Unidos y la comunidad internacional.

Pinchas Lavon, ministro de Defensa, ordenó una operación encubierta para atentar contra instalaciones civiles británicas y estadounidenses con el objeto de responsabilizar de esas acciones a Nasser, que había derrocado al rey Farouk en 1952 y en el que veían una amenaza para los intereses occidentales. El trabajo de sabotaje fue encargado a la célula de Ninio, bautizada como Unidad 131, que entonces tenía 24 años.

En julio de 1954, los agentes israelíes colocaron un artefacto incendiario en una oficina de correos e intentaron poner una bomba que no explotó en un teatro británico de Alejandría. Uno de los autores fue detenido en el acto y al parecer delató a sus compañeros. También hicieron estallar otra bomba de nitroglicerina en una librería estadounidense en El Cairo. Hubo algunos daños materiales, pero ninguna víctima mortal.

Dos de los miembros de la unidad se suicidaron cuando estaban a punto de ser capturados. Ninio y otros compañeros fueron detenidos, torturados y encarcelados. Ella misma confesó años más tarde que había intentado suicidarse en prisión en varias ocasiones.

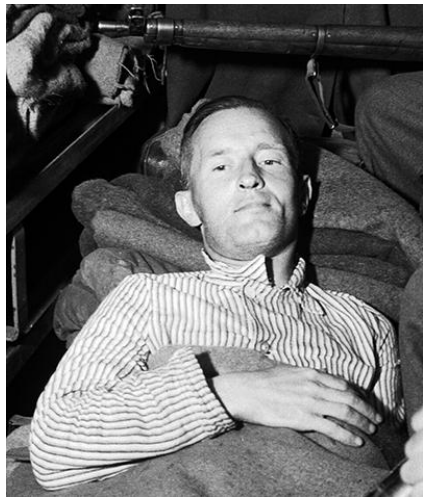
Más de seis décadas después, todavía hay incógnitas sobre la llamada Operación Susana. Al parecer, el Mosad no estaba de acuerdo con Defensa. Hay indicios sólidos de que el grupo de Ninio fue en realidad traicionado por Avri Elad, un personaje muy turbio que trabajaba para los dos bandos, de suerte que el Gobierno egipcio conocía la intentona.

Los autores de los atentados fueron llevados a juicio en diciembre de 1954. Nasser aprovechó la ocasión para hacer una campaña antijudía y antibritánica, mientras dos miembros de la célula fueron condenados a muerte y ahorcados. A Ninio, tras revelarse que las confesiones de los inculpados habían sido obtenidas bajo tortura, se la condenó a quince años de cárcel por ser mujer. Poco después, Avri Elad fue juzgado y sentenciado a diez años de prisión en Israel por advertir a los egipcios.

La Operación Susana produjo un escándalo político en Israel. El ministro Lavon manifestó que él no sabía nada de los atentados y responsabilizó a Simon Peres, su número dos, pero la investigación efectuada por el Tribunal Supremo concluyó lo contrario. Un oficial de la inteligencia militar declaró que las ordenes habían partido de Lavon, que tuvo que dimitir tras provocar una crisis de Gobierno.

Ben Gurion asumió el mando.

Tras cumplir trece años de cárcel, Ninio y otros condenados fueron intercambiados por prisioneros egipcios en 1968 tras la Guerra de los Seis Días. Abandonó su país natal y se fue a vivir a Israel, donde se casó en 1971. Fue recibida como una heroína y la primera ministra Golda Meir asistió a su boda. Ninio se matriculó en la Universidad de Tel Aviv tras haber aprendido hebreo con más de 40 años. Murió en octubre de 2019.



William Joyce

Era un nazi fanático que emitía por radio desde Hamburgo para pedir a los ciudadanos británicos que se rindieran. Fue ahorcado por alta traición en 1946, pese a que no poseía la nacionalidad británica. No se arrepintió ni pidió perdón. Defendió sus ideas hasta el final.

La voz de la traición

William Joyce fue ahorcado en la prisión de Wandsworth el 3 de enero de 1946. Una nota, clavada con chinchetas, anunciaba su ejecución en la puerta de la cárcel, donde se agolparon cientos de curiosos. Su cadáver fue enterrado en una tumba anónima del recinto.

Unas semanas antes, el Tribunal de Apelaciones había confirmado la sentencia a pena de muerte por alta traición, dictada por un juzgado de Londres. El proceso suscitó una enorme expectación porque Joyce era un personaje muy popular, cuya voz era escuchada cada noche por varios millones de británicos durante la guerra.

Pero Joyce no defendía la causa de un país asediado por Hitler, sino que, por el contrario, hablaba desde una radio de Hamburgo para exaltar la superioridad del nazismo y pedir a los británicos que se rindieran. Unos soldados lo capturaron en un bosque de

Flensburg en 1945 y fue deportado para ser juzgado.

Joyce, más conocido por lord Haw-Haw, había sido responsable de propaganda del partido fascista de Oswald Mosley, donde había brillado por su cultura y sus cualidades oratorias, pero también por una veta violenta y antisemita. Una gran cicatriz le cruzaba la cara.

Los jueces tuvieron que forzar las leyes para condenarle, ya que Joyce tenía la nacionalidad estadounidense y, por ello, no se le podía acusar técnicamente de traicionar a un país al que no pertenecía. Pero entendieron que era culpable por ser titular de un pasaporte británico, obtenido de forma irregular.

Lo más llamativo del caso Joyce es que él reivindicó su colaboración con Hitler como un acto de patriotismo y se negó a solicitar clemencia con el argumento de que había hecho lo mejor para su país porque, hasta finales de 1943, creyó que la derrota era inevitable.

La biografía de este hombre está llena de paradojas. Nacido en Estados Unidos, de padre irlandés y madre inglesa, siendo joven se alistó en el Partido Fascista británico. Militó en su facción extrema, que no eludía las peleas con sus adversarios. En una de ellas, le rompieron la nariz y, en otra, le dejaron una cicatriz en la cara. Durante su juventud en Irlanda, colaboró con los grupos unionistas y estuvo a punto de ser ejecutado por el IRA. Luego rompió con Mosley, al que consideraba un aristócrata poco comprometido con la causa. Al iniciarse la Segunda Guerra Mundial, decidió marchar a Berlín y ponerse al servicio de Hitler.

Cuando su condena fue dictada, ni un solo ciudadano británico alzó su voz para defenderlo. Era la encarnación popular del traidor, de la mezquindad y del deshonor. Su propio aspecto físico era repugnante. Reunía todas las características para que nadie sintiera clemencia o compasión.

Tras leer *El significado de la traición*, el libro de Rebbeca West, surgen inquietantes preguntas para las que no hay respuesta porque Joyce no cambió de bando ni de ideas ni de patria. Fue siempre consecuente con lo que pensaba y así lo expuso en la vista que tuvo lugar en la Cámara de los Lores.

No buscó excusas ni justificaciones. Tampoco pidió perdón. Y ni siquiera alegó que no era ciudadano británico. Subió al cadalso tras asumir que era preferible morir a traicionar la ideología criminal a la que se había adherido. Su conducta nos fuerza a reconsiderar el término de *traidor*, que habitualmente implica una contradicción entre lo que se piensa y lo que se hace. Joyce fue coherente con su propia monstruosidad. Inquietante.

Isser Harel

Fue el fundador y primer director del Mosad. Había emigrado de Letonia a Palestina en los años treinta. Era tan discreto que ni su mujer sabía a lo que se dedicaba. Secuestró a Eichmann en Argentina y lo llevó a Israel para ser juzgado. Tuvo que dimitir por los atentados contra científicos alemanes en Egipto.

El espía que capturó a Eichmann

Era tan discreto que ni su mujer ni su hija sabían cómo se ganaba la vida. Jamás apareció en los medios de comunicación ni en ningún acto público. Ese perfecto desconocido se llamaba Isser Harel y fue el fundador y el director del Mosad desde 1952 hasta 1963.

Ya en 1948, David Ben-Gurion, primer ministro israelí, lo colocó al frente del Shin Bet, la agencia de contraespionaje. Era entonces un joven sionista que había destacado por su osadía y su inteligencia en el Haganá, la organización paramilitar judía. Cuatro años más tarde, le nombró director del Mosad con plenos poderes en materia de seguridad interna y espionaje en el exterior.

El momento más crucial de su carrera se produjo en 1960, cuando un fiscal alemán proporcionó al Gobierno de Ben-Gurion información sobre el paradero de Adolf Eichmann, uno de los jefes de la organización de los campos de exterminio nazis. Eichmann vivía con su mujer y sus hijos en un arrabal de Buenos Aires bajo la identidad de Ricardo Klement, con la protección del general Perón. Harel era escéptico, pero, tras enviar a sus hombres a Argentina, se convenció de que el soplo era cierto.

Ben-Gurion encargó al Mosad la misión de capturar al alto funcionario de las SS. Para ello, Harel seleccionó y adoctrinó a un

reducido grupo de hombres. Lograron encontrar a Eichmann y lo secuestraron. Tras mantenerlo narcotizado en un lugar seguro, lo metieron en un avión y lo condujeron a Jerusalén. Allí fue juzgado y ejecutado.

En sus once años al frente del Mosad, alcanzó éxitos que convirtieron al espionaje israelí en una leyenda. Por ejemplo, Harel consiguió a través de un periodista polaco una copia del discurso de Kruschev en el Congreso del partido en 1956. El líder soviético había denunciado los abusos y el culto a la personalidad de Stalin, pero el texto de su alocución había sido declarado secreto. Harel se lo pasó a la CIA.

El jefe del Mosad había nacido en 1912 en Vitebsk (Bielorrusia), en el seno de una familia acomodada. Su padre era propietario de una fábrica de vinagre, pero sus propiedades fueron confiscadas tras la Revolución de 1917. Sus progenitores tuvieron que emigrar a Letonia y allí transcurrió su adolescencia.

Se adhirió a los movimientos sionistas y, a principios de los años treinta, emigró a Palestina con una pistola oculta en una barra de pan. Conoció a Ben-Gurion y se integró en la guerrilla judía. Tras la creación del Estado de Israel, su ascenso de la mano de su protector fue imparable.

Harel tuvo que dimitir en 1963 porque el Mosad atentó contra varios científicos alemanes que trabajan para el régimen egipcio de Nasser en un programa de desarrollo de cohetes. El escándalo que suscitó la operación le obligó a renunciar al cargo tras una severa reprimenda de Ben-Gurion.

Tras este episodio, creó un partido sionista y obtuvo el acta de diputado en la Knéset. En 1973, se retiró de la política y vivió discretamente hasta su muerte en 2003, a los 91 años.

APÉNDICE

Así fue la captura de Eichmann

Tras ser secuestrado en Argentina, el oficial nazi se sentó en el banquillo en abril de 1961 y fue condenado a muerte por sus responsabilidades en el Holocausto.

El 11 de abril de 1961, comenzaba en Jerusalén el juicio a Adolf Eichmann, el oficial de las SS que fue condenado a muerte por su participación en el Holocausto. Se había ocultado en Argentina con una identidad falsa hasta que fue secuestrado en mayo de 1960 por un comando del Mosad, que lo trasladó a Israel. El proceso provocó una gran polémica internacional y la atención de los medios de todo el mundo. Y el libro de Hannah Arendt, *Eichmann en Jerusalén*, generó una polémica que dura hasta nuestros días por su tesis sobre la banalidad del mal.

El 23 de mayo de 1960, David Ben-Gurion, primer ministro israelí, interrumpió los trabajos del Knéset para anunciar la captura de Eichmann, al que definió como «uno de los responsables de la Solución Final». Los parlamentarios se abrazaron y lloraron.

Eichmann, que tenía el grado de teniente coronel de las SS, había escapado de Alemania en 1945 tras haber estado internado en un campo de prisioneros. Con un pasaporte de la Cruz Roja, llegó a Buenos Aires, donde se refugió bajo el nombre de Ricardo Klement. Vera, su esposa, pidió a las autoridades alemanas una pensión de viudedad en 1947, que le fue negada. Poco después, viajó a Argentina con sus hijos.

Por esa época, Simon Wiesenthal denunció que Eichmann seguía vivo y que estaba oculto en Latinoamérica, como otros criminales nazis como Mengele. Pero nadie sabía dónde se había escondido. Residía con su familia en una modesta casa sin luz eléctrica a las afueras de Buenos Aires y cogía el autobús cada día para ir a trabajar a una fábrica de Mercedes Benz bajo esa falsa identidad.

Su localización se produjo no como resultado de la búsqueda de cazanazis como Wiesenthal, sino por una casualidad. Un judío medio ciego llamado Lothar Herman, que había huido de Alemania, tenía una hija que empezó a salir con un joven de su edad. Este se jactó de que su padre había sido un jerarca del Tercer Reich. La hija buscó un pretexto para colarse en la vivienda de los Eichmann y comprobó el parecido físico con el mando de las SS.

Lothar escribió una carta a Fritz Bauer, fiscal general de Hesse, que era judío y había sido dirigente del Partido Socialdemócrata. Bauer decidió investigar la denuncia, pero no puso al corriente al Gobierno de Adenauer porque no se fiaba de sus servicios secretos ni del aparato judicial.

Tras llegar a la conclusión de que Klement era Eichmann, trasladó su información al Mosad, que le respondió que estaba equivocado. Bauer protestó al fiscal general de Israel, que presionó a Isser Harel, jefe de la inteligencia, para que volviera a investigar. Harel envió a un subordinado a Buenos Aires, que volvió con fotos y datos que demostraban de forma indiscutible que Bauer tenía razón.

Pocas semanas después, Eichmann fue secuestrado por el Mosad cuando volvía caminando a su casa. Lo metieron en un coche, lo drogaron y lo llevaron a un piso franco. En el interrogatorio facilitó su rango, el número de carné en las SS y su verdadero nombre. Decidieron trasladarlo a Israel en un vuelo privado con destino a Recife, simulando que transportaban a un enfermo. Tras doce horas en el aire, haciendo una escala en Dakar, el aparato aterrizó en Jerusalén.

Las autoridades argentinas protestaron y denunciaron ante la ONU al Gobierno israelí. Pero era un gesto de cara a la galería, ya que conocían la operación y permitieron que Eichmann saliera del país. No querían una propaganda negativa.

Tras el anuncio de Ben-Gurion de que Eichmann sería juzgado por un tribunal en Jerusalén, se desató una polémica que duró meses. El escritor Ernesto Sábato apoyó la iniciativa de Israel como una acción justa y necesaria. Por el contrario, el *Washington Post* dijo que se había actuado con «la ley de la jungla», mientras que William Buckley, de la *National Review*, calificó el secuestro como

«un acto de venganza». El *New York Times* habló de «juicio espectáculo».

Hubo voces en todo el mundo, incluyendo a Israel, que abogaron por que el juicio se celebrara en Alemania, el país donde se habían cometido los crímenes. Pero el Gobierno de Jerusalén sabía perfectamente que Adenauer tenía pavor a celebrar el proceso en su país por la sencilla razón de que podían aflorar complicidades y molestos secretos del pasado. Hans Globke, el jefe de su Cancillería, había sido uno de los redactores de las leyes raciales de Núremberg.

Hubo también una reacción negativa de las organizaciones sionistas fuera de Israel, que dudaron de que el juicio pudiera desarrollarse en un clima de imparcialidad. Pero Ben-Gurion y Golda Meir, su ministra de Exteriores, afirmaron que el nuevo Estado judío representaba los intereses de todas las víctimas del Holocausto. «Todos los judíos son ciudadanos de Israel», sentenció el primer ministro.

Ben-Gurion ganó finalmente la batalla legal, ya que el Consejo de Seguridad de la ONU avaló el derecho de Israel de juzgar a Eichmann, asumiendo que no era ciudadano argentino y que había serios indicios de su responsabilidad en el Holocausto.

Antes de comenzar el proceso, surgieron dudas sobre la composición del tribunal. El Parlamento aprobó una ley para establecer los criterios de designación de los tres jueces. Fueron elegidos Moshe Landau, magistrado del Supremo; Benjamin Halevi, que había presidido un juicio contra los judíos alemanes que habían ayudado a los nazis en las deportaciones; y Yitzhak Raveh.

Eichmann eligió como abogado a Robert Servatius, un penalista de Colonia que no había colaborado con el régimen de Hitler. Había sido defensor de Sauckel y Brandt en Núremberg. El Gobierno de Jerusalén no solo aceptó su designación, sino que, además, consintió en pagar sus 30 000 dólares en concepto de honorarios. Ben-Gurion no quería que nadie pudiera deslegitimar el juicio por falta de garantías.

El lugar elegido para celebrar las vistas fue el nuevo centro cultural Beit Ha'am, que contaba con un teatro, que fue totalmente remodelado. Tenía cabida para 600 espectadores, además de los puestos para jueces, fiscales, abogados y periodistas.

El papel de acusador lo ejerció Gideon Hausner, hijo de un rabino judío nacido en Polonia. Era fiscal general del Estado de Israel y había militado en la organización paramilitar Haganá. Estaba obsesionado con la idea de aprovechar el juicio para que el mundo fuera testigo de la maldad de los nazis.

Hausner ordenó a Avner Less, oficial de la Policía, que encabezara el llamado Bureau 06 para recabar documentos y pruebas contra Eichmann. Less hizo un trabajo exhaustivo. Aportó papeles y la identidad de testigos que corroboraban el papel del incriminado en el Holocausto. Y, con la autorización de los jueces, interrogó a Hess de forma minuciosa. Según su testimonio, el oficial nazi temblaba y respondía con vaguedades a las acusaciones.

Eichmann había nacido en 1906 en Renania, pero se había traslado a Austria cuando era niño. Tenía 55 años cuando se celebró el juicio. En su juventud, trabajó en Linz para la Vacuum Oil. Se unió al Partido Nacionalsocialista en 1932, un año antes de la llegada de Hitler al poder. Fue despedido en 1933 y decidió volver a Alemania. No tenía una ideología definida, pero decidió entrar en las filas nazis por recomendación de Ernst Kaltenbrunner, futuro jefe de las SS, al que conocía.

En 1935, se le destinó a la sección judía de la SD, el servicio de inteligencia de las SS, donde su tarea era vigilar a las organizaciones sionistas y recabar información. Leyó las obras de Theodor Herzl, viajó a Palestina y elaboró un descabellado informe en el que sostenía que había una conspiración judía para hacerse con el control de Alemania. Pronto se ganó la confianza de sus jefes y fue ascendido a teniente.

En la primera intervención, Eichmann escuchó la exposición del fiscal Hausner en una cabina acristalada, custodiada por agentes. Le acusó de ordenar el exterminio de la población judía, de saquear sus propiedades, de haber deportado a centenares de miles de víctimas y de ser el planificador y ejecutor de la Solución Final. Hausner lo presentó como el arquitecto del Holocausto, algo que no era cierto porque Eichmann figuraba en el cuarto nivel de las SS tras Himmler, Heydrich y Müller, sus tres jefes directos.

Servatius respondió a Hausner, subrayando que Eichmann había cumplido órdenes y que no había vulnerado las leyes del Reich. Pero, sobre todo, alegó que el tribunal no estaba legitimado para juzgarlo porque carecía de jurisdicción sobre delitos cometidos en Alemania. También sostuvo que su cliente había sido secuestrado de Argentina.

El tribunal deliberó durante cuatro días. Decidió desestimar la argumentación de Servatius y proseguir con el juicio. También rechazó su petición de que no se utilizaran las transcripciones de unas grabaciones en las que Eichmann se enorgullecía de su trabajo en las SS. Era una prueba demoledora porque reconocía haber presenciado ejecuciones en las cámaras de gas, aunque decía que

eran «repugnantes».

El primer testigo que declaró fue Salo W. Baron, historiador de Columbia. Aportó una visión general del Holocausto y dio cifras de las matanzas y de los saqueos. Conmovió a los asistentes cuando afirmó que cuando él vivía en Tarnow (Polonia) antes de la guerra había 20 000 judíos y que solo quedaban 20 en 1945.

Franz Meyer centró su declaración en las atrocidades nazis en Viena en 1938. Eichmann había sido enviado para dirigir las expropiaciones y las deportaciones de ciudadanos judíos. Describió con detalle cómo habían sido despojados de todos sus bienes. «Era como un molino que trituraba a los judíos. Entrabas con tu patrimonio y salías sin nada», dijo. El fiscal leyó una carta de Eichmann en la que manifestaba: «Estos caballeros hacen lo que yo quiero». Otro testigo afirmó que el oficial nazi le había llamado «saco de mierda». Hausner aportó pruebas de que el encausado había ordenado personalmente la deportación de 50 000 judíos austriacos.

En octubre de 1939, Heydrich lo envió a Polonia con la orden de hacer una limpieza étnica. Lo había nombrado delegado de la Oficina de Seguridad del Reich para los territorios orientales. Ello lo convertía en el máximo responsable de las SS tras las filas del Ejército.

Ada Lichtmann testificó que había salvado su vida tras el fusilamiento masivo de cientos de ancianos y niños. Cayó ilesa en el foso, quedando cubierta de sangre y cadáveres. Varios ciudadanos polacos describieron cómo Eichmann había traslado a 2000 judíos a Nisco y les había abandonado, sin agua ni víveres, en una zona pantanosa.

Eichmann fue destinado en 1941 a Francia. Los testigos lo responsabilizaron del internamiento de miles de judíos en el campo de Drancy y de la deportación de 4000 niños a Auschwitz. Ninguno de ellos volvió a ver a sus padres. Lo describieron como un hombre arrogante e implacable.

El fiscal Hauser le preguntó a Yaakov Gurfein por qué no se habían resistido en los campos de exterminio, dado que los prisioneros eran mucho más numerosos que sus guardianes. Respondió que habían sido humillados, que estaban agotados y que querían morir de la forma más rápida posible. La pregunta incomodó a los jueces y suscitó la indignación de Hannah Arendt, que había sido enviada por *The New Yorker* para cubrir el juicio. Moshe Bejski describió a instancias de Hausner cómo las SS habían obligado a 10 000 prisioneros a presenciar el ahorcamiento de un

niño en Platzöw. Tras acabar su declaración, se encaró con el fiscal y le recriminó su actitud. Hubo un momento de alivio cuando Werner Melchior, gran rabino de Dinamarca, explicó cómo la población de su país había ocultado y protegido a los judíos. Una mujer se puso a llorar.

A una pregunta de Servatius, Heinrich Gruber, pastor protestante encarcelado y torturado, diferenció entre la ideología nazi y la comisión de crímenes a partir de 1933. Servatius se quejó de que muchos testimonios eran indirectos y que, por ello, carecían de validez.

El juicio alcanzó el clímax cuando se abordó la participación de Eichmann en los asesinatos y deportaciones en Hungría en 1944, cuando los rusos se acercaban a Budapest. Hausner demostró que el oficial de las SS actuó con plenos poderes de Himmler en la deportación de 430 000 judíos a los campos de exterminio. Ordenó identificarlos con una estrella amarilla, les incautó todos sus bienes y se jactó de su eficiencia. Murieron 300 000 deportados. Un espectador lo acusó a gritos de haber asesinado a toda su familia y fue expulsado de la sala. Martin Foldi recordó cómo había visto entrar a su mujer vestida de rojo en la cámara de gas de Auschwitz.

Las declaraciones de los testigos concluyeron con la acusación de Hausner de que Eichmann había disparado un tiro en la cabeza a un niño por haber robado fruta. El juez Landau le recriminó y restó validez a sus palabras por ser un testimonio indirecto. Hausman apuntó que el acusado había ordenado el traslado de decenas de miles de prisioneros de los campos en unas condiciones extremas al final del conflicto. Muchos de ellos no soportaron la travesía. Eichmann lo negó y aseguró que habían muerto por «causas naturales».

A Servatius le concedieron ocho días para preparar el testimonio de Eichmann. Este se reafirmó en su inocencia y llegó a afirmar que siempre había intentado regirse por el imperativo categórico de Kant. Insistió en que había colaborado con las organizaciones sionistas en Austria, Rusia y Polonia, y que había salvado la vida de miles de judíos. Justificó las incautaciones de bienes y alegó que él era el responsable de organizar los traslados a los campos, pero que no participaba en las decisiones.

Lo más relevante e incriminatorio fue su reconocimiento de que había estado presente en la reunión de Wannsee, en enero de 1942, cuando se aprobó la Solución Final. Aseguró que Heydrich le había ordenado levantar acta y luego incurrió en varias contradicciones. Comentó que, al final de la cita, había tomado un coñac junto a una

chimenea con Heydrich y Müller, jefe de la Gestapo.

«No tuve elección. Debía proceder a la organización de los transportes como se me había ordenado. Puedo tener alguna responsabilidad moral, pero no legal», concluyó. Algunos medios lo describieron como «un burócrata aburrido» que se explayaba en explicaciones inútiles, mientras que Joseph Kessel afirmó que «Eichmann había adoptado una máscara que ocultaba su maldad».

En su alegato final, Hauser calificó su testimonio como «una sarta de mentiras», argumentó que su papel había sido esencial en Hungría, exhibió decenas de documentos con su firma y lo acusó de haber amenazado y vejado a ciudadanos indefensos.

A continuación, llegó el turno de preguntas de los tres jueces. Raveh le interrogó sobre cómo había podido compatibilizar la moral kantiana con sus acciones. Halevi le hizo observar que, si había tenido poder para salvar a miles de judíos, también había ejercido ese mismo poder para ordenar su deportación y asesinato. Landau puso mucho énfasis en su presencia en Wannsee y Eichmann negó que se hubiera hablado allí de «métodos de matar».

Finalmente, Servatius cerró el juicio subrayando la ilegalidad del proceso, la inocencia de su cliente y pidiendo «perdón y olvido». El proceso concluyó en diciembre de 1961 con esas palabras y los jueces tardaron cuatro meses en pronunciar la sentencia: pena de muerte. El Gobierno de Ben-Gurion denegó la petición de clemencia por parte de intelectuales como Martin Buber y Gershom Scholem. «Seis millones de veces no», tituló el diario *Maariv* contra la solicitud. Eichmann fue ejecutado en la horca el 31 de mayo de 1962 y sus cenizas fueron dispersadas en el mar.

BAJO LA HOZ Y EL MARTILLO

ENTRE EL TERROR Y LA PATRIA

La tradición de una policía política en Rusia viene del zarismo. El legendario KGB, siglas del Comité para la Seguridad del Estado, fue creado en 1954 en plena Guerra Fría. Fue disuelto en 1991 tras el fallido golpe de los nostálgicos del comunismo soviético contra Mijail Gorbachov. Y, cuatro años después, Boris Yeltsin creó el nuevo Servicio Federal de Seguridad (FSB), que asumió las tareas de agencia de espionaje y contrainteligencia.

El FSB tiene hoy su sede oficial en el edificio de la Lubianka en el centro de Moscú, que era la sede de una empresa de seguros en 1917, cuando triunfó la Revolución bolchevique. Lenin se apropió del inmueble para instalar la Cheka, una policía secreta que tenía como finalidad combatir a los elementos contrarrevolucionarios. El líder bolchevique eligió a Félix Dzerzinsky, un fervoroso partidario de origen polaco, mitad monje mitad soldado, para dirigir la nueva organización. Había estado encarcelado durante once años por el zarismo.

Félix Dzerzinsky en su despacho de la Cheka.

Dzerzinsky ejerció su trabajo de forma implacable. Y para ello se inspiró en los métodos de la Ojrana, fundada por Alejandro II en

1866. La Ojrana tenía como misión localizar y detener a los anarquistas y los socialistas que conspiraban contra el régimen. Su táctica era lograr la infiltración en las organizaciones que conspiraban contra el zarismo. Fue este embrión de servicio secreto el primero en recurrir a los llamados «agentes provocadores», que cometían actos terroristas o acciones desmesuradas para desprestigiar la causa a la que simulaban servir. El ejemplo más notable es el del padre Gapon, que lideró a las masas en 1905 en unas manifestaciones violentas, brutalmente reprimidas por la Guardia Imperial. La Ojrana ya practicaba también la deportación de los disidentes a campos de trabajo siberianos o al exilio en la fría estepa.

La primera tarea que asumió Dzerzinsky fue reclutar a cientos de militantes y seguidores incondicionales de Lenin, a los que inculcó un espíritu monacal de servicio a la Revolución. Vestían chaquetas de cuero y pronto se convirtieron en una fuerza parapolicial temible. Para el responsable de la Cheka y para los dirigentes bolcheviques, el fin justificaba los medios. No tardaron más que unas pocas semanas en comenzar las detenciones, los interrogatorios y las torturas. Lenin aprobó que la organización pudiera actuar contra quienes amenazaban la Revolución sin límite legal alguno.

Dzerzinsky aumentó los efectivos de la Cheka de una forma impresionante, creando un verdadero ejército. Se calcula que, cuatro años después del asalto al Palacio de Invierno, tenía ya cerca de 200 000 hombres. La Cheka no solo se dedicaba a luchar contra los elementos contrarrevolucionarios, custodiaba los campos de trabajo, requisaba propiedades, sofocaba las revueltas campesinas y vigilaba las fronteras y las estructuras que podían ser objeto de sabotaje.

A principios de los años veinte, se intensificó la llamada guerra contra «los blancos», que se organizaron militarmente para derrocar al régimen de Lenin. Fue un choque muy cruento, con cientos de miles de muertos y extensas áreas devastadas. La Cheka redobló la represión, creando un verdadero sistema de terror en el que cualquiera podía ser sospechoso. Un comentario nimio podía conducir a la cárcel y la desgracia familiar.

Lenin decidió en 1922 crear el OGPU, siglas de Directorio Político Unificado del Estado, que asumió las funciones de la Cheka. No fue un cambio formal, sino una verdadera reorganización para aumentar sus competencias y centralizar la represión del Estado. La OGPU asumió muchas de las funciones de la Policía y se reservó

la facultad de instruir los delitos políticos y dirigir la investigación criminal. Como era de esperar, Lenin confío su dirección en Félix Dzerzinsky, que era escrupulosamente obediente a las instrucciones del Kremlin. No estuvo mucho tiempo al frente de la nueva entidad porque falleció en julio de 1926. Su sucesor fue Viacheslav Menzjinski, un políglota (hablaba diez idiomas) de origen boyardo que era un veterano militante bolchevique. Había estado en el exilio y había ejercido un papel clave en la incautación de los depósitos de la banca y la creación de un nuevo sistema financiero comunista.

La OGPU operó hasta 1934, fecha en la que Stalin decidió crear el Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos (NKVD), que siguió ampliando sus competencias. Entre ellas, el reforzamiento del espionaje externo y la creación de una unidad de operaciones especiales fuera de la Unión Soviética. El NKVD ya tenía casi un millón de hombres que estaban presentes en todos los ámbitos de la vida social. Los servicios de bomberos, el control de las carreteras y la vigilancia ferroviaria formaban parte de sus funciones.

Stalin puso al frente del nuevo NKVD a Guenrij Yagoda, uno de los lugartenientes de Dzerzinsky, con una gran experiencia en materia de represión de la disidencia. Había formado parte del Ejército Rojo y tenía una fama siniestra. Era un personaje sin escrúpulos, capaz de cualquier perversión, y se había enriquecido gracias a la corrupción. Era, pues, extremadamente vulnerable, lo que con toda probabilidad pesó en Stalin para designarlo.

El historiador Simon Sebag Montefiore afirma en su libro sobre la corte de Stalin que Yagoda organizaba orgías sexuales, que le gustaba el material pornográfico, que sentía debilidad por las orquídeas y que acumulaba joyas y objetos expropiados. Además, apostaba sin freno con la confianza de que nadie podría exigirle el pago de las deudas.

Todos los dirigentes bolcheviques sabían que era un canalla, pero lo temían. Yagoda solo estuvo al frente del NKVD desde 1934 a 1936, pero desempeñó un papel esencial en el amaño de pruebas para fabricar los procesos contra líderes históricos de la Revolución como Zinoviev, Kamenev y Bujarin. Todos ellos habían formado del círculo político de Lenin y eran teóricamente intocables. Pero Stalin ordenó a Yagoda que los investigara e intimidara para sentarles en el banquillo. Fueron ejecutados tras increíbles acusaciones de ser unos traidores, espías al servicio de los enemigos del régimen y conspiradores sin escrúpulos. Todos tuvieron que humillarse y confesar delitos imaginarios para salvar a sus familias.

Hecho el trabajo sucio, Stalin ordenó su detención,

procesamiento y ejecución. Existían abundantes pruebas de sus métodos y de su corrupción. Pero, como relata Solzhenitsyn, Yagoda creía que Stalin lo indultaría en el último momento por los servicios prestados. Fue fusilado y reemplazado por otro personaje todavía más siniestro: Nikolai Yezhov.

Yezhov, hijo del patrón de un burdel, era un personaje de muy corta estatura, cojeaba y era deforme físicamente. Había ocupado diversos cargos territoriales en el partido y se había ganado la atención de Stalin por su entusiasmo hacia las políticas de colectivización agraria.

Pero su mérito para ser promovido al cargo fue que Stalin le encargó personalmente la investigación del asesinato de Sergei Kirov, el líder del partido en Leningrado. Lo que hizo en realidad fue embrollar el asunto para ocultar las implicaciones del propio Stalin en el crimen. Ello fue suficiente para que el caudillo soviético lo pusiera al frente del NKVD.

Yezhov superó en maldad y crueldad a Yagoda y fue durante su etapa cuando se celebraron los procesos de Moscú, fabricados por su predecesor. La etapa de Yezhov fue la de mayor represión en la historia de la Unión Soviética. Llevó a cabo purgas en el Ejército, en los médicos, en los dirigentes bolcheviques, en el sindicato del partido y en los intelectuales. Nadie quedó a salvo de la Inquisición que dirigía Yezhov, que ordenaba detenciones arbitrarias en la calle para engordar las cifras que presentaba a Stalin.

Antes de su nombramiento, Yezhov había sido vicecomisario de Agricultura. Destacó en el cargo como el brazo ejecutor de la política de represión contra los campesinos y pequeños propietarios, llamados *kulaks*, en Ucrania. Se calcula que entre siete y diez millones de personas murieron de hambre durante los años treinta. Yezhov practicó una brutal represión contra los campesinos, que eran ejecutados si se les hallaba un saco de grano en sus cobertizos. Este siniestro periodo quedó bautizado como «la yezhovchina», que superó en términos cuantitativos al Holocausto nazi.

De los 1900 delegados que habían asistido al Congreso del Partido Comunista en 1934, más de la mitad habían sido arrestados una década después y un 40 % habían sido ejecutados. Ni siquiera bastaba el aplauso y la unanimidad para no caer en desgracia y librarse del afán de Stalin de eliminar cualquier atisbo de oposición.

Pese a su poder, Yezhov era objeto de burlas y humillaciones por parte de Stalin, que en una ocasión le hizo bailar ante sus invitados en una cena. Yezhov, que era inteligente, sabía que tarde o temprano caería en desgracia y que pagaría con su vida. Por ello,

vivió atemorizado en sus últimos años al frente del NKVD.

Stalin lo apartó en 1938 y lo nombró comisario de transporte fluvial. Poco después, fue detenido, juzgado y ejecutado tras ser confinado en una prisión para los enemigos del pueblo. Su cadáver fue incinerado y sus cenizas, vertidas en una fosa común.

Para sustituirlo, Stalin pensó en Lavrenti Beria, un georgiano que había trabajado para el OGPU y había participado en la represión de los nacionalistas en Tiflis. Fue promovido a miembro del politburó y accedió al círculo íntimo de Stalin en el que ya estaban Mólotov, Kaganovich, Voroshilov, Zdanov y Mikoyan, habituales invitados a las veladas en su dacha a las afueras de Moscú. Lo primero que hizo Beria fue destituir a toda la cúpula del servicio y colocar a camaradas georgianos en los puestos clave.

Tras el final de la guerra, el NKVD desapareció para dividirse en dos ramas que luego confluyeron en el MGB, que heredó todas sus funciones. Pero inicialmente Stalin no quería que Beria acumulara tanto poder y reorganizó la policía política y los servicios de espionaje para dispersar sus competencias.

Durante una corta etapa, Viktor Abakumov ejerció las funciones de jefe del MGB, mientras que Beria ejercía de comisario de Asuntos Internos, equivalente a ministro del Interior. Stalin fomentaba el choque y la rivalidad entre ambos.

Beria fue el responsable de la utilización de millones de prisioneros como mano de obra en la industria bélica entre 1941 y 1945. Llevó a cabo una feroz represión de quienes se mostraban tibios o dudaban de la victoria en la guerra contra la Alemania nazi. Pero también puso fin a las detenciones masivas de su predecesor, en un intento de lavar la cara a Stalin.

Tras demostrar su eficiencia, fue nombrado responsable del proyecto para construir la bomba atómica, lo que logró en 1949 gracias en parte a la información proporcionada por el científico Klaus Fuchs, que trabajaba en el proyecto estadounidense.

El mayor éxito de Beria fue el control de los servicios secretos de los países aliados del Telón de Acero, que en la práctica obedecían sus órdenes. Gracias a ello, pudo destituir y ejecutar a dirigentes comunistas que resultaban sospechosos de no ser leales al comunismo. El jefe de los comunistas checos, Rudolf Slansky, fue ajusticiado bajo acusaciones falsas, al igual que otros compañeros.

Tras la muerte de Stalin en 1953, su suerte estaba echada. Fue detenido por orden de Kruschev, Mólotov y otros dirigentes del partido. El mariscal Zhukov lo arrestó pistola en mano y lo condujo a la cárcel de Lefortovo. Fue acusado de actividades ilegales contra

el partido y el Estado. Lo ejecutaron dos meses después del fallecimiento de su mentor. Todos le tenían miedo y querían evitar que permaneciera en el poder.

Su sucesor fue Ivan Serov, un general estrechamente vinculado a Kruschev. Nada cambió en los métodos de funcionamiento del MGB, que pasó a llamarse el KGB en marzo de 1954. Hasta finales de 1991 conservaría esa denominación y se convertiría en el brazo de la guerra sucia contra Occidente. Fue también un instrumento clave para neutralizar a los disidentes.

El KGB se modernizó tras la llegada de Serov y empezó a adoptar la tecnología para realizar su trabajo. También el aparato parapolicial comenzó a tratar a los disidentes no ya como delincuentes, sino como trastornados mentales que tenían que ser internados. El mundo había cambiado y ya no era posible la represión masiva de la población civil como en tiempos de Yagoda y Yezhov.

Serov fue clave en la represión de las revueltas en Hungría en 1956. El país fue invadido por los soldados y los tanques soviéticos, que mataron a más de 2000 personas en el choque contra los insurrectos. Colocaron en el poder a Janos Kadar y llevaron a los tribunales a cualquier ciudadano sospechoso, mientras cientos de miles de húngaros huían del país. El embajador en Budapest se llamaba Yuri Andropov, que luego sería nombrado director del KGB y más tarde secretario general del PCUS. Andropov desempeñó un importante papel en la intervención soviética, convenciendo a Kruschev de que era necesaria.

Serov había dejado el KGB y estaba al frente del GRU, la inteligencia militar, cuando fue detenido Oleg Penkovski en 1962. Era coronel, héroe de la Unión Soviética y protegido de Serov. Penkovski había alertado a la CIA de la instalación de misiles en Cuba y llevaba años pasando secretos a los estadounidenses. Su traición fue un baldón para el Gobierno soviético, que lo condenó a una muerte cruel. Fue atado a una tabla e introducido por los pies en un horno. Tardó en morir muchas horas de extraordinario sufrimiento. Naturalmente, Serov tuvo que dimitir.

En los años sesenta, el KGB tuvo varios directores con muy poca proyección pública. Esto cambió en 1967, cuando Brézhnev colocó a Andropov al frente de la organización. Permaneció quince años en el cargo hasta que fue nombrado secretario del partido y número uno del régimen en 1982.

Andropov marcó su impronta en el KGB, ya que tuvo una autonomía sin precedentes. Su lealtad al aparato estaba fuera de

toda duda, ya que había jugado un papel clave en la represión en Hungría en 1956, cuando era embajador en Budapest. Convenció al Kremlin de la necesidad de acabar con la insubordinación del Gobierno de Imre Nagy, que impulsaba una agenda reformista.

Era un hombre refinado y culto, que dominaba el inglés, leía la prensa americana y escuchaba grabaciones de *jazz*. Pese a ello, era implacable y no le temblaba el pulso para encarcelar o mandar a Siberia a los opositores al régimen. Durante su etapa, cientos de disidentes fueron ejecutados por alta traición.

Andropov creó el Quinto Directorio, dedicado a perseguir a los intelectuales hostiles al comunismo. Fue él quien dictó el destierro del físico Andrei Sajarov y la expulsión de Aleksandr Solzhenitsyn tras ser galardonado con el Nobel de Literatura.

Tras la muerte de Brézhnev en 1982, fue elegido secretario general del Partido Comunista por unanimidad en el politburó, del que ya era miembro. Se dice que había acumulado un ingente poder gracias a la información de la que disponía sobre la corrupción de los dirigentes del partido.

Andropov fue el primer responsable de los servicios de seguridad que llegó a lo más alto del sistema soviético. Pero falleció tan solo quince meses después por una grave enfermedad renal. Su sustituto en el KGB fue Vitali Fedorchuk, un veterano de la organización y hombre de confianza de su predecesor.

Fue remplazado pocos meses después por Viktor Chebrikov, que siguió la tarea de perseguir con ferocidad a los opositores al régimen. Cayó en desgracia ante Mijail Gorbachov por su nefasta gestión de la crisis provocada por el accidente nuclear de Chernóbil, en la que minimizó el impacto del desastre y luego hizo todo lo posible para encubrirlo. Gorbachov no le perdonó que no le facilitara una información correcta de las dimensiones de la catástrofe.

No obstante, Chebrikov era un funcionario altamente competente que se aprovechó de la información facilitada por Aldrich Ames, alto cargo de la CIA, para desmantelar la red de espionaje que operaba tras el Telón de Acero. Había sido una persona que había colaborado con Andropov, del que había aprendido casi todo.

El último jefe del KGB a partir de 1988 fue Vladimir Kryuchkov, que ya era el responsable del Primer Directorio, dedicado al espionaje exterior. Durante sus años en este departamento, Kryuchkov fomentó la agitación y varios golpes de Estado para colocar gobiernos favorables al comunismo como, por ejemplo, en

Afganistán.

Sus relaciones con Gorbachov eran pésimas y no dudo en aliarse con los dirigentes hostiles a la perestroika. En agosto de 1991, fue el cerebro del golpe fracasado que pretendía revertir las reformas realizadas por Gorbachov. Él fue quien sacó a los tanques a la calle y quien encabezó el Comité de Estado de Emergencia que detuvo al líder soviético. El fiasco de la intentona trajo como consecuencia su detención y enjuiciamiento. Salió de la cárcel tres años después por una amnistía de la Duma.

Boris Yeltsin, catapultado al poder por su labor combativa contra los insurgentes, decidió disolver el KGB el 3 de diciembre de 1991. Fueron creadas dos nuevas agencias que funcionaron hasta 1995, cuando el presidente ruso fundó el Servicio Federal de Seguridad. Su sede continuó en la Lubianka, donde había comenzado sus actividades la Cheka tras el triunfo de la Revolución.

El KGB y sus predecesores son hoy objeto de estudio de los historiadores. Pero ello no significa que el FSB haya cambiado de métodos ni de objetivos. Es bastante difícil de creer que no haya tenido alguna relación con el envenenamiento de Navalny y de disidentes como Litvinenko, asesinado por varios agentes vinculados a la organización que controla Putin, antiguo presidente del KGB en Berlín Oriental.

Como apuntaba el personaje de Lampedusa en *El gatopardo*, es preciso que todo cambie para que todo siga igual. Todo ha cambiado en la Rusia de Putin tras dos décadas en el poder, pero todo sigue igual, con unos aparatos de seguridad que siguen haciendo el trabajo sucio al régimen.

En última instancia, los 73 años de historia de la Unión Soviética están estrechamente vinculados a la trayectoria de unos servicios secretos que fueron un instrumento de poder y represión en manos de Lenin, Stalin, Kruschev, Brézhnev y Andropov.

Quien examine sus acciones con criterios morales quedará horrorizado del nivel de degradación al que llegaron, pero lo cierto es que el KGB fue el brazo armado del comunismo para reprimir a los disidentes en el interior y extender esa ideología por el mundo. Hoy es imposible no sentir un escalofrío de horror por sus atrocidades.

Alexander Orlov

Fue enviado por Stalin a Madrid durante la Guerra Civil. Fue encargado de trasladar las reservas del Banco de España a la Unión Soviética. Secuestró y asesinó a Andreu Nin por orden del NKVD. Desertó en 1938 y murió en EE. UU.

El hombre del oro de Moscú

Al morir en Cleveland (Estados Unidos) en 1973, se llevó a la tumba algunos de los secretos más oscuros de la Guerra Civil española. Alexander Orlov fue destinado por Stalin a Madrid en el verano de 1936 como enlace del NKVD, la policía política soviética, con el Gobierno español y, especialmente, con el Ministerio del Interior.

Orlov jugó un papel esencial en el envío de armas del régimen comunista para el sostenimiento de la causa republicana. Ya en septiembre, empezaron a llegar los primeros suministros, que se elevaron en total a más de 600 aviones, 350 tanques, artillería y munición. El Gobierno de Madrid se comprometió a pagar con el oro de las reservas del Banco de España.

Por orden escrita de Stalin, a finales de octubre de 1936, Orlov empezó a embarcar los lingotes de oro que estaban en el puerto de Cartagena en varios buques que salieron rumbo a Odesa en el mar

Negro, al parecer con la autorización de Largo Caballero y Negrín.

El enlace del NKVD fue también el brazo de Stalin para purgar a los líderes del POUM, acusados de complicidad con el trotskismo. Se le atribuye el secuestro y asesinato de Andreu Nin, en junio de 1937. Nunca se ha esclarecido el enigma de la desaparición del jefe del POUM, pero hay indicios de que fue trasladado a Alcalá de Henares, donde fue ejecutado en secreto. Se cree que está enterrado en algún lugar de El Pardo.

Orlov permaneció en España hasta 1938, cuando decidió desertar por las purgas que Stalin estaba llevando a cabo en el Ejército y en el NKVD, que afectaron a muchos de sus amigos y compañeros. Aprovechó una reunión a la que había sido citado en Amberes para fugarse a Canadá con su mujer y su hija. Se llevó 60 000 dólares de la caja de gastos que administraba.

Nada más llegar a Quebec, advirtió a Nikolai Yezhov, responsable del NKVD, de que publicaría la lista de agentes de la organización en Europa si le pasaba algo a él o a su familia. En 1953, poco después de la muerte de Stalin, publicó un libro sobre los crímenes cometidos por el dictador soviético. Los historiadores han puesto en duda la verosimilitud de muchas de sus denuncias, sustentadas en rumores y fuentes anónimas. Tras aparecer esa publicación, fue citado a declarar por el Senado y el FBI, ante los que compareció. Negó ser autor o cómplice de los asesinatos en los que estaba implicado.

Orlov, que era un judío bielorruso nacido en 1895, había luchado en las filas rusas durante la Primera Guerra Mundial. A su término, se unió al Ejército Rojo y, un año más tarde, fue reclutado por el GPU, el servicio secreto, como guardia de fronteras. Apoyado por un primo, tuvo una promoción meteórica con destinos de confianza como Nueva York, París y Londres. Fue nombrado jefe de la red de espionaje soviética en la capital británica con cobertura diplomática. En esa época, el GPU fichó a Philby, Burgess y Blunt.

Instalado en Estados Unidos y protegido por la CIA, Orlov publicó varios libros y artículos en los que desvelaba los métodos del estalinismo. Logró un trabajo en la Universidad de Michigan y se trasladó a Cleveland, donde vivió sus últimos años. Era imposible adivinar que la Unión Soviética se desmoronaría dieciséis años después de su muerte.

África de las Heras

Reclutada en la Guerra Civil, prestó servicio al espionaje soviético hasta su jubilación en 1985. Ayudó a infiltrarse a Mercader para el asesinato de Trotski en México. También sirvió como agente en Uruguay y Argentina. Está enterrada en Moscú y obtuvo la Orden de Lenin y otras condecoraciones por su valor y entrega.

Coronel y heroína del KGB

África de las Heras Gavilán murió en marzo de 1988 en Moscú. Fue enterrada en el cementerio de Jovanskoie, con una lápida en español en la que figuran su nombre y su graduación en el KGB: coronel. Ese era su rango cuando se jubiló como instructora tres años antes de su muerte. Había recibido la Orden de Lenin, la mayor condecoración en la Unión Soviética, la Estrella Roja, la medalla al valor en la Guerra y otras muchas distinciones por los servicios a su patria de adopción.

Esta mujer había nacido en Ceuta en 1909, en el seno de una familia conservadora y católica. Su padre era abogado y alcalde de la ciudad y su tío fue un general de división que falleció de un balazo cuando intentaba sofocar la sublevación republicana de Jaca en 1930.

África de las Heras ingresa muy joven en el recién nacido Partido Comunista de España, que la envía a sumarse en 1934 a la revolución de Asturias. Al parecer, allí conoce a Santiago Carrillo. Dos años después, al comenzar la guerra, se inscribe como militante de las Juventudes Socialistas en Cataluña. Conoce en Barcelona a un empleado de banca llamado Luis García Lago, con el que contrae un

breve matrimonio.

1937 es un año clave en la vida de África de las Heras, que es reclutada por Leonid Eitingon, agente del NKVD, que luego pasaría a llamarse KGB. Conoce también a Alexander Orlov, el comisario político enviado por Stalin a España.

Orlov y Eitingon la envían a Moscú, donde pasa unos meses en los que es adiestrada en trabajos de espionaje. Desde esa fecha hasta su jubilación, dedicará todo su tiempo y energía a servir a la inteligencia soviética, que la bautizó con el nombre en clave de «Patria».

La apasionante biografía de esta mujer está contada en un libro del periodista Javier Juárez, publicado en 2008 con el título *Patria. Una española en el KGB*. En este trabajo se profundiza en su relación con Caridad Mercader, madre del asesino de Trotski, que es probablemente quien la convence de que es más útil a la causa del comunismo como espía que como activista.

Es enviada a Noruega por el NKVD a infiltrarse en las filas trotskistas, contactos que le sirven para la importante misión que se le encomienda después: emigrar a México y ganarse la confianza del círculo del propio Trotski. Logra su propósito al ser contratada como secretaria por el líder revolucionario, lo que le permite introducir a Ramón Mercader en la casa donde vive, para facilitar su asesinato.

Cumplida su tarea, vuelve a Moscú antes de la invasión alemana. Permanece en la capital muy poco tiempo porque es arrojada en paracaídas tras las líneas enemigas en Ucrania a finales de 1941 para labores de sabotaje e interceptación de comunicaciones.

En 1946, finalizada la contienda, se instala en París, donde conoce a Felisberto Hernández, escritor uruguayo con el que se casa. Ambos retornan a Montevideo. Allí trabaja de espía con la tapadera de modista.

Se separa del escritor y es enviada por el KGB en 1956 a Buenos Aires para una nueva misión bajo las órdenes de Antonio Bertoni, alias Valentino Marchetti, con el que contrae matrimonio por orden de sus jefes. Durante una década, opera en Argentina y Uruguay como agente hasta que en 1967 retorna a la Unión Soviética, donde servirá como instructora en la Lubianka hasta su retiro. Hoy es una reliquia de la historia.

Viktor Abakumov

Había sido jefe del contraespionaje durante la guerra, ministro de seguridad del Estado y ejecutor de las purgas ordenadas por el caudillo soviético. Fue destituido, encarcelado y luego ejecutado en 1954 tras la investigación de sus abusos. Era un personaje corrupto, adicto a la prostitución y el juego.

Entre Beria y Stalin

La fulgurante ascensión y caída de Viktor Abakumov ilustra la forma de ejercer el poder de Stalin, que lo promovió y lo destruyó tras haberlo utilizado para sus fines. Abakumov fue destituido y encarcelado por el dictador soviético en 1951. Stalin murió en 1953 y, un año después, su subordinado fue llevado a juicio y ejecutado en Leningrado. Tenía solamente 46 años.

Tras una meteórica carrera en el NVKD, la policía política soviética, Abakumov había sido ascendido en 1943 a jefe de la SMERSH, la agencia de contrainteligencia de nuevo cuño, un cargo que comportaba despachar con el propio Stalin. Al mismo tiempo ejercía las funciones de vicecomisario de Defensa.

Tras el final de la guerra, Stalin siguió favoreciendo la carrera de Abakumov, al que nombró ministro de Seguridad del Estado al

frente del MGB, que luego se convertiría en el KGB. Ejerció ese puesto durante cinco años en los que llevó a cabo las purgas ordenadas por el inquilino del Kremlin.

El jefe del MGB siempre fue un peón de Stalin, que lo fue promoviendo para debilitar a Beria, que nominalmente seguía estando por encima de Abakumov como comisario de Asuntos Internos y miembro del politburó. Beria formaba parte del círculo íntimo de Stalin, pero no se fiaba de él. Por eso, utilizó a Abakumov para debilitar su posición y restarle poder.

Abakumov intentó mantener una buena relación con Beria, que había sido su superior y protector durante más de una década, y, a la vez, cumplir las órdenes de Stalin. Pero era un equilibrio imposible y, al final, perdió la confianza de los dos. Fue encarcelado bajo la falsa acusación de que no había actuado con diligencia en la persecución de los imaginarios complots que urdía Stalin.

La paradoja reside en que, en 1954, tres años más tarde y con el dictador en la tumba, Abakumov fue condenado a muerte a instancias de Kruschev por haber participado en el montaje de la llamada «Conspiración de Leningrado», aprovechada para ejecutar a seis altos dirigentes del partido por alta traición, entre ellos Voznesensky, presidente del Gosplan, y Kuznetsov. En el proceso quedó claro que todas las imputaciones eran falsas, al igual que cuando Abakumov preparó un *dossier* contra Rudolf Slansky, el secretario general del Partido Comunista checoslovaco, ahorcado tras una farsa de juicio.

Abakumov había nacido en 1908 en Moscú y en juventud se había alistado en el Ejército Rojo. Luego se le trasladó al NKVD, donde a finales de los años treinta ya dirigía el departamento de contraespionaje. Tenía fama de ser simpático y accesible para sus compañeros, pero era también un personaje corrupto y ambicioso.

Según cuentan Andrew y Gordievsky en su libro sobre el KGB, era adicto a la prostitución y el juego. Seducía a sus amantes con caros perfumes y regalos comprados en París con divisas. Llegó a gastarse sumas astronómicas, pero Stalin hacía la vista gorda, ya que le había ordenado detectar la infiltración de traidores en el Ejército Rojo para purgar a su cúpula.

Finalmente, Stalin decidió destituirlo y enviarlo a prisión bajo la imputación de corrupción, ignorando los servicios prestados y haciéndole responsable, entre otras cosas, de los abusos que él mismo le había ordenado cometer. Pero no ordenó su ejecución. Fue tras la muerte de su antiguo mentor cuando afloraron los crímenes por los que fue fusilado.

Nikolai Yezhov

Fue el brazo ejecutor de Stalin como jefe del NKVD en la brutal represión de los años treinta. Ejecutó a 700 000 y detuvo a casi dos millones de personas. Desempeñó un papel esencial en los procesos de Moscú. Tras ser destituido, fue acusado de traición y fusilado en 1940. El régimen lo borró de las fotografías oficiales.

El verdugo sin rastro

Nikolai Yezhov, cuyo rastro fue ocultado por el estalinismo, ha pasado a la historia por dar su nombre a la llamada «yezhovchina», la brutal represión que sofocó la revuelta de los campesinos en Ucrania en los años treinta. Se calcula que diez millones de personas murieron de hambre a causa de la política de colectivización de las cosechas.

Yezhov, como comisario de Seguridad y jefe del NKVD, la policía política, fue desde 1934 hasta 1938 el brazo de Stalin en las purgas que provocaron la detención de cerca de dos millones de personas acusadas de actividades contrarrevolucionarias, de las cuales unas 700 000 fueron ejecutadas.

El verdugo del sanguinario tirano tuvo el mismo final que sus

víctimas. Tras ser relegado durante un año al cargo de comisario de Transporte Marítimo, fue detenido en secreto en abril de 1939, junto a todos sus familiares. Internado en la siniestra cárcel de Sujanovka, reservada para los enemigos del pueblo, fue condenado a muerte en enero 1940 tras ser torturado. Bajo coacción, firmó un acta en la que reconocía ser espía, haber intentado organizar un golpe de Estado, haber asesinado a dirigentes del partido y haber cometido actos de sodomía. Solo lo último era verdad.

Fue fusilado e incinerado tras rechazar Stalin su petición de clemencia. Sus cenizas fueron arrojadas a una fosa común en el cementerio de Donskoi. Y sus huellas fueron borradas por el régimen. Yezhov, al que apodaban el Enano sangriento, se convirtió en el hombre que nunca existió. Como testimonio, queda una foto tomada en 1937 junto a Stalin y Mólotov en el canal del Volga que fue manipulada tras su caída en desgracia. Su figura fue eliminada de esa imagen.

Yezhov se había adherido al partido cuando trabajaba de obrero metalúrgico, como su padre, en las fábricas Putilov de San Petersburgo. Servicial y educado, fue ascendiendo peldaño a peldaño hasta que en 1930 Stalin se fijó en él y lo nombró jefe de la oficina de personal del Partido Comunista.

Su gran salto se produjo en 1934, cuando Stalin le encargó la investigación del asesinato de Sergei Kirov. Poco a poco Yezhov fue ganando poder en el aparato de Seguridad hasta desplazar a Yagoda, el responsable del NKVD, que fue destituido por el caudillo georgiano tras ser acusado de permitir la infiltración de traidores en la organización. Por aquella época, Yezhov era invitado a las cenas del círculo íntimo de Stalin en su dacha de las afueras de Moscú.

A partir de 1935, cuando Yezhov fue promovido al Comité Central, se convirtió en el instrumento de su jefe en las purgas conocidas como los procesos de Moscú. Testimonió contra Zinoviev, Kamenev y Bujarin, a los que acusó con pruebas inventadas. Luego tuvo un importante papel en la depuración del Ejército y la ejecución del mariscal Tujachevski. Y también dirigió la represión contra los imaginarios trotskistas. Stalin lo utilizó para sus venganzas políticas hasta que decidió convertirle en el chivo expiatorio de su feroz represión y borrarlo de la historia.

Pavel Sudoplatov

Trabajó durante cuatro décadas para los servicios secretos soviéticos. Llevó a cabo asesinatos y sabotajes siguiendo las órdenes de Stalin y de Beria. Fue el hombre que organizó la eliminación de León Trotski.

Operaciones muy especiales

Nunca dudó en mancharse las manos de sangre. Pavel Sudoplatov, nacido en Ucrania en 1907, sirvió durante más de 40 años en los servicios secretos soviéticos. Y gozó de la confianza de unos jefes que le encargaron las llamadas «operaciones especiales», que eran el asesinato, el sabotaje y el chantaje.

Ingresó en la Cheka cuando apenas era adolescente, en los tiempos de su fundador Félix Dzerzhinski; luego, pasó al OGPU, que más tarde se llamó NKVD. Tras el final de la guerra, las siglas del alto organismo de seguridad eran MGB. Y, finalmente, el KGB. A todos fue leal porque, como confesó en sus memorias, tenía una fe ciega en el comunismo.

Stalin le purgó tras destituir a Nikolai Yezhov, del que era hombre de confianza, pero el castigo solamente duró unos meses porque necesitaba su experiencia y su osadía. Le encomendó en

1939 una tarea muy especial: organizar la eliminación de León Trotski, exiliado en México. Un año después, lograría su propósito gracias a su agente Ramón Mercader.

Sudoplatov se había ganado una extraordinaria reputación en 1938, cuando había cumplido 31 años, por el asesinato a sangre fría de Yevhen Konovalets, líder del nacionalismo ucraniano, que estaba exiliado en Rotterdam. Tuvo el valor de entrar en un café y regalarle una caja de bombones. En su interior había una potente bomba que lo mató en el acto. Abandonó el lugar con una tranquilidad pasmosa y cogió un tren para regresar a su país.

Durante la Segunda Guerra Mundial, Stalin volvió a confiar en él y le encomendó la dirección de un nuevo departamento, llamado de Operaciones Especiales, que tenía como misión el sabotaje tras las líneas enemigas y la destrucción de objetivos militares.

Beria, el jefe de los servicios secretos, le encomendó en el verano de 1941 una negociación altamente confidencial en la que intermedió a través del embajador de Bulgaria para ofrecer a Hitler territorios soviéticos como Ucrania y Bielorrusia a cambio de que la Wehrmacht detuviera su ofensiva.

Aprovechando su experiencia, el propio Beria lo colocó en 1948 al frente de un nuevo departamento creado en el MGB para sabotear las instalaciones de sus antiguos aliados. Cinco años después, lo volvió a ascender al ponerlo al frente de Operaciones Especiales, pero esta vez con rango de general y con todos los recursos de la organización a su servicio. Su misión era eliminar cualquier oposición al régimen y preparar un operativo en caso de ataque de la OTAN.

Al fallecer Stalin en 1953 y ser ejecutado Beria, Sudoplatov fue expulsado de los servicios secretos y sentado en el banquillo, acusado de secuestro, asesinato y alta traición. Se salvó de la pena de muerte, pero lo condenaron a quince años de cárcel, que cumplió íntegramente.

Cuando salió de prisión, estaba acabado y tuvo que esperar a la desaparición de la Unión Soviética en 1991, tras el fallido golpe de Estado contra Gorbachov, para ser rehabilitado. Tres años después, publicó su autobiografía, titulada *Operaciones especiales*, en la que revelaba el lado oscuro del mundo del espionaje. El libro fue un éxito de ventas en Europa y Estados Unidos.

Murió en Moscú en 1996 y en sus últimos años nunca se cansó de repetir que todo lo que hizo tenía una finalidad: servir a su patria, la Unión Soviética.

Leopold Trepper

Fundó y dirigió en Francia y Bélgica la red de espionaje que informó a Stalin de los secretos militares de los nazis. Sus miembros telegrafiaban desde sus casas, corriendo un enorme riesgo. Fue encarcelado en Moscú en 1945.

La batuta de la Orquesta Roja

El jefe de la inteligencia militar alemana, el almirante Canaris, dijo de Leopold Trepper: «Su espionaje le costó a Alemania 300 000 muertos». No exageraba, porque este judío de origen polaco creó la legendaria Orquesta Roja, que llegó a tener más de 250 «pianistas» que transmitían información a Moscú durante la Segunda Guerra Mundial en una docena de países, incluida España.

Los miembros de la red utilizaban el telégrafo, oculto en sus propios domicilios, para facilitar con enorme riesgo datos de las fábricas de armamento, los enclaves militares y la estrategia de Hitler al Gobierno de Stalin. Hay constancia de que al menos 58 de los integrantes de la Orquesta Roja fueron detenidos y ejecutados por la Gestapo.

La persona que creó esta red, que operaba desde Estambul a Estocolmo, fue Leopold Trepper, alistado por los servicios secretos soviéticos en los años treinta. De convicciones sionistas, había sido expulsado de Palestina por los británicos en 1929. Fue reclutado por Moscú, donde fue formado y residió hasta que en 1932 fue enviado a París, donde trabó amistad con el líder comunista Jacques Duclos. Allí trabajó en la red Fantomas al servicio de la

Unión Soviética.

Trepper creó poco antes de la guerra Orquesta Roja, tras reclutar a varias decenas de militantes antifascistas que operaban en Francia y Bélgica. La red se expandió a otros países, pero Trepper, al que apodaban el Gran jefe, limitó su ámbito de actuación al área francófona.

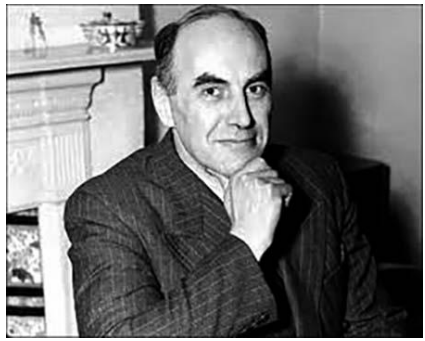
Su mayor éxito se produjo cuando sus agentes informaron a Stalin de la fecha exacta en la que la Wehrmacht invadiría la Unión Soviética. Pero el dictador del Kremlin, que confiaba en que Hitler cumpliera los compromisos suscritos entre Mólotov y Ribbentrop en 1939, se burló de la advertencia.

La tapadera de Trepper, que nunca levantó sospechas, era una empresa llamada Simex, que vendía estufas, coñac y vestimenta a los ocupantes nazis, a los que sobornaba. Gracias a esa buena relación, el jefe de Orquesta Roja tenía libertad de movimiento para contactar con sus agentes.

Al terminar la guerra, fue recibido en Moscú como un héroe, pero, a los pocos meses, fue detenido en la Lubianka bajo la falsa acusación de haber trabajado para los alemanes. Estuvo preso durante diez años, hasta que el Tribunal Supremo de la Unión Soviética, fallecido Stalin, lo rehabilitó y le permitió abandonar el país junto a su mujer y sus tres hijos.

Volvió a Polonia y fue elegido presidente de la Asociación Cultural Judía, dedicada a recuperar la memoria de quienes habían sido asesinados por los nazis. Pero corrió la misma suerte que dos décadas antes, al ser acusado en Varsovia de conspirar contra el régimen de Gomulka.

Abandonó su país natal en 1976 y se fue a vivir a un barrio periférico de Jerusalén, donde murió en 1982. Pocos sabían que este hombre se había jugado la vida para derrotar a un nacionalsocialismo al que combatió desde la llegada de Hitler al poder en 1933 en su doble condición de comunista y judío. Hubo que esperar hasta la publicación de un libro de Gilles Perrault, en 1967, para que el mundo conociera el valor de este héroe anónimo.



Alan Nunn May

Era un brillante científico de Cambridge que pasó los secretos atómicos a la Unión Soviética durante la Segunda Guerra Mundial. Había militado en el Partido Comunista y actuaba por motivos ideológicos. Fue condenado a diez años de cárcel tras ser delatado por Igor Gouzenko, un agente que cambió de bando.

Espía por convicción

Ya en su lecho de muerte, Alan Nunn May dictó un testamento sentimental para que su familia y las nuevas generaciones entendieran su dilema moral. El físico inglés explicaba que no se consideraba un traidor a su país por haber pasado secretos nucleares a la Unión Soviética, ya que su única finalidad era contribuir a la derrota de Hitler y detener el avance del fascismo.

Nunn May murió en Cambridge en 2003 a causa de una afección pulmonar. Tenía 91 años y se había alistado en las filas del Partido Comunista a mediados de los años treinta, cuando participaba en un seminario de doctorado en el King's College de Londres. Era un joven y brillante titulado en Física que se había formado en Cambridge, donde estrechó lazos con Donald Maclean, amigo de Kim Philby y también espía al servicio de Stalin.

Al comenzar la Segunda Guerra Mundial, el Gobierno británico lo destinó al proyecto secreto de desarrollo de un radar para detectar a la aviación alemana. Por aquel entonces, había abandonado su militancia y los contactos con el comunismo británico.

En 1942, fue seleccionado junto a las mejores mentes de

Cambridge para formar parte del grupo que tenía que desarrollar un reactor nuclear y, por añadidura, estudiar la posibilidad de fabricar armas atómicas. Un año después, fue transferido a Ottawa (Canadá) para trabajar en el Proyecto Manhattan, financiado por el Gobierno estadounidense, cuyo objetivo era utilizar la energía nuclear para construir una bomba.

Fue en ese momento cuando el espionaje soviético se acercó a él y le pidió información sobre su trabajo. Nunn May aceptó colaborar sin ninguna condición a cambio. Más tarde, reconocería que le habían entregado 200 dólares y una botella de *whisky*.

Desde comienzos de 1944, el físico inglés empezó a pasar no solo documentos fotografiados del Proyecto Manhattan, sino además muestras de uranio enriquecido, que produjeron graves enfermedades a quienes las custodiaron.

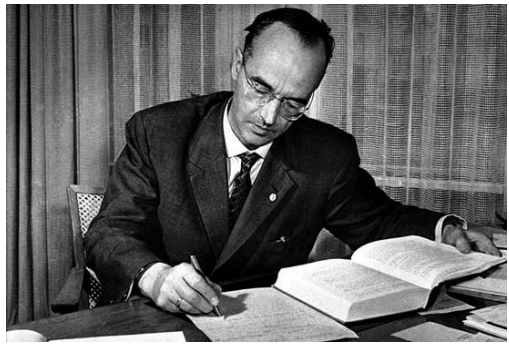
Nunn May fue delatado en septiembre de 1945 por Igor Gouzenko, un agente del GRU en Canadá que se encargaba de cifrar las transmisiones. Gouzenko se cambió de bando, logrando su impunidad a cambio de aportar las pruebas de la traición.

Tras estar sometido a estrecha vigilancia, su detención se produjo en marzo de 1946. Temiendo una trampa, no acudió a una cita con su controlador en el British Museum. Pero fue arrestado poco después y sometido a juicio. Durante el proceso, Nunn May reconoció que había estado colaborando con el espionaje soviético y fue condenado a diez años de cárcel. Quedó libre en 1952.

El caso Nunn May tuvo unas consecuencias que exceden su papel como espía, ya que marcó la ruptura de la colaboración entre Estados Unidos y Reino Unido para desarrollar su programa nuclear de forma conjunta. El FBI acusó de negligencia a Londres y la confianza quedó rota.

Tras salir de la cárcel, el físico intentó encontrar trabajo en alguna universidad británica, pero pronto se dio cuenta de que estaba vetado por altas instancias. Por ello, aceptó una oferta del Gobierno de Ghana como profesor de Física del estado sólido. También le encargaron la creación de un museo de la ciencia.

Vivió en aquel país más de dos décadas y volvió a Cambridge a finales de los años setenta. Allí reanudó los contactos con sus compañeros, que ya se habían jubilado. Su única obsesión era limpiar su nombre y justificar su lealtad al comunismo.



Klaus Fuchs

Pasó al espionaje soviético los secretos del Proyecto Manhattan para construir la bomba atómica. Fue descubierto en 1950 y condenado a catorce años de cárcel. Tras ser liberado, se trasladó a Alemania Oriental, que lo recompensó por sus servicios.

El infiltrado en los Álamos

Klaus Fuchs fue un traidor para Estados Unidos, el país que le había acogido, y un héroe para la Unión Soviética, a la que fue leal por convicciones. Este físico alemán, nacido en Rüsselheim en 1911, pasó a Stalin los secretos del Proyecto Manhattan para construir una bomba atómica que se desarrollaba en el laboratorio de Los Álamos (Nuevo México).

Fuchs, que se había trasladado a vivir a Londres, confesó su traición en 1950 tras un exhaustivo interrogatorio del MI5, que seguía su pista desde que logró acceder a los códigos del espionaje soviético en un trabajo conjunto con la CIA a finales de los años cuarenta. Fue juzgado y condenado a catorce años de prisión tras perder su condición de ciudadano británico.

No es posible determinar con exactitud la información que proporcionó Fuchs al NKVD soviético en los años en los que permaneció en Los Álamos, pero todo indica que reportaba periódicamente a Alexander Feklisov, su enlace en Estados Unidos, los progresos del Proyecto Manhattan. Hay constancia, sin embargo, de que proporcionó detalles de la fabricación de uranio enriquecido, incluyendo la capacidad de producción. Ello sirvió para que los soviéticos supieran el estado de desarrollo de la bomba en unos

momentos en los que había una carrera entre las dos potencias para lograr la hegemonía nuclear.

Fuchs era hijo de un pastor luterano que daba clases de Teología en Leipzig. A pesar de su estricta educación religiosa, ingresó en el Partido Comunista alemán al cumplir los veinte años. Convertido en un militante antinazi, emigró a Bristol para estudiar Física. Luego se doctoró en Edimburgo bajo la tutela del profesor Max Born, uno de los padres de la mecánica cuántica.

Al iniciarse la guerra en 1939, casi todos los ciudadanos alemanes que vivían en Gran Bretaña fueron deportados a la isla de Man. Luego fue trasladado a Canadá y allí fue puesto en libertad en 1940 gracias a la influencia de Born. Regresó en 1941 a Londres, donde fue destinado por el Gobierno al programa de armamento nuclear británico. Fue en ese momento cuando empezó a colaborar con el espionaje soviético, que conocía su afiliación comunista.

A finales de 1943, Fuchs fue transferido a Los Álamos bajo las órdenes de Hans Bethe. Allí demostró sus cualidades como físico con aportaciones decisivas al desarrollo de la bomba. Incluso registró una patente junto a Von Neumann sobre el mecanismo para desencadenar la explosión atómica.

Al ser detenido Fuchs, aceptó colaborar con el MI5, creyendo que sería absuelto porque él siempre alegó que había ayudado a un país aliado durante la guerra contra Hitler. Pero fue condenado y estuvo encarcelado en una prisión británica durante nueve años.

En junio de 1959, fue liberado y se le concedió permiso para viajar a la Alemania Oriental, donde residió hasta su fallecimiento en 1988. Fue recibido como un héroe y le concedieron la orden de Karl Marx. Hasta su jubilación desempeñó importantes cargos científicos como la presidencia de la Academia de Ciencias Naturales y la dirección del Centro de Investigación de Energía. Fue también promovido al Comité Central del Partido Comunista. Murió a los 76 años en Dresde, tras haber creado una familia en el país que le acogió.

Oleg Penkovski

Fue el agente ruso que pasó fotografías a los americanos sobre el emplazamiento de misiles en Cuba. Tenía acceso a documentación altamente confidencial como miembro de la cúpula de la inteligencia militar soviética. Fue ejecutado tras ser detenido y torturado salvajemente.

El espía de la crisis de los misiles

Oleg Penkovski era coronel del GRU, la inteligencia militar soviética, cuando fue detenido en 1962. Fue torturado y ejecutado salvajemente pocos meses después. Según el testimonio de un compañero, lo ataron a una tabla y fue introducido lentamente en un horno crematorio. Sus cenizas fueron arrojadas a una fosa común.

El *pecado* que ocasionó la terrible venganza del GRU fue el descubrimiento de la traición de Penkovski, que había pasado a la CIA durante varios años información altamente confidencial sobre la guerra química, el diseño y la construcción de misiles y la estrategia militar del Kremlin.

Fue este oficial soviético el que entregó a la Agencia cientos de fotografías de los emplazamientos de los misiles de medio alcance que la URSS estaba instalando en Cuba. Esas pruebas desencadenaron la llamada «crisis de los misiles» en 1962, que concluyó cuando Kruschev tuvo que retirar las armas de la isla para evitar un enfrentamiento bélico con Estados Unidos.

Penkovski, hijo de un comandante ruso que combatió contra

Lenin, estudió la carrera militar en Kiev. Luchó en el Ejército Rojo contra los nazis y concluyó la guerra con el grado de teniente coronel. Posteriormente, fue enviado a la embajada de Ankara como agregado militar. Y, finalmente, a comienzos de los años cincuenta, fue destinado al GRU por recomendación del general Ivan Serov, jefe del KGB, del que era amigo y confidente desde su juventud.

Hasta su caída en desgracia, Penkovski había formado parte de la cúpula del GRU con acceso a documentación altamente confidencial. Decepcionado por la deriva del régimen comunista, decidió colaborar con la CIA y el MI6 británico a finales de la década de los cincuenta. Desde entonces, pasaba información a sus controladores en Moscú. Nunca cobró dinero ni obtuvo favor alguno por sus informes. Actuaba por convicción.

Según la versión de Christopher Andrew y Oleg Gordievski en su libro sobre el KGB, los soviéticos envenenaron a Penkovski para internarlo durante unas semanas en una clínica. Aprovecharon la ocasión para instalar cámaras y micrófonos en su casa de Moscú. Y así pudieron saber que el agente disponía de un pasaporte falso.

Otras fuentes apuntan a que fue delatado por el doble agente británico George Blake, que informó a los rusos de que tenían un topo que pasaba información clave sobre los misiles en Cuba a los servicios secretos estadounidenses. Sea como fuere, su detención provocó la destitución del general Serov, su protector, tras la pérdida de confianza de Kruschev.

El KGB había grabado un encuentro de Penkovski en el Hotel Ucrania con un espía británico llamado Greville Wynne. Y le había sorprendido cometiendo sospechosas faltas en los protocolos de seguridad. Tras haberlo filmado y seguido durante meses, lo detuvieron por temor a una fuga. Semanas más tarde, la CIA encontró una marca de Penkovski en una farola. En ese momento, sus controladores supieron que ya no lo volverían a ver.

Dmitri Poliakov

Era un alto mando de la inteligencia militar soviética y pasó a la CIA valiosas informaciones durante dos décadas. Decepcionado por la muerte de su hijo y la corrupción del régimen, se ofreció al FBI en 1961. Fue llamado a Moscú en 1980 y, diez años después, se supo que había sido ejecutado.

El espía que desapareció

Habían pasado diez años desde la misteriosa desaparición de Dmitri Poliakov cuando el *Pravda*, el diario oficial del Partido Comunista, publicó en 1990 una información sin firma en la que revelaba que el general del GRU, el espionaje militar soviético, había sido detenido, juzgado y ejecutado por alta traición.

No faltaron quienes especularon que la noticia era una maniobra de distracción, pero James Wolsey, exdirector de la CIA, y un agente que había actuado como enlace confirmaron que Poliakov había sido detenido en Moscú y que, según sus fuentes, había muerto en 1988. Había trabajado para la Agencia durante casi dos décadas bajo el nombre clave de Bourbon.

«Prestó extraordinarios servicios y fue leal a sus convicciones. Puede que haya sido el mejor agente que hayamos tenido jamás. Era la joya de la corona», aseguró Sandy Grimes, un oficial de la CIA, que subrayó que Poliakov era extremadamente cauto y que, por ello, fue ascendiendo a lo largo de su carrera hasta la cúpula del GRU sin levantar sospechas.

Poliakov había empezado a colaborar con la CIA en 1961, cuando contactó con agentes de la contrainteligencia del FBI en Nueva York. Su hijo mayor acababa de morir por una rara

enfermedad tras haberle negado el GRU el permiso para llevarlo a un hospital neoyorkino, donde al parecer existía un tratamiento para curarlo. Pero, por aquel entonces, sus amigos afirman que Poliakov era muy crítico con la elite dirigente de la Unión Soviética, a la que consideraba cínica y corrupta.

Tras su estancia en Estados Unidos, fue destinado a Rangún (Birmania) y Nueva Delhi (India) como agregado militar. Gracias a la confianza de la que gozaba y al acceso a informes reservados, Poliakov facilitó informaciones extraordinariamente valiosas a la CIA. Aportó documentos sobre las instalaciones de los misiles soviéticos que apuntaban a Europa, confirmó que las relaciones entre Pekín y Moscú estaban prácticamente rotas y reveló las ayudas militares de su país al régimen de Vietnam del Norte.

Poliakov se negó inicialmente a recibir dinero por su colaboración con la Agencia. Pero aceptó regalos como electrodomésticos, útiles de carpintería y artículos de pesca, a la que era muy aficionado. Algunos analistas han sugerido que ello pudo levantar sospechas en el GRU, pero lo cierto es que hoy se sabe con toda seguridad que fue delatado por dos dobles agentes: Aldrich Ames, detenido en 1994; y Robert Hanssen, oficial del FBI sobornado por el KGB. Ambos incriminaron de forma paralela a Poliakov.

Había nacido en la Ucrania soviética en 1921 y estaba estudiando en una escuela militar cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, en la que participó como teniente de artillería. Fue condecorado por su valor, lo que motivó que, al acabar el conflicto, fuera destinado a la Academia Frunze, donde se formaban los altos mandos del Ejército Rojo. Tras terminar su formación, fue destinado a un puesto en un comité militar en la sede de la ONU en Nueva York.

Tras permanecer tres años en la India, Poliakov fue llamado a Moscú en 1980 para adquirir nuevas responsabilidades. Volvió y ya nunca más su familia y sus amigos supieron nada de él hasta la publicación del artículo del *Pravda*. Hasta ese momento, jamás el KGB y el GRU habían admitido en público la existencia de un traidor en sus filas.

Oleg Gordievski

Los servicios soviéticos nunca le perdonaron que se pasara al otro lado cuando era jefe de la oficina de Londres. Informó a los británicos de secretos muy valiosos y fue condecorado por la reina. Huyó a Londres en 1985 en una rocambolesca operación.

En el punto de mira del KGB

Es casi un milagro que Oleg Gordievski esté vivo para contarlo. Y ello porque fue condenado a muerte en la Unión Soviética por alta traición mientras el KGB no regateaba esfuerzos para localizarlo y acabar con su vida. Afortunadamente, no lo logró.

Oleg Gordievski, hijo y sobrino de altos funcionarios del espionaje soviético, era coronel del KGB cuando desertó en 1985 en Moscú, tras una rocambolesca huida oculto en el maletero de un coche. A pesar de que estaba sometido a una estricta vigilancia, el MI6 británico logró despistar a sus perseguidores al hacerles creer que en el vehículo viajaba una mujer de la embajada que quería cruzar la frontera con Finlandia para dar a luz.

Gordievski había estudiado en la escuela del KGB y había sido formado para ser miembro de la elite del cuerpo. Fue ascendido con inusual rapidez y enviado a Estocolmo y luego a Copenhague en 1966. Fue allí cuando el MI6, que lo venía observando desde hacía varios años, contactó con él y lo convenció para que sirviera de doble agente. Había perdido la fe en el sistema soviético, que juzgaba corrupto y basado en mentiras.

Por instinto de supervivencia, el oficial del KGB siempre mantuvo las apariencias hasta el punto de que asistía a reuniones de alto nivel en Moscú tras haberse ganado la reputación de ser un hombre de absoluta lealtad. A finales de los años setenta, fue recompensado con el ascenso a uno de los puestos más importantes de la organización: *rezident* o jefe de la delegación del KGB en Gran Bretaña.

Los responsables del MI6 no se podían creer este golpe de suerte y se volcaron en crear una cobertura para Gordievski, que se convirtió en la mejor fuente con la que contaban. El coronel soviético no dudó en correr los mayores riesgos para informar al Gobierno de Londres de las claves de la estrategia militar y política soviética, aportando datos y documentos que demostraban que Brézhnev y luego Andropov creían que Occidente preparaba un ataque nuclear contra la Unión Soviética.

A principios de 1985, Gordievski fue llamado a Moscú y empezó a sospechar que le seguían, al darse cuenta de que una cerradura interior de su piso estaba echada a pesar de que él la había dejado abierta. Fue interrogado en la sede del KGB y privado de toda ocupación. Cuando salía a la calle, era vigilado por un par de agentes. Hoy se cree que fue delatado por Aldrich Ames, uno de los jefes del contraespionaje de la CIA, que pasaba información a los soviéticos a cambio de dinero.

El 19 de julio de 1985 desapareció cuando estaba corriendo por un parque. El MI6 lo llevó a un piso seguro y lo sacó en una operación en la que participó el embajador británico. Los soviéticos intentaron evitar su huida llevando a cabo un rastreo sin precedentes con la movilización de miles de hombres y cientos de vehículos.

Gordievski fue acogido como un héroe en Londres. Margaret Thatcher lo recibió en Downing Street para agradecerle los servicios prestados y la reina lo condecoró. Incluso Reagan tuvo interés en felicitarlo en la Casa Blanca.

El MI6 le fabricó una falsa identidad y lo ocultó en un lugar desconocido en Inglaterra, ya que el KGB estaba obsesionado en

asesinarlo, sobre todo después de la publicación de un libro sobre las interioridades de la agencia. No lo consiguió, aunque Gordievski sigue hoy vigilando la calle antes de cruzar la puerta.

Rudolf Abel

Espió para la Unión Soviética como infiltrado en Estados Unidos durante los años cincuenta. Fue detenido en su piso y condenado a 30 años de cárcel. Obtuvo la libertad tras ser intercambiado por el piloto Gary Powers. Su historia fue contada en una película por Steven Spielberg.

En el puente de los espías

A pocas personas les diría hoy algo el nombre de Rudolf Abel si no fuera por la película *El puente de los espías*, realizada por Steven Spielberg en 2015. La historia está inspirada en Abel, detenido y condenado por espionaje en Estados Unidos en agosto de 1957.

El verdadero nombre de Abel era William August Fisher y había nacido en Newcastle (Reino Unido) en 1903, en el seno de una familia antizarista de origen alemán. Su padre había huido de Rusia para escapar de la persecución de la Policía tras haber cumplido una condena de cárcel de tres años. Los Fisher volvieron a su país de origen en 1921.

Rudolf Abel-Fisher fue reclutado por el OGPU seis años más tarde, tras prestar sus servicios como operador de radio en el Ejército Rojo. Fue ascendido al grado de oficial tras participar en la Operación Berenzino en 1944, en la que los rusos engañaron a los nazis mediante transmisiones radiofónicas. Atraparon a un grupo de agentes alemanes que intentaban rescatar a un inexistente grupo de resistencia en territorio soviético.

En 1948, los servicios secretos le fabricaron una nueva identidad como ciudadano lituano. Tras pasar por Francia y Canadá, entró en

Estados Unidos en noviembre de 1949. Le entregaron mil dólares y un certificado de nacimiento auténtico y otros documentos a nombre de Emil Godfus, que había muerto el año anterior. Godfus había luchado en la Guerra Civil española.

Su nueva personalidad le permitió alquilar un piso en Nueva York sin ningún problema. Allí contactó con Josef Romvoldovich, que fue su controlador desde ese momento. Abel trabajaba con el pseudónimo de Mark y concertaba citas periódicas con su jefe, que le ordenó reactivar una red de espionaje del proyecto de desarrollo de armas atómicas en Los Álamos.

Abel se trasladó durante una temporada a vivir a Nuevo México, donde logró establecer vínculos con físicos y empleados de Los Álamos que al parecer le proporcionaron información de escaso valor. Fue entonces cuando estuvo a punto de ser descubierto tras la detención de Julius y Ethel Rosenberg, que no revelaron su identidad.

Sus superiores le ordenaron que volviera a Nueva York a ocuparse de nuevas tareas. Su tapadera era el oficio de pintor de cuadros. Y le pusieron de asistente a un finlandés apellidado Häyhänen, un alcohólico que cometió frecuentes equivocaciones y que llamaba la atención por el trato violento a su esposa.

Häyhänen robó 5000 dólares que había enterrado con Abel en los alrededores de Nueva York y se entregó en la embajada estadounidense en París cuando viajaba a Moscú para rendir cuentas. Allí delató a Abel, pero no sabía su nombre ni el lugar donde vivía. Sin embargo, la CIA no le creyó hasta que mostró una moneda que contenía un microfilm en su interior.

Meses después, transcurridos ocho años desde su llegada a Estados Unidos, fue localizado y detenido en su piso de Brooklyn. Las pruebas eran abrumadoras porque le fue intervenido un equipo de transmisión, el código de las claves, la llave de una caja de seguridad que contenía 15 000 dólares y microfilms que había ocultado en una brocha de afeitar.

El juicio comenzó en octubre de 1957 y el fiscal pidió 45 años de cárcel por delitos de conspiración y espionaje. Häyhänen testificó en su contra y fue condenado a 30 años de reclusión en una cárcel de Georgia. Pero solo cumplió cuatro, porque en 1962 fue canjeado por el piloto Gary Powers, derribado sobre el espacio aéreo soviético.

Fueron intercambiados en el famoso Puente de los Espías en Berlín y Abel fue recibido como un héroe. Su efigie figuró en un sello y fue nombrado instructor de transmisiones en la escuela del

KGB. Murió en Moscú en 1971 a los 68 años.

Aleksandr Litvinenko

Tras desertar, fue envenenado en Londres con polonio-210 por dos agentes de los servicios secretos de Putin. Se había convertido en un azote del régimen, al que involucró en actos terroristas y asesinatos de disidentes.

El espía que sabía demasiado

El 23 de noviembre de 2006 Aleksandr Litvinenko, exespía del KGB, moría en un hospital de Londres. Tres semanas antes, había comido en un restaurante con dos agentes de los servicios secretos rusos. Según las conclusiones de la investigación, ambos le hicieron ingerir una dosis de polonio-210, un material radiactivo que destruyó su organismo. Las pruebas eran incontestables porque se encontraron restos de esa sustancia en la casa y el coche de uno de los matones que lo envenenaron antes de desaparecer.

Fue una venganza de Vladimir Putin y del Servicio Federal de Seguridad, que lo habían condenado a muerte tras sus revelaciones y su huida a Gran Bretaña. El propio presidente ruso confirmó en 1999 que él había sido el responsable de su expulsión de los servicios secretos. Previamente, Litvinenko había denunciado en público que Putin le había dado la orden de asesinar al magnate Boris Berezovski. Tenía acceso a su círculo interno porque había sido su asesor y su jefe de seguridad durante varios años.

Litvinenko quería hacer carrera en el Ejército, pero renunció a ello tras ser fichado por el KGB, que lo destinó a una escuela de formación de elites. Fue enviado al servicio de contrainteligencia y, posteriormente, a una unidad de lucha contra el crimen organizado. Investigando la corrupción, descubrió los vínculos entre la mafia rusa y los dirigentes del régimen.

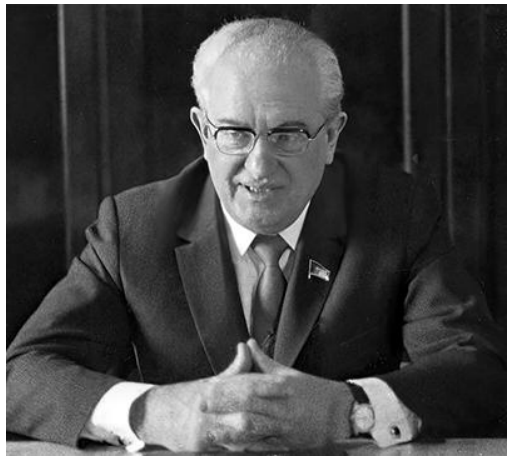
Decidió desertar en el año 2000. Huyó a Turquía y, desde allí, pidió asilo político a Estados Unidos, que se lo negó. Viajó a Londres, donde consiguió el amparo del Gobierno de Tony Blair. Según su esposa Marina, Litvinenko aceptó colaborar con el MI6 a cambio de un salario mensual de 2000 libras.

Dos años después de obtener el asilo en Gran Bretaña, Litvinenko contó que un antiguo compañero le advirtió de que los servicios secretos rusos habían planeado una operación para asesinarlo. Era tan odiado que los alumnos de la organización de Seguridad hacían prácticas de tiro con una imagen de su cara.

Pero no se dejó intimidar y se convirtió en el azote de Putin. Denunció que el presidente había ordenado el asesinato de la periodista Anna Politkóvskaia, tiroteada en su domicilio. Reveló que los servicios secretos tenían importantes conexiones con Al Qaeda y que el KGB había protegido y financiado a terroristas como Carlos Ramírez, el Chacal. Acusó a sus antiguos jefes de ser responsables de la matanza de la escuela de Beslan. Y afirmó que los autores de la masacre del teatro de Moscú con un gas letal y otros atentados eran antiguos agentes al servicio de Putin. La gota que colmó el vaso se produjo cuando aseguró que el caudillo del Kremlin se lucraba del tráfico de drogas desde Afganistán gracias a su amistad con Dostum, un líder uzbeco aliado de la CIA.

El régimen de Moscú no se quedó con los brazos cruzados. Orquestó una campaña de desprestigio contra Litvinenko y lo tachó de traidor y chantajista. Incluso algún periodista lo presentó como un instrumento de la venganza de Berezovski y una marioneta de la CIA.

Al día siguiente de su muerte, los amigos de Litvinenko hicieron pública una declaración jurada en la que el exespía culpaba a Putin de su asesinato, mientras la viuda corroboraba que había recibido amenazas de Moscú. Dos meses después, los medios revelaron que las pruebas de la Policía sobre su envenenamiento eran abrumadoras. La investigación localizó a dos agentes que se habían desplazado a Londres para intoxicarlo. El Gobierno británico no pudo pedir, por razones legales, la extradición de los ejecutores, que nunca pagaron por su crimen.



Yuri Andropov

Estuvo al frente de la Policía política del régimen soviético durante quince años. Manejaba una gran cantidad de información, lo que le facilitó ser el sustituto de Brézhnev. Fue clave en la invasión de Hungría y luego de Checoslovaquia y Afganistán. Era culto, refinado y dominaba el inglés.

Del KGB al Kremlin

Yuri Andropov dirigió con mano de hierro el KGB durante quince años en plena Guerra Fría. Fue promovido al cargo en 1967 y se mantuvo hasta 1982. Tras la muerte de Leonid Brézhnev en noviembre de ese año, fue elegido secretario general del Partido Comunista soviético. Ejerció el mando durante tan solo quince meses porque murió a causa de una grave afección renal en febrero de 1984.

Andropov construyó una base de poder tras su largo mandato en el KGB que le permitió acumular una ingente información sobre la corrupción de la clase dirigente y los fallos del sistema. Era culto, refinado, dominaba el inglés, leía la prensa occidental y era aficionado al *jazz*. Pero también era un hombre fiel a los principios del comunismo.

Nacido en una aldea cerca de Stavropol, era hijo de un ferroviario de una familia de cosacos. Su madre era profesora de música. Empezó a trabajar en unos astilleros y se afilió al Partido en

1939. Un año después, fue nombrado jefe del Konsomol, las juventudes comunistas, en Carelia.

Tras ser condecorado en la Segunda Guerra Mundial por su valor y su capacidad organizativa, fue ascendido y trasladado a Moscú. En 1953, era un alto funcionario del Ministerio de Exteriores. Y, al año siguiente, fue designado embajador en Budapest. Allí empezó a fraguar su leyenda, porque Andropov desempeñó un papel clave para convencer a Kruschev de que era necesario invadir Hungría y acabar con Imre Nagy, primer ministro y líder del reformismo.

Andropov, dotado de una legendaria astucia y capacidad de supervivencia, persuadió a Nagy de que no tenía nada que temer y luego dirigió personalmente la dura represión contra los dirigentes húngaros en 1956. El primer ministro fue ejecutado tras la entrada de los tanques soviéticos. Él mismo confeccionó la lista de las personas a eliminar.

Regresó a Moscú en 1957 para dirigir el departamento de relaciones con los partidos comunistas de fuera de la URSS y luego fue promovido a miembro del Comité Central. En esa época, estrechó la amistad con un joven llamado Mijail Gorbachov, con el que solía compartir los fines de semana en el campo. Su llegada el poder no hubiera sido posible sin su protector.

Nada más tomar las riendas del KGB, hizo notar su presencia. Su objetivo era acabar con todas las formas de disidencia interna, especialmente de los intelectuales. Para ello, creó el llamado Quinto Directorio, que fue clave en la expulsión de Aleksandr Solzhenitsyn y el destierro de Andrei Sajarov.

En 1969, presentó un informe ante el politburó para crear una red de hospitales psiquiátricos con la intención de confinar a los disidentes. Ordenó la construcción de decenas de centros para internar a quienes se mostraban hostiles al régimen. Aunque carecía de escrúpulos morales, Andropov no era partidario de la eliminación física de los adversarios como en la etapa del estalinismo.

Su biógrafo Kirill Chenkin hace una recopilación estadística de las detenciones y las penas de muerte durante sus años al frente del KGB. Desde 1967 a 1977, los tribunales abrieron 424 procesos políticos y condenaron a 753 personas. La mayor parte de las sentencias a la pena capital fueron conmutadas.

Andropov desempeñó un papel determinante en la invasión a Checoslovaquia en 1968 y, años más tarde, también apoyó la entrada de las tropas soviéticas en Afganistán. Sentía una especial animadversión hacia Juan Pablo II, aunque no hay pruebas de la

participación del KGB en el atentado de Ali Agca.

Con el apoyo de Mijail Suslov, ideólogo del régimen, y de otros miembros del politburó, en el que había ingresado en 1973, Andropov se convirtió en un verdadero poder en la sombra. Al morir Brézhnev en 1982, fue elegido por unanimidad en menos de 48 horas. Inició una etapa para acabar con la corrupción, el alcoholismo y el absentismo laboral, pero no tuvo tiempo. Solo permaneció al frente del partido durante año y medio, afectado por una enfermedad renal. Sus últimos meses de vida los pasó en el hospital del Kremlin, conectado a una máquina de diálisis. Dicen que mantuvo su lucidez hasta el último minuto.

AL SERVICIO DE SU MAJESTAD

DOS SERVICIOS, UNA MISMA PATRIA

Las películas y las novelas sobre espionaje han popularizado las siglas de los dos servicios secretos británicos, que generalmente son confundidas por el público. Nos referimos al MI5 y el MI6, que comparten una historia común y nacieron en la misma fecha como dos brazos del mismo cuerpo. Ambos fueron creados en 1909 por el Gobierno británico, que creyó conveniente una especialización de los servicios secretos.

Hay otros servicios británicos de inteligencia de carácter militar, pero son marginales. La única excepción fue el SOE, una unidad de operaciones especiales creada durante la Segunda Guerra Mundial. Formaba a agentes para sabotajes y contactos con la resistencia en la Francia ocupada y dependía de la cúpula del Ejército.

El MI6, el Secret Intelligence Service, es mundialmente conocido por las novelas de Le Carré, especialmente *El topo*, en la que un traidor desvela la red de agentes británicos tras el Telón de Acero. El escritor bautiza al MI6 como el «Circus» y lo sitúa imaginariamente en un viejo edificio cerca de Charing Cross. Mucha gente ha llegado a creer que los personajes de Le Carré, como Smiley y Haydon, fueron reales, pero lo cierto es que la trama de sus obras es ficticia, aunque guarda un inquietante parecido con la realidad.

Bajo la supervisión de un comité gubernamental, la función esencial del MI6 es hoy el espionaje en el extranjero para detectar posibles amenazas exteriores como el terrorismo islámico. Es obvio que, desde los años treinta hasta la caída del Muro de Berlín en 1989, casi todos los esfuerzos y energías del MI6 se dedicaban a disponer de información de lo que sucedía tras el Telón de Acero. Una buena parte de su presupuesto financiaba una red de cientos de agentes clandestinos en los países del bloque comunista. Desde hace

unos años, está situado en un enorme edificio moderno a orillas del Támesis. Oficialmente, tiene más de 2500 empleados, por lo que se le he acusado en algunas ocasiones de pecar de exceso de burocratismo.

Su servicio hermano, no siempre bien avenido, es el MI5, que se orientó desde sus orígenes a la contrainteligencia y la seguridad interna. Fue creado para detectar los espías de potencias extranjeras en el interior de Gran Bretaña, aunque hoy se ocupa de la política antiterrorista dentro del país. El MI5 vigila a los elementos islamistas que intentan desestabilizar el país.

El MI5, también conocido como Security Service, era hasta hace un par de décadas una organización secreta, sin ninguna proyección pública. Su director jamás aparecía en los medios. Pero hoy tiene una página web en la que publica ofertas de trabajo y en la que informa de que su plantilla asciende a más de 4000 personas. Su director es Ken McCallum, que, con sus gafas de concha y su aire distraído, parece un intelectual. Se ha esforzado en subrayar que el MI5 actúa siempre dentro de la legalidad y en estricto cumplimiento de las misiones que le encarga el Gobierno. El servicio reporta directamente al ministro del Interior y al jefe del Gobierno. Su sede está en el antiguo edificio del Imperial Chemical Industries, un elegante y señorial edificio victoriano en el centro de Londres que centralizó, a partir de 1994, sus dispersas instalaciones.

Como es público y notorio, los dos servicios secretos británicos siempre han mantenido una rivalidad que, a veces, ha redundado en perjuicio de su eficacia. Su comunicación ha sido difícil y llena de recelos, lo que probablemente influyó en fiascos como la traición de Kim Philby y sus amigos, que fueron protegidos por sus jefes del MI6.

Es importante subrayar que el MI5 se dedica a la inteligencia y que carece de competencias policiales. Su labor se limita a informar, pero no puede detener a nadie ni instar a un procedimiento judicial. Es razonable suponer que este servicio de seguridad no siempre es respetuoso con los procedimientos legales, como apunta su director, pero se esfuerza en parecerlo. En cualquier caso, las leyes imponen un estricto control sobre la legalidad de sus operaciones.

Remontándonos a la historia, el primer director del MI5 fue Vernon Kell, que trabajaba conjuntamente con Scotland Yard y disponía de un pequeño número de colaboradores que se centraban en la localización de espías alemanes. Antes de la guerra iniciada en 1914, el MI5 reveló la existencia de 22 agentes infiltrados en el

país, lo que motivó la indignación del káiser y una crisis diplomática.

La organización de Kell se mostró extraordinariamente efectiva en la localización de espías del Reich gracias a un control estricto de la entrada y salida de extranjeros, a la vigilancia masiva del correo y a una red de agentes muy eficaz.

Durante el periodo de entreguerras, gracias a sir Basil Thomson, nuevo director del servicio, la organización se modernizó y obtuvo más medios humanos y materiales de los sucesivos gobiernos. Su estrategia se centró en la infiltración de agentes de la Unión Soviética. Hasta comienzos de los años treinta, el MI5 neutralizó a prácticamente todos los espías enviados por la Cheka y luego el NKVD.

La inteligencia comunista, con Yagoda al frente, se dio cuenta de que sus métodos eran infructuosos porque el MI5 no tenía problemas para identificar a sus agentes, muchos de los cuales eran militantes del partido o extranjeros que levantaban sospechas.

Fue a partir de 1934 cuando el KKVD cambió de táctica y orientó sus esfuerzos a captar intelectuales y miembros de las elites británicas. La iniciativa funcionó hasta el punto de que los soviéticos lograron reclutar a los cinco conocidos como el Círculo de Cambridge: Kim Philby, Donald Maclean, Guy Burgess, Anthony Blunt y John Cairncross. Todos prestaron grandes servicios a su patria de adopción hasta que fueron localizados.

Todavía resulta un misterio por qué estos cachorros de la aristocracia inglesa, nacidos en familias acomodadas y educados en las mejores escuelas británicas, se dejaron seducir por el comunismo y se prestaron a hacer trabajos sucios para el régimen de Stalin. Todos ellos despreciaban la democracia parlamentaria de su país e idealizaban el comunismo soviético, ignorando su cara sombría.

El MI5 no estaba preparado para afrontar los desafíos de la Segunda Guerra Mundial y cometió numerosos errores en los primeros meses del estallido del conflicto. Una de sus misiones era confinar a cualquier sospechoso de ser enemigo de Gran Bretaña, lo que le llevó a internar a militantes de la izquierda antiestalinista como Arthur Koestler, que había sido perseguido por los nazis, o que simplemente habían huido de las garras de Hitler.

Churchill colocó a David Petrie al frente del servicio y sus resultados mejoraron claramente en los últimos años del conflicto. El mayor éxito de la organización fue el centro de interceptación de comunicaciones de Bletchley Park, que, gracias a haber logrado descifrar los códigos de la máquina Enigma, podía desencriptar las

órdenes y los movimientos del ejército de Hitler. El matemático Alan Turing fue uno de los cerebros que ayudó a desentrañar los misterios de Enigma, que los submarinos alemanes seguían utilizando sin saber que sus enemigos podían descodificar sus mensajes a Berlín. Tras la guerra, Turing fue condenado por homosexualidad y optó, para evitar la cárcel, por ser sometido a un proceso de castración química. Una página negra de la historia de un país comprometido con la libertad y la democracia.

El MI5 se dio cuenta durante la guerra de que podía intentar engañar a la Abwehr con el llamado sistema de «doble cruce», que era la captación y reclutamiento de espías alemanes en Gran Bretaña para proporcionar información falsa al enemigo. A cambio de colaborar, se les garantizaba que no serían juzgados, evitando el riesgo de penas a cadena perpetua.

El más importante de los agentes dobles del MI5 fue el catalán Joan Pujol, alias Garbo, que engañó a Hitler al convencer a los alemanes de que la invasión sería por Calais. El Abwehr confiaba ciegamente en Pujol, condecorado con la Cruz de Hierro, e ignoraba que servía a los intereses británicos. En realidad, los mensajes de Garbo eran cuidadosamente elaborados por Londres, que hizo creer a sus adversarios que su agente manejaba una extensa red de espionaje en el país. Todo era un montaje para manipular a los alemanes, a los que suministraba datos verdaderos de escasa importancia para aumentar su credibilidad. Irónicamente, el propio Hitler felicitó a Garbo por su entrega a la causa nazi.

Al comenzar la Guerra Fría, el MI5 tuvo que afrontar el reto de localizar a los espías soviéticos que operaban dentro de las instituciones y la Administración. Sus jefes sospechaban que el KGB tenía infiltrado personal de alto nivel en los círculos de decisión. También disponía de cientos de agentes en Irlanda del Norte, que recurrieron a métodos que incluían las torturas y las delaciones para perseguir al IRA y encarcelar a sus dirigentes. El MI5 colaboró con las fuerzas especiales británicas desplazadas a esa zona.

El prestigio de la organización quedó en entredicho cuando dos agentes revelaron a un periodista que habían sido reclutados para infiltrarse en el IRA provisional y que luego habían sido abandonados y marginados por sus nuevos jefes, que no quisieron saber nada de ellos.

A finales de los años cuarenta, la paranoia del servicio llegó hasta tal punto que se empezó a espiar a los líderes laboristas. Entre ellos a Harold Wilson, futuro primer ministro. A partir de datos falsos y elucubraciones, llegó a la conclusión de que Wilson podía

ser un agente soviético, algo que carecía de base.

El MI5 investigo también a John Profumo, ministro de Defensa a comienzos de la década de los sesenta. Profumo se había hecho amante de una joven prostituta de diecinueve años llamada Christine Keeler, que a su vez compartía favores sexuales con el agregado naval de la embajada soviética, que era un agente del KGB.

Profumo negó los hechos, que trascendieron a la prensa, pero finalmente tuvo que admitir en 1962 que había mantenido una relación improcedente con Keeler. No solo se vio obligado a renunciar al cargo, sino que además provocó la caída del Gobierno conservador, presidido por Harold Macmillan.

Ya en tiempos de Margaret Thatcher, un agente llamado Peter Wright publicó *Spycatcher*, un libro en el que acusaba a sir Roger Hollis, el jefe del MI5, de haber sido un topo al servicio del espionaje soviético desde 1956 hasta 1965. El Gobierno británico prohibió la difusión de la obra en el Reino Unido, pero no pudo evitar el escándalo. Finalmente, los tribunales le dieron la razón a Wright y el libro pudo ser difundido.

El propio MI5 realizó una exhaustiva investigación interna, examinando cientos de miles de documentos e interrogando a todos sus antiguos colaboradores. El dictamen fue que no había ningún motivo para dudar de la lealtad de Hollis, hijo de un obispo anglicano y brillante jugador de ajedrez. Algunos expertos han sugerido posteriormente que fue el KGB quien urdió la trama para sembrar el caos en la contrainteligencia británica.

En 1992, el Gobierno nombró a Stella Rimington como la primera mujer al frente del MI5. Era una persona muy competente que había ascendido en la organización. Estuvo cuatro años al frente del servicio y luego se dedicó a publicar novelas de espionaje. Para mejorar su imagen y acercarla al público, los periódicos publicaron la imagen de Rimington, algo que no había sucedido hasta entonces.

El escándalo volvió a sacudir al MI5 cuando trascendió en 2006 que, tras los atentados de las Torres Gemelas en 2001, había acumulado información sobre más de 270 000 ciudadanos, cuya intimidad había sido vulnerada. Era algo totalmente ilegal que tuvo que ser reconocido por el Gobierno.

El MI5 no escarmentó y fue llevado a los tribunales en 2019 por cuatro asociaciones de derechos humanos que denunciaron que el servicio disponía de un protocolo que garantizaba la inmunidad a los agentes que participaban en acciones ilegales ante graves

amenazas terroristas o ataques a la seguridad nacional. Esta vez, los tribunales desestimaron la demanda. También la Justicia absolvió al servicio cuando fue acusado de practicar torturas en Afganistán, emulando las prácticas de la CIA.

Su hermano, el MI6, tampoco se ha librado de acusaciones de vulneración de la legalidad, pero, como sus actividades se han desarrollado en el extranjero, ha podido trabajar con una mayor discreción, muchas veces amparado por el Foreign Office.

Como hemos dicho, su creación se remonta a 1909, cuando Herbert Asquith, primer ministro, decidió crear las dos ramas para proteger a la nación del espionaje alemán. Al frente de la red de operaciones en el exterior fue nombrado Mansfield Cumming, un oficial de la Marina, infatigable trabajador y con un talento natural para el espionaje. A Cumming se le conocía por «C», su inicial, algo que luego se convirtió en habitual para denominar al jefe del MI6.

Su primera sede estaba en Ashley Mansions, un complejo situado en la calle de Vauxhall Bridge. Y recurrió a utilizar la tapadera de una empresa dedicada al comercio exterior, como figuraba en su sede. Cuando empezó la Primera Guerra Mundial en 1914, el servicio se trasladó a unas dependencias del Gabinete de Guerra, que tomó el control de sus actividades. Poco después, Cumming sufrió un accidente de automóvil en Francia que lo dejó inhabilitado temporalmente.

El mayor éxito del MI6 en el conflicto fue el reclutamiento de un ingeniero naval alemán que trabajaba en unos astilleros de Holanda. Se llamaba Karl Krüger y proporcionó, a cambio de fuertes sumas, revelaciones de carácter técnico sobre la Armada del Reich. No solamente eso, Krüger informó sobre la disposición de las fuerzas navales alemanas en la crucial batalla de Jutlandia en 1916.

Cumming había vuelto al trabajo en 1917 y fue el padre de la idea de poner en marcha una red de espionaje en el interior de Bélgica para conocer los movimientos de las tropas alemanas. La red fue bautizada con el nombre de «la Dame Blanche» y llegó a tener cientos de agentes que proporcionaban información. Observaban la circulación ferroviaria, el traslado de tropas, los lugares donde se almacenaban las armas. Y toda esa información llegaba a la inteligencia británica por una gran variedad de medios que iban desde contactos personales a mensajes cifrados.

A lo largo de la guerra, el MI6 reclutó a cientos de personas: secretarias, ingenieros, abogados, empresarios y sindicalistas que colaboraron en tareas que suponían un enorme riesgo, como ser enviados a territorio enemigo.

Al acabar la guerra, el servicio estaba muy preocupado por el éxito de la Revolución bolchevique y una eventual expansión del comunismo en Europa. Cumming envió a Paul Dukes a San Petersburgo para que lo mantuviera al tanto de la estrategia de los dirigentes y, sobre todo, de los movimientos de los barcos en el Báltico. Dukes no defraudó las expectativas de sus jefes y permaneció en Rusia cambiando de identidad. Asumió el papel de un funcionario de correos, luego de un enfermo de epilepsia y, por último, de un soldado adscrito a una unidad motorizada del Ejército.

En los años de entreguerras, la organización fue conocida por diversos nombres, hasta que pasó a utilizarse la denominación MI6 al estallar la Segunda Guerra Mundial, aunque también la prensa y los historiadores siguieron llamándole el Secret Intelligence Service.

Cumming se mantuvo al frente hasta 1923 y fue quien puso en práctica el envío de mensajes con tinta secreta y la instrucción de los agentes en técnicas de seguimiento y ocultación. Fue sustituido por el contralmirante Hugh Sinclair, jefe de la inteligencia naval, que trasladó la organización a un edificio cercano al St. James Park, donde permaneció cuatro décadas.

El MI6 logró reclutar en 1933 a Johann de Graff, un comunista alemán que trabajaba para la Komintern. De Graff suministró valiosa información sobre la infiltración en el Ejército británico y las actividades de la organización en China y Brasil. Su colaboración fue clave para entender los objetivos y la estrategia de Stalin en esa década.

Tras la llegada de Hitler al poder, el MI6 decidió crear la llamada sección D, con Laurence Grand al frente. Su misión era preparar acciones de sabotaje y operaciones clandestinas en el interior de Alemania en caso de un eventual conflicto, como así sucedió.

Hugh Sinclair murió en noviembre de 1939 y fue reemplazado por el coronel Stewart Menzies, que posteriormente se convertiría en el hombre de confianza de Churchill. Los efectivos del MI6 fueron reforzados y la organización paso a jugar un papel clave en la lucha contra el nazismo. Menzies despachaba directamente con el primer ministro y sus informes llegaban al Gabinete de Guerra.

El principal objetivo del servicio era crear redes de información en Francia y Bélgica, países ocupados por Hitler, y coordinar sus acciones con la resistencia, a la que los británicos suministraban armas y dinero. Menzies envió a tierras francesas a Marie Madeleine Fourcade, que era famosa por su atractivo físico. Fourcade

controlaba a 145 agentes, que reportaban sobre los movimientos de las fuerzas alemanas.

El MI6 también logró contactar con la resistencia noruega. Oluf Reed Olsen fue lanzado en paracaídas y escondido por los elementos antinazis. Durante seis meses, transmitió información muy relevante sobre el Ejército de ocupación alemán y el tráfico marítimo desde los puertos noruegos, clave para controlar el Báltico y el mar del Norte.

Pero el momento estelar del MI6 durante la guerra llegó con la invasión aliada en las playas de Normandía en junio de 1944. En colaboración con la inteligencia militar de Eisenhower y la resistencia francesa, se creó un equipo de trabajo para conocer la disposición de las tropas alemanas y sabotear ferrocarriles, centrales eléctricas e instalaciones clave. Fue un éxito que ayudó a que los alemanes no pudieran contener el avance de sus enemigos.

La aportación del MI6 al esfuerzo bélico quedó manchada, sin embargo, por un borrón que provocó un enorme daño: la traición de Kim Philby. Tras la guerra, Philby, que llegó a ser responsable de las operaciones tras el Telón de Acero, suministró altos secretos militares y delató a decenas de agentes al KGB.

Pese a las sospechas que suscitaba su comportamiento, Philby fue enviado como enlace de los servicios secretos británicos a Washington. Dada la estimación y la confianza de la que gozaba por parte de los jefes de la CIA, tenía acceso a la información más confidencial de la agencia de Langley. Cuando los americanos se enteraron de que era un agente soviético, el estupor fue indescriptible. Philby, que se fugó a Moscú en 1963 tras ser interrogado por el MI6, ayudó a encubrir a sus amigos Guy Burgess y Donald Maclean, que también tuvieron que huir a la Unión Soviética.

El estrepitoso fracaso con Philby agudizó la leyenda negra del MI6, que se resarció una década después al lograr el reclutamiento de Oleg Gordievski, probablemente el más importante doble agente que tuvieron los británicos tras el final de la Segunda Guerra Mundial.

Gordievski era el jefe de la estación en Londres del KGB cuando el MI6 logró persuadirlo de que cambiara de mando. Desde comienzos de los años setenta hasta 1985, pasó una información extraordinariamente valiosa sobre los planes militares del Kremlin. Fue Gordievski quien convenció a Reagan y a Thatcher de que los soviéticos no planeaban un ataque nuclear a Occidente, como habían interpretado los mandos militares y la OTAN.

Tras ser descubierto, Gordievski tuvo que ser sacado de Moscú mediante una operación rocambolesca, oculto en el maletero de un coche de la embajada británica. Logró llegar a Londres, donde se le condecoró y se le protegió con una identidad falsa. Si el KGB lo hubiera capturado, su destino hubiera sido una muerte atroz como la de Penkovski, que había espiado para la CIA.

Desde comienzos de los años cincuenta hasta la caída del Muro de Berlín a finales de la década de los ochenta, el MI6 centró su estrategia en la URSS y los países satélite del bloque comunista. Cientos de agentes fueron enviados con falsas identidades a indagar en los avances militares del comunismo soviético y en sus planes para desestabilizar al bloque de Estados Unidos y sus aliados europeos. Algunos de ellos fueron capturados y ejecutados, pero la organización siempre ha guardado esos secretos.

Hoy el MI6 se ha transformado profundamente. Se ha esforzado en ofrecer una imagen de normalidad y respeto escrupuloso a los procedimientos de la ley, como cualquier otro departamento de la Administración británica. Lejos del retrato de las novelas de John le Carré, parece una empresa de seguros o un banco de inversión al que acuden diariamente sus anodinos empleados. Tal vez sea solo una fachada de normalidad que oculta los secretos que son la razón de ser de este tipo de organizaciones.

Leslie Howard

El actor británico murió en 1943, cuando el avión en el que viajaba fue derribado por la Luftwaffe en la costa de Cedeira. Regresaba a Londres tras haber sido enviado por Churchill a entrevistarse con Franco. La actriz Conchita Montenegro fue el gran amor de su vida.

En acto de servicio

Leslie Howard era la gran estrella británica del cine cuando murió el 1 de junio de 1943 a bordo del vuelo 777 de la BOAC que iba de Lisboa a Londres. El avión fue abatido por cinco cazas de la Luftwaffe frente a la costa de Cedeira (La Coruña). Su cuerpo no se encontró nunca.

Sigue siendo un misterio por qué los alemanes decidieron derribar un aparato británico en el que viajaban civiles. Se ha escrito que la razón es que creían que Winston Churchill se hallaba a bordo, lo cual no es inverosímil porque el dirigente había viajado por aquellos días a entrevistarse con Roosevelt en Argelia. Es muy posible que la Abwehr creyera que el primer ministro iba a volver a Londres en un vuelo desde Lisboa.

La muerte de Leslie Howard produjo una gran conmoción en su país porque el actor había adquirido notoriedad mundial por su

papel de Ashley en *Lo que el viento se llevó*, estrenada con un éxito espectacular en 1939, tres meses después del inicio de la guerra.

Howard tenía 50 años en el momento de su fallecimiento. Había nacido en Londres en el seno de una familia de ascendencia húngara. Tras terminar sus estudios, empezó a trabajar en un banco de la mano de su padre, que era agente de bolsa. Se alistó como voluntario para combatir en la Primera Guerra Mundial, pero fue dado de baja por problemas de salud. En ese momento, decidió dedicarse al teatro y luego al cine, donde debutó en 1930 en una película de Robert Milton titulada *Outward Bound*.

Con su elegancia innata y un gran talento interpretativo, Howard tuvo una meteórica carrera que lo llevó a Hollywood a rodar con grandes directores como Michael Curtiz y Archie Mayo. Conoció a Humphrey Bogart en Los Ángeles, trabando una estrecha amistad que duró hasta el final de la vida del actor británico.

Howard se casó en 1916 con Ruth Evelyn Martin, con la que tuvo dos hijos. Pero su gran amor fue la actriz y bailarina donostiarra Conchita Montenegro, con la que mantuvo una larga y apasionada relación. Howard y Montenegro tuvieron su último encuentro en el hotel Ritz de Madrid pese a que ella estaba saliendo con un falangista llamado Ricardo Giménez Arnau, con el que luego se casaría.

El actor londinense trabajaba para el servicio secreto británico cuando viajó a la capital española en mayo de 1943 para entrevistarse con el general Franco. Había sido enviado por Churchill, que le ordenó que sondeara al jefe de Estado para cerciorarse de que España no entraría en guerra junto a Alemania. A cambio, el primer ministro se comprometía a reconocer al régimen tras el final de la contienda.

Fue Giménez Arnau quien hizo de intermediario para que Franco le recibiera en El Pardo. La gestión se efectuó discretamente, sin recurrir a los cauces diplomáticos, porque Madrid estaba atestada de espías alemanes. Tal vez estos tuvieran información de la visita y avisaran a sus jefes en Berlín.

Esta versión fue corroborada por la propia Conchita Montenegro antes de morir en 2007. Confirmó que Howard no había venido a España para promocionar sus películas y que había estado cumpliendo una misión de alto secreto a instancias de Churchill. Nunca volvió a pisar la tierra en la que había nacido.

Nancy Wake

Se convirtió en una leyenda de la resistencia francesa por su valor y las acciones contra el Ejército de ocupación. La Gestapo ofreció una recompensa por su cabeza, pero nunca logró capturarla. Degolló a un soldado alemán con sus propias manos y cruzó las líneas enemigas en bici.

El ratón blanco

Fue la mujer más buscada de Francia por la Gestapo, que llegó a ofrecer cinco millones de francos por su cabeza. Pero nunca la capturaron pese a tener bajo sus órdenes a cientos de miembros de la resistencia. Nancy Grace Wake había nacido en Nueva Zelanda en 1912, pero vivía en Marsella en 1939 cuando estalló la Segunda Guerra Mundial. Los alemanes la bautizaron como «el Ratón blanco» por su carácter escurridizo, convertido en leyenda.

Estaba recién casada con un industrial llamado Henri Edmond Fiocca cuando el Ejército de Hitler entró en París en junio de 1940. Nancy Wake se alistó en la resistencia, jugando un papel clave en la organización y los contactos de su red clandestina en Marsella. La Gestapo empezó a sospechar de ella y la sometieron a una discreta vigilancia. Pero tras un chivatazo de un confidente de los alemanes, logró huir a Gran Bretaña después de cruzar los Pirineos en el otoño de 1943. Su marido optó por quedarse en su domicilio y fue arrestado, torturado y ejecutado. Pero su esposa no lo supo hasta que acabó la contienda.

Nada más llegar a Londres fue reclutada por la unidad de operaciones especiales del Ejército británico. Unos meses después, en abril de 1944, fue lanzada en paracaídas en la región de Auvernia para contactar con sus viejos amigos de la resistencia. Su

misión era servir de enlace con el Gobierno de Londres, que ya estaba preparando el desembarco de Normandía.

Durante las semanas que transcurrieron hasta ese momento, Nancy Wake operó en el área de Montluçon, donde se dedicó a sabotear vías e instalaciones industriales. También dirigió un ataque con decenas de hombres contra la sede de la Gestapo en esa localidad.

Con los aliados en suelo francés, Wake siguió trabajando en misiones tras el frente enemigo. Asumió la coordinación de los maquis desperdigados por el interior y, concretamente, planeó y ejecutó misiones de castigo contra los miembros de la Gestapo y de las SS. Se calcula que causó más de mil bajas en las filas nazis.

Wake era una mujer de extraordinario valor que no dudó en degollar a un soldado alemán cuando iba a dar la alarma. También viajó en bicicleta cientos de kilómetros para entregar unos códigos de comunicación a un grupo de la resistencia. Tras el final de la guerra, sus jefes alabaron su increíble coraje. Y ello le reportó condecoraciones como la Legión de Honor, la Croix de Guerre y la Medalla de la Libertad, otorgada por el Congreso de los Estados Unidos.

En 1947, decidió volver a Australia, donde había vivido durante su infancia y adolescencia. Se presentó como candidata a diputada en el Parlamento por el Partido Liberal. No salió elegida y tampoco en la convocatoria siguiente. Frustrada por esos fracasos, decidió retornar a Gran Bretaña, donde se casó con un piloto de la RAF.

Siempre mantuvo una relación difícil con su país de adopción y de nacionalidad. Acusaba al Gobierno de Canberra de no reconocer su contribución en la guerra y, por ello, se negó a ser condecorada. No fue hasta 2004, siete años antes de su muerte, cuando aceptó ser distinguida con la Orden de Australia.

Volvió a Londres a pasar el último periodo de su vida en una residencia para excombatientes y murió en 2011, a los 98 años, de una afección respiratoria. Cumpliendo su voluntad, sus restos mortales fueron incinerados y esparcidos en los campos de Montluçon, donde había combatido a los nazis.

Amy Elisabeth Thorpe

Obtuvo valiosa información para los aliados en Varsovia, Washington y Vichy gracias a sus relaciones sentimentales. También estuvo en España, pero huyó tras levantar sospechas de trabajar para la causa republicana.

La amante perfecta

Amy Elisabeth Thorpe sirvió a la causa aliada durante la Segunda Guerra Mundial con un arma que resultó muy efectiva: sus encantos personales. Fue amante de diplomáticos y militares en Varsovia, Washington y Vichy, que le proporcionaron valiosos secretos militares del régimen de Hitler.

Amy había nacido en Minneapolis (Minnesota) en 1910 en el seno de una familia de la alta burguesía local. Su padre era un oficial de Infantería y su madre era hija de un senador. Fue educada en elitistas escuelas privadas en Europa. Cursó estudios universitarios en la Sorbona y en Columbia. En esa época escribió una novela romántica de cierto éxito.

Pensaba dedicarse a la literatura cuando conoció a un diplomático británico en Washington. Era veinte años mayor que ella, pero se enamoró y se casó con él. Desde ese momento, adquirió una doble nacionalidad: la suya y la de su marido, que fue destinado a la embajada en Madrid en 1936.

Se tiene constancia de que Amy Elisabeth colaboró con la Cruz Roja para auxiliar a los heridos del bando encabezado por Franco y que ayudó a cruzar la frontera de Irún a algunas familias de los sublevados. Pero fue denunciada cuando ya había sospechas de que

era una espía republicana, por lo que abandonó España al ser destinado su esposo a Varsovia a finales de 1937.

El matrimonio se rompió en ese momento y Amy entabló una relación sentimental con un coronel polaco llamado Kulikowski, que le permitió el acceso a los altos círculos militares. Luego se introdujo en el entorno del ministro de Exteriores Jozef Beck tras hacerse amante de su ayudante. Gracias a ello pudo conocer la información de los servicios secretos polacos sobre los planes de Hitler. A través de Beck tuvo noticias de que los alemanes tenían una máquina de cifrado llamada Enigma. Amy ya trabajaba para la inteligencia británica con un sueldo de veinte libras mensuales. Su nombre en clave era Cynthia.

Siguió a su marido a Praga y luego a Santiago de Chile, donde obtuvo información sobre los movimientos de la flota alemana en Latinoamérica. Trabajaba como corresponsal de un diario canadiense, lo que facilitaba sus movimientos. Pero el servicio secreto británico le pidió que volviera a Washington en 1941. Allí entabló relación con el agregado naval italiano, el almirante Alberto Lais, del que obtuvo los códigos secretos de la Marina de Mussolini.

En los últimos años de la guerra fue enviada a Vichy. Allí conoció al capitán Charles Brousse, que trabajaba en la oficina de prensa de Pétain pese a sus convicciones antinazis. Se hicieron amantes y luego se casaron. Brousse le proporcionaba todos los documentos que caían en sus manos. Entre ellos, los códigos de las operaciones alemanas en el norte de África, que consiguió entrando una noche en unas dependencias militares. Su marido tuvo que forzar una cerradura para poder fotocopiar las claves, lo que levantó sospechas sobre él y algunos otros colaboradores. Por ello, tuvo que ocultarse y huir del país. Amy fue repatriada a Washington antes de acabar la contienda. Era amiga de William Donovan, el jefe del espionaje americano, que la encuadró en su unidad de operaciones especiales. Y allí estaba cuando se enteró del suicidio de su marido en Buenos Aires. Pasó los últimos años de su vida en un *château* en Castelnou (Francia), donde murió de cáncer en 1963, a los 53 años.

Jasper Maskelyne

Ilusionista de profesión, construyó un falso puerto de Alejandría con edificios y barcos de cartón para despistar a la aviación alemana. Ocultó a los tanques británicos en el desierto e ideó un juego de luces para evitar los bombardeos sobre Suez.

El mago que engañó a Rommel

Las guerras no solo se ganan con las armas. A veces, también con el ingenio. Es el caso de Jasper Maskelyne, un ilusionista inglés que ayudó con sus trucos de magia a derrotar a los Afrika Korps del general Rommel. Sus hazañas se han convertido en un mito en el que se confunden la realidad y la ficción.

Debutó en los escenarios cuando solo tenía nueve años. Era nieto de John Nevil Maskelyne, un legendario mago británico. Estaba actuando en un teatro cuando se enteró del comienzo de la Segunda Guerra Mundial y decidió alistarse. Era un hombre alto y apuesto, que seducía al público.

Después de un periodo de adiestramiento, fue enviado en 1941 a Egipto, donde se integró en el servicio de contraespionaje bajo el mando del general Wavell, jefe de las tropas británicas en el norte de África. Allí tuvo la ocasión de demostrar su imaginación y sus dotes como artista.

El avance de Rommel parecía imparable mientras la Luftwaffe dominaba el espacio aéreo y bombardeaba las instalaciones británicas. El puerto de Alejandría era vital para el abastecimiento de las fuerzas de Wavell. La situación era tan desesperada que el

contraespionaje británico encargó a Maskelyne una de las mayores operaciones de engaño de la historia de la guerra: la construcción de un falso puerto para despistar a la aviación de Hitler.

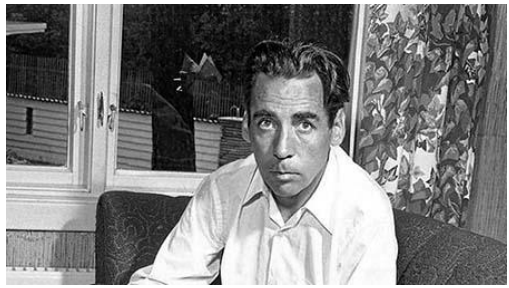
Dicho y hecho. Maskelyne levantó una réplica a unos pocos kilómetros de la ciudad fundada por Alejandro Magno, con barracones, edificios y un faro de cartón y chapa de madera que reproducía exactamente el original. También se tomaron el trabajo de colocar una falsa flota de buques en el lugar. Lo más importante es que sus hombres instalaron focos de luz con la misma disposición que los que protegían el enclave. Como los bombardeos eran nocturnos, el truco funcionó durante un tiempo, aunque los pilotos expresaron su sorpresa porque la ubicación no coincidía con lo que señalaban sus cartas de navegación.

Otra hazaña del ilusionista fue la ocultación del canal de Suez, una tarea teóricamente imposible por sus dimensiones. Lo que se le ocurrió a Maskelyne fue colocar enormes reflectores que cegaban a la aviación alemana, mientras hacía arder maquetas de barcos en las orillas y efectuaba explosiones para confundir a los atacantes. El ardid funcionó, según relataba el mago en sus memorias, que han sido cuestionadas por algunos historiadores que dudan de su veracidad.

Nada más llegar a Egipto, Maskelyne llevó a cabo la tarea de camuflar los tanques británicos en el desierto. Construyó una carcasa de tela y madera que cubría los blindados y les hacía parecer vehículos de transporte vacíos. Dice la leyenda que utilizó estiércol de camello para colorearlos. El mago demostró que el truco funcionaba al retar a pilotos de la RAF a descubrir la diferencia.

Otra de las gestas que se le atribuyen a Maskelyne fue la organización de un espectáculo de magia para entretener al rey Farouk, sospechoso de simpatías pronazis. Mientras el mago desaparecía en una caja, el contraespionaje registraba las habitaciones de su palacio para incautarse de un transmisor.

Maskelyne, que había nacido en 1902 en Londres, se retiró del Ejército sin condecoraciones ni un reconocimiento público que otros obtuvieron. Casado y con dos hijos, se instaló en una granja de Kenia, donde murió en 1973, según el historiador Jesús Hernández, que investigó su peripecia.



Jan Baalsrud

Tras alistarse en el Ejército británico, fue enviado a Noruega en 1943 a sabotear instalaciones de la Luftwaffe. Todos sus compañeros murieron al ser delatados, pero él consiguió sobrevivir. Fue perseguido por los alemanes durante dos meses a temperaturas de 30 bajo cero. Logró escapar en trineo con la ayuda de los lapones.

El fugitivo número 12

La ficción supera a la realidad. Este es el caso de Jan Baalsrud, que sobrevivió durante dos meses a una cacería del Ejército alemán a temperaturas polares. Estaba sepultado bajo la nieve, tenía las piernas heladas y no podía andar, por lo que decidió amputarse con una navaja nueve dedos de los pies.

La dramática historia de Baalsrud comienza en marzo de 1943, cuando la inteligencia militar británica decide enviar un comando de doce hombres a Noruega, ocupada por los nazis. Su misión era contactar con la resistencia y sabotear instalaciones vitales para la Luftwaffe.

Debido a las malas condiciones meteorológicas, que impedían lanzarse en paracaídas, el grupo viajó en un pesquero que atracó en un lugar remoto de la costa noruega. Pero fue delatado por la persona que los tenía que ayudar a infiltrarse. El barco quedó atrapado en una ensenada y rodeado por soldados alemanes que tenían la orden de disparar a matar. Solo Baalsrud, que se escapó a nado, pudo sobrevivir. Los cadáveres de sus compañeros quedaron expuestos en la playa.

Baalsrud era noruego y se había alistado en el Ejército británico en 1941. Tenía entonces 25 años, era un ferviente antinazi y un

excelente deportista y esquiador. Por ello, fue formado para ser enviado a su país para participar en misiones de sabotaje.

Tras huir milagrosamente por una ladera bajo las balas alemanas, vagó durante varios días por parajes desolados a temperaturas de más de 30 grados bajo cero. Finalmente, encontró cobijo en la casa de un pescador, que le facilitó contactos y una hoja de ruta para escapar.

Bajo la persecución de los alemanes, el fugitivo logró recorrer poco más de diez de kilómetros en tres días. Vagaba sin rumbo, con graves lesiones en la retina, sin comida y con los miembros congelados, hasta que llegó a una aldea llamada Furuflaten. Corriendo un riesgo extremo, un granjero llamado Marius Gronvold lo acogió en su desván y lo protegió durante más de una semana.

Marius contactó con la resistencia en Tromso y recibió instrucciones para trasladarlo a otra aldea vecina. Así lo hizo con la ayuda de tres personas de confianza, que lo subieron en trineo en condiciones extremas por una escarpada ladera. Cayó una fuerte tormenta de nieve y los rescatadores no lo encontraron. Baalsrud permaneció tres semanas en un hueco bajo una roca, sepultado por una capa de hielo. Allí se cortó los dedos de los pies tras beberse unos tragos de coñac. Por fin, fue hallado por los campesinos y entregado a unos pastores lapones, que lo trasladaron a la frontera con Suecia.

El soldado noruego logró salvar sus piernas congeladas y volvió a Gran Bretaña. Tras acabar la guerra, compró una casa en Oslo y se casó con una mujer estadounidense. Se dedicó con éxito a los negocios y murió en Tenerife en 1988, tras ser reconocido en su país como un héroe.

Ewen Montagu

Como oficial de la inteligencia naval ideó el lanzamiento de un cadáver con documentación falsa para convencer a los alemanes de que el desembarco sería por Grecia. El cuerpo apareció en una playa de Huelva. Hitler se tragó el ardid y los aliados desembarcaron por Sicilia.

El gran engaño

La Operación Mincemeat (carne picada) ha pasado a la historia del espionaje no solo como una obra maestra del engaño, sino también como un ardid que ahorró decenas de miles de vidas de los Aliados cuando invadieron Sicilia en julio de 1943. El hombre que la ideó y planificó hasta los últimos detalles se llamaba Ewen Edward Montagu, un capitán de la inteligencia naval británica.

Montagu, nacido en el seno de una familia aristocrática de origen judío, había estudiado leyes en Cambridge y en Harvard. Cuando estaba a punto de estallar la guerra, abandonó su prometedora carrera como abogado y se alistó voluntario en la Royal Navy. Tenía 37 años.

Se le concedió el grado de capitán y fue destinado a servir en el Almirantazgo. Sus jefes observaron su potencial intelectual y decidieron ponerlo a trabajar en los servicios de inteligencia. Él fue el responsable de Mincemeat, un proyecto que había sido desechado y que volvió a revisarse cuando los Aliados decidieron avanzar desde el sur de Italia para atacar al Ejército de ocupación de Hitler.

El objetivo de esta operación era engañar a los alemanes para que creyeran que la invasión iba a producirse por Grecia y no por Sicilia. Y el éxito no pudo ser mayor, puesto que el propio Hitler se tragó la fabulación y ordenó trasladar dos divisiones para reforzar las defensas de la costa griega.

La dificultad de la que era muy consciente Montagu era montar un escenario que resultara creíble. Y lo que se le ocurrió fue utilizar el cadáver de una persona fallecida de neumonía en un hospital de Londres. Le fabricaron una nueva identidad con el nombre de William Martin, de 34 años, con el grado de comandante y nacido en Cardiff.

El cadáver fue arrojado al mar en abril de 1943 por un submarino inglés al sur de Huelva, donde fue encontrado en la playa de El Portil por un pescador de Punta Umbría. Llevaba un maletín atado al brazo, simulando haber perdido la vida en un accidente de aviación.

Las autoridades españolas avisaron a la Abwehr, el servicio de inteligencia alemana, que examinó el cuerpo. En sus ropas llevaba un falso carné de identidad, entradas de teatro, unas llaves, cartas de su novia y facturas de su sastre. En el interior del maletín, documentos que indicaban que el espionaje británico había montado una operación de engaño para persuadir a Hitler de que la invasión se efectuaría por Sicilia. Ello le convenció de que se produciría por Grecia.

El Abwehr fotografió los documentos sin dejar rastro y el cadáver fue entregado a la embajada británica en Madrid, que decidió enterrarlo en el cementerio de Nuestra Señora de la Soledad en Huelva. Su nieta todavía sigue visitando la tumba y colocando flores. Una reseña de *The Times* informó de su muerte en un accidente pocos días después para reforzar la simulación.

Cuando la invasión se produjo por la isla italiana, los alemanes tenían un débil dispositivo de defensa. Y, cuando quisieron reaccionar, era demasiado tarde. Al final de la guerra, Montagu decidió continuar como letrado en la Royal Navy y obtuvo autorización en 1953 para escribir un libro con el título *El hombre que nunca existió*, llevado al cine. Su papel fue interpretado por Clifton Webb.

Montagu se retiró a mediados de los años setenta, tras haber simultaneado su dedicación a las leyes con la presidencia de varias asociaciones anglojudías. Murió en Londres en 1985 a los 84 años. El historiador Trevor-Ropper dijo de él que había sido el artífice del mayor engaño durante la Segunda Guerra Mundial. Esa fue su

mejor hora.

Joan Pujol (Garbo)

Al servicio de la inteligencia británica, hizo creer a los alemanes que el desembarco se iba a producir en Calais. El Abwehr tenía una fe ciega en sus informes. Desapareció al final de la guerra y vivió de forma anónima en Venezuela hasta su muerte en 1988.

El espía que engañó a Hitler

Juan Pujol García, nacido en Barcelona en 1914, es el único espía que logró ser condecorado con la Cruz de Hierro y la Orden del Imperio Británico. Su paradero fue un misterio durante décadas tras el final de la Segunda Guerra Mundial. Muchos le daban por muerto y pocos conocían su historia. Pero Pujol, bautizado como Garbo por la inteligencia británica, jugo un papel determinante en engañar a Hitler, que tenía una fe ciega en sus informes.

Su momento más glorioso llegó en 1944, cuando los Aliados planeaban el desembarco en Normandía, conocido como la Operación Fortitude. Garbo convenció a la Abwehr de que la invasión se iba a realizar en el estrecho de Calais, a 250 kilómetros del lugar donde se produjo. Cuando los primeros soldados arribaron a las playas, Hitler tardó en reaccionar, porque estaba convencido de que era una maniobra de distracción, confiando en la palabra del espía español.

La vida de Pujol es tan rocambolesca que parece pura ficción. Había nacido en el seno de una familia acomodada y sentía una fuerte aversión hacia el fascismo y el comunismo. Ello lo llevó a ofrecer sus servicios a la embajada británica en Madrid a finales de 1940. Fue rechazado de forma abrupta.

Su siguiente paso fue contactar con un oficial de la Abwehr, que lo reclutó como agente nazi. Lo pusieron a prueba con pequeños

trabajos que realizó a satisfacción. Ganada la confianza de los alemanes, Pujol viajó a Lisboa para ofrecerse de nuevo a los británicos, que vieron en esta ocasión que les podía ser muy útil.

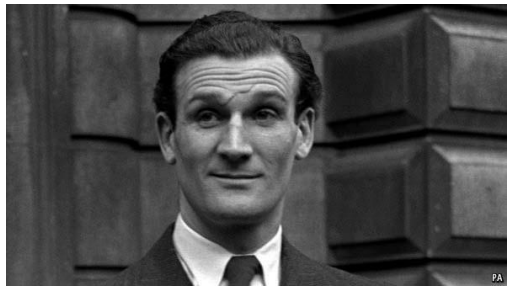
Garbo enviaba a la Abwehr desde Portugal informes sobre movimientos de la marina mercante inglesa y otros cotilleos que extraía del cine y la prensa, fingiendo que se hallaba en Londres. En la primavera de 1942, los británicos lo llevaron a la capital para instruirlo y montar una cobertura creíble.

Siguiendo las instrucciones de la inteligencia británica, Garbo hizo creer a los alemanes que controlaba una red de una veintena de espías repartidos por todo el país. Para reforzar su credibilidad, se publicó una esquela de uno de esos falsos personajes, lo que disipó las dudas de la Abwehr, que le pagaba espléndidamente.

Garbo informaba de movimientos de tropas, de la localización de objetivos militares y de los efectos de los bombardeos. Mezclaba información verdadera con falsa para despistar.

Cuando acabó la guerra en 1945, Pujol optó por desaparecer de la escena, ya que temía que los nazis se fueran a vengar de su traición. Viajó a Angola y fingió su muerte a causa de una malaria. Cruzó el Atlántico para establecerse en Choroní (Venezuela), donde invirtió en un cine y una librería, negocios que fracasaron.

Su familia española creía que estaba muerto, por lo que quedó sorprendida cuando Garbo volvió a Barcelona a comienzos de los años ochenta para ver a sus dos hijos. Fue entonces cuando les informó de que se había vuelto a casar en Venezuela y de que tenían tres hermanastros. Por esa época viajó a Inglaterra, donde fue recibido por el duque de Edimburgo y tratado como un héroe nacional. Ello reavivó el interés de historiadores, que empezaron a popularizar su figura. Pujol murió en Caracas en 1988 y está enterrado en Choroní. Allí hay una lápida que lo recuerda.



Eddie Chapman

Logró engañar a los alemanes con información falsa que le proporcionaban los servicios secretos británicos. Fue condecorado por Hitler y ascendido a oficial. Había sido reclutado cuando estaba en una prisión de las islas del Canal.

Triple agente

La línea que separa la ignominia de la abnegación es en ocasiones imperceptible. Es el caso de Edward Arnold Chapman, que prestó un impagable servicio a Gran Bretaña como triple agente. Zig Zag, como lo bautizaron los servicios secretos, salvó muchas vidas y consiguió engañar a los alemanes con una maestría que adquirió como ladrón y estafador de poca monta.

Había sido arrestado cuando se disponía a volar una caja fuerte en Edimburgo, por lo que fue condenado a una pena de cárcel. Nada más salir, fue capturado tras la rocambolesca huida por la ventana de un salón cuando cenaba con su amante. Había intentado robar la recaudación, por lo que fue enviado a una prisión de las islas del Canal como delincuente reincidente, conocido por Scotland Yard por los diferentes pseudónimos que empleaba.

Allí estaba cuando en 1941 la Wehrmacht tomó esas islas costeras y decidió reclutarlo como saboteador y espía. Lo que nunca supo la inteligencia alemana es que Chapman nunca dejó de ser un patriota leal, ya que, cuanto tuvo la primera ocasión, se puso en contacto con los servicios secretos de su país para trabajar como triple agente.

Ejerció con tanta convicción su papel de espía al servicio de Hitler que fue condecorado con la Cruz de Hierro de segunda clase.

Los alemanes le estaban muy agradecidos por lo que ellos consideraban una información de alto valor estratégico sobre los movimientos del Ejército británico cuando, en realidad, todo era un engaño urdido desde Londres.

La operación de intoxicación más brillante de Chapman fue la falsa ubicación de la planta de montaje de los aviones De Havilland, que fue bombardeada por la Luftwaffe. Para consumar el despiste, se construyeron unas maquetas de cartón piedra y se simuló una gran explosión. Los alemanes quedaron convencidos.

Chapman facilitó también información falsa sobre la localización de otros objetivos militares que iban a ser bombardeados por los misiles V-1. Naturalmente, los ataques no daban en el blanco, pero el agente británico les hacía creer lo contrario.

Zig Zag estaba considerado como un tesoro por la Abwehr, que lo gratificó económicamente y lo ascendió al grado de oficial. El propio Hitler se mostró muy impresionado por sus servicios. Era tal la confianza que tenían en él que lo enviaron a Noruega a formar personal. Llegó incluso a entablar una estrecha amistad con el comandante Von Gröning, su jefe directo, al que invitó años después a la boda de su hija en Inglaterra.

Los ciudadanos británicos tardaron varias décadas en conocer la gesta de Eddie Chapman, ya que el MI5 silenció sus hazañas y lo obligó a jubilarse en 1945 tras acabar la guerra. No se fiaban de él por su pasado de delincuente de poca monta. Le dieron las gracias y una propina de 6000 libras.

Durante sus últimos años, Chapman vivió en una mansión rural en Irlanda del Norte junto a su esposa. Murió de un fallo cardiaco en 1997, a la edad de 83 años. Muy pocos eran conocedores de los servicios prestados a su única patria: Gran Bretaña.

Dusan Popov

Inspiró al escritor Ian Fleming para crear el personaje del superespía. Trabajó durante la guerra como doble agente del MI6. Era un hombre culto, refinado y mujeriego que hablaba cuatro idiomas. Hoover no lo creyó cuando avisó del ataque a Pearl Harbor.

James bond era él

Ian Fleming, el escritor que ideó el personaje de James Bond, conoció a Dusan Popov a comienzos de la década de los cuarenta cuando trabajaba para el servicio secreto británico, que le encomendó el contacto con este espía serbio. Popov era culto, refinado, mujeriego y hablaba cuatro idiomas, entre ellos el alemán y el inglés. Fleming quedó fascinado por su encanto y luego se inspiró en sus hazañas para convertirlo en el superagente 007.

El creador de Bond contó años después lo que sucedió en un viaje a Lisboa para una misión conjunta con Popov. Allí fue testigo de cómo Triciclo, nombre clave con el que operaba, se jugó 40 000 dólares en una mesa de bacará para intimidar a un adversario que había elevado su apuesta. El agente serbio ganó y la escena aparece evocada en la película *Casino Royale*, en cuyo guion intervino Fleming.

Dusan Popov, Dusko en su círculo íntimo, rindió valiosos servicios a los Aliados hasta 1944, fecha en la que se vio obligado a retirarse. Nacido en Titel (Serbia) en el seno de una familia acomodada, había estudiado Derecho en Friburgo en los años treinta. No podía soportar el nacionalsocialismo, aunque disimulaba

sus sentimientos.

Al comenzar la guerra, fue reclutado en Belgrado por la Abwehr. Aceptó la oferta de inmediato, pero, semanas después, se ofreció como doble agente al MI6, que decidió reclutarlo. Durante cuatro años sirvió lealmente a los británicos mientras que fingía trabajar para la Abwehr.

Gracias a las instrucciones que recibía de Londres y a su talento, pronto se convirtió en un hombre indispensable para los alemanes, que lo halagaban y le pagaban con generosidad. En 1941, lo enviaron a la capital británica como ciudadano yugoslavo para que adquiriera información sobre los planes militares del enemigo.

Junto a Juan Pujol, alias Garbo, fue uno de los artífices del engaño que hizo creer a los alemanes que el desembarco aliado se llevaría a cabo por Calais. Para reforzar el señuelo, los británicos le proporcionaban información verdadera que reforzaba su credibilidad.

Tras unos meses en Londres, Popov fue enviado por la Abwehr a Estados Unidos con el propósito de crear una red de espionaje por todo el país. El MI6 informó al FBI de que en realidad el serbio era un agente controlado por ellos. Gracias a sus contactos en Alemania, Popov conoció los planes de los japoneses para atacar Pearl Harbor e informó a Edgar Hoover, el director del FBI. Pero este no lo creyó porque desconfiaba de él.

Hoover había ordenado que lo vigilaran y, por ello, tenía informes de que Popov llevaba una agitada vida amorosa y que no rehuía el contacto con prostitutas. En esa época tuvo una relación con la actriz francesa Simone Simon. El FBI lo puso en cuarentena y luego lo expulsó del país. El serbio volvió a Inglaterra en 1942, donde continuó siendo un hombre clave para el MI6.

Popov fue apartado del servicio porque en 1944 los alemanes detuvieron a su amigo Johann Jebsen, conocido como *the Artist*, que era otro doble agente que trabajaba para Londres desde su elevada posición en la Abwehr.

Retirado del espionaje, Popov vivió en los años sesenta en un chalé en Mallorca con su esposa y sus hijos. Murió en 1981 en Francia, tras publicar sus memorias.

Kim Philby

Pasó los secretos del programa nuclear americano a Moscú. Delató a los agentes del MI6 infiltrados tras el Telón de Acero. Llegó a lo más alto en los servicios secretos británicos, donde se ocupaba de los asuntos soviéticos. Desertó en Beirut en 1963 tras confesar su deslealtad.

El espía perfecto

El espionaje es un cóctel que combina tres elementos: la traición, la mentira y el secreto. Kim Philby fue un maestro en poner esos tres recursos al servicio de la causa que eligió cuando estudiaba en Cambridge: el comunismo soviético.

Tras su deserción a Moscú, un viejo amigo británico le reprochó su deslealtad y él respondió con aplomo: «Yo siempre he servido a mi verdadera patria: la Unión Soviética». Lo que no sabía es que Stalin había sospechado que era un triple agente, una ofensa para quien se había jugado la vida por su fe en el ideal comunista.

Philby, que murió en 1988 obnubilado por su alcoholismo, está hoy enterrado en el cementerio de Kuntsevo junto a otros héroes soviéticos. Disipada toda sospecha, el espía inglés es recordado por una plaza en Moscú que lleva su nombre. El KGB lo ascendió a

coronel, lo homenajeó como un patriota, lo nombró instructor en su escuela de formación y le concedió una lujosa vivienda hasta sus últimos días, en los que empleaba su tiempo leyendo *The Times* y siguiendo las competiciones de críquet.

No era para menos, porque durante más de dos décadas Philby, aprovechándose de su privilegiada posición en los servicios secretos británicos, había pasado no solo valiosa información estratégica, sino también los nombres de los agentes infiltrados tras el Telón de Acero.

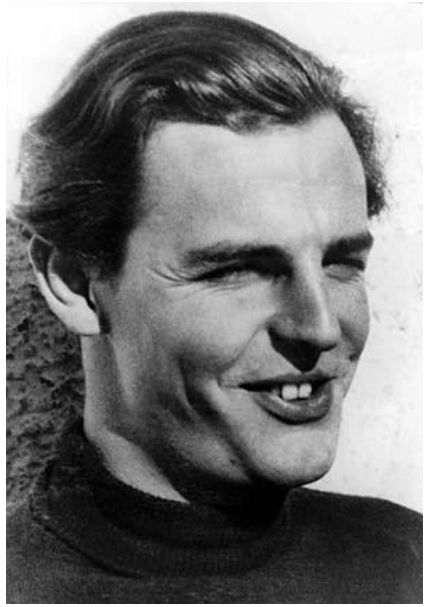
Por ello, el escritor John le Carré, ilustre exespía, se negó a estrechar su mano en un viaje a Moscú, tal y como deseaba Philby. «Yo no quiero saber nada de un traidor que es responsable de la muerte de muchos de mis compañeros», dijo el novelista.

Philby, que era hijo de un famoso diplomático y explorador británico, había nacido en la India en 1912. Fue reclutado, como el resto de los integrantes del Círculo de Cambridge, en los años treinta y, gracias a su talento y su habilidad para el engaño, fue ascendiendo en el escalafón del espionaje británico.

Cubrió la guerra de España como corresponsal y fue galardonado por Franco, que le creía simpatizante de su causa. Tras dirigir la famosa sección IX, que se ocupaba de las redes soviéticas de espionaje, fue promovido al cargo de enlace en Washington entre la CIA y los servicios británicos, lo que le permitió informar a sus amos de los avances del programa nuclear estadounidense. Tenía acceso a todos los secretos gracias a sus estrechos vínculos con jefes de la organización, como el legendario James Jesus Angleton, que lo invitaba a cenar en su casa.

Philby siempre trabajó al filo de la navaja, estando a punto de ser descubierto en varias ocasiones. En 1945, supo por su cargo que un agente soviético llamado Volkov iba a desertar tras comprometerse a revelar la identidad de un topo de muy alto nivel. Avisó a Moscú y Volkov fue asesinado cuando ya se hallaba en Estambul.

A comienzos de los años cincuenta, las sospechas sobre Philby eran casi certezas. Pero sus amigos del MI6 consiguieron exonerarle y convencer al primer ministro Harold Macmillan para que abogara por su integridad en el Parlamento. Finalmente, fue apartado del servicio y huyó de Beirut en 1963, tras confesar a su compañero Nicholas Elliott que había espiado para los soviéticos. Ya no había duda de cuáles habían sido sus lealtades.



Donald Maclean

Reclutado en Cambridge, aprovechó su cargo en Asuntos Exteriores para pasar valiosa información al espionaje soviético. Ocupó puestos clave en el programa nuclear Aliado. Desertó en 1951, cuando estaba a punto de ser detenido.

El amante sentimental

Culto, refinado, educado en el Trinity de Cambridge, Donald Maclean aprovechó su posición de alto funcionario en Asuntos Exteriores para espiar para la Unión Soviética desde mediados de los años treinta hasta el comienzo de la Guerra Fría en 1950. Un año después, cuando el servicio secreto británico había reunido numerosos indicios de su traición, se fugó a Moscú. Estaba a punto de ser detenido. Su amigo Kim Philby seguiría sus pasos una década más tarde.

Maclean era hijo de un político liberal que llegó a ser portavoz parlamentario y ministro de Educación. Estudió en escuelas de elite hasta su ingreso en Cambridge, donde hizo la carrera de Lenguas Modernas. Allí conoció a Philby y Anthony Blunt, que sin duda influyeron en su ciega fe en el comunismo y su desdén por la

democracia liberal.

Cuando ingresó por oposición a Asuntos Exteriores en 1934, el tribunal le preguntó si era simpatizante del comunismo. Maclean, adoctrinado por Blunt, reconoció que lo había sido, pero enfatizó que esa ideología le había decepcionado. La respuesta convenció a sus examinadores.

El espionaje soviético vio un enorme potencial en Maclean y, por ello, le envió a una joven llamada Kitty Harris para tutelarle. Se reunían en un piso alquilado por el NKVD, en el que se fotografiaban las decenas de documentos confidenciales que llevaba Maclean.

Kitty Harris y Maclean tuvieron una larga e intermitente relación amorosa que comenzó cuando, con motivo del cumpleaños de ella, el funcionario llegó a la cena con una botella de vino, un ramo de rosas y un colgante. Esa noche se acostaron y en los dos años siguientes Maclean proporcionó 45 cajas de documentos a los soviéticos. Nunca cobró por sus servicios.

Fue trasladado a la embajada británica en París y hasta allí le siguió Kitty Harris. Pero los amantes rompieron porque Maclean conoció a una joven y bella americana, hija de un empresario del petróleo de Chicago, llamada Melinda Marling. La guerra estaba a punto de comenzar y, por ello, tuvieron que regresar a Londres tras haberse casado en Francia, justo en el momento en que el Ejército de Hitler cruzaba la frontera.

Un desertor llamado Walter Krivitsky facilitó información sobre la red de espionaje soviético en Gran Bretaña. No sabía los nombres, pero sus descripciones coincidían exactamente con los perfiles de Philby y Maclean. Pero la contrainteligencia británica desdeñó sus informes.

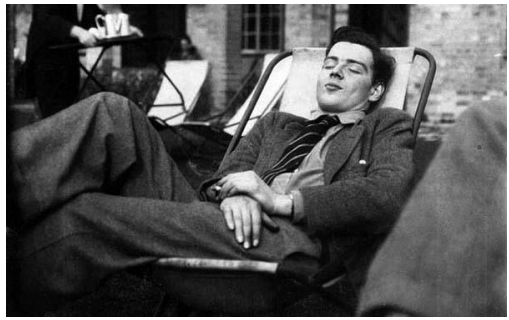
Exteriores designó a Maclean en 1941 como enlace en el proyecto para investigar las armas atómicas, encargado en secreto a la Imperial Chemical Industries (ICI), que contrató a los mejores físicos de Cambridge y Oxford. Desde su privilegiada posición, envío un documento de 60 páginas a Moscú en el que se resumía el estado del proyecto, incluyendo las fuentes de suministro de uranio.

En 1944, Maclean fue promovido al cargo de primer secretario de la embajada británica en Washington, un puesto en el que tenía acceso a todas las comunicaciones entre los dos gobiernos y a su estrategia sobre la guerra. Tres años más tarde, lo nombraron secretario de la comisión conjunta para el desarrollo de la bomba atómica.

Maclean no tenía acceso a la información técnica del proyecto

de Los Álamos, pero conocía todos los pasos que se iban dando, las compras de material radioactivo y el número de artefactos que se estaban construyendo.

Volvió a Londres a principios de la década de los cincuenta y luego fue enviado a un nuevo puesto diplomático en El Cairo. Sus nervios estaban destrozados, se había convertido en un alcohólico, su salud era precaria y la relación con su mujer se había deteriorado. Presionado por los soviéticos que temían su detención, Maclean se fugó a Moscú, adonde meses después se trasladaron su mujer y sus dos hijos. Allí murió en 1983 de un infarto.



Guy Burgess

Sirvió al espionaje soviético desde sus puestos en la BBC y el Foreign Office. Fue un personaje extravagante y aficionado a los excesos, pero nunca levantó sospechas. Desapareció en 1951 junto a su amigo Maclean.

El espía que se esfumó

El 26 de mayo de 1951 los diplomáticos Guy Burgess y Donald Maclean tomaron un barco para cruzar el Canal, se desplazaron en tren hasta París y de allí a Zúrich. Subieron a un avión con destino a Praga, desde donde viajaron a Moscú. Su rastro desapareció durante cinco años. El *Daily Mail* llegó a ofrecer una recompensa de 10 000 libras a quien aportara pruebas de su paradero.

Ambos habían servido al espionaje soviético desde mediados de los años treinta cuando fueron reclutados en Cambridge por Kim Philby, que también desertó posteriormente. Y ambos amigos habían filtrado miles de documentos sobre la estrategia militar y política de Gran Bretaña desde su privilegiada situación en el Foreign Office.

La historia de Guy Burgess ha pasado a ser una leyenda por su extravagancia personal, por su perfil público y por su osadía en la traición a su patria. Nadie pensó hasta los días previos a su fuga que podía estar sirviendo a otro país.

Burgess había nacido en el seno de una familia acomodada de origen hugonote. Estudió en las mejores escuelas, entre ellas Eton. Estudió la carrera universitaria en el Trinity College, donde entró a formar parte del círculo de Keynes y E. M. Forster, dos de los

intelectuales británicos más influyentes.

En el ambiente escéptico y refinado de Cambridge, fue captado por el espionaje soviético, que, por recomendación de Philby, vio en él un enorme potencial, ya que poseía firmes convicciones comunistas y una gran capacidad de sacrificio. Pero Burgess era también un homosexual notorio y un personaje asiduo a las fiestas.

Burgess fue fichado como ayudante de producción en 1936 por la BBC, con la tarea de seleccionar a líderes políticos e intelectuales para un programa de entrevistas radiofónicas. Eso se le permitió acceder a valiosos contactos que le serían muy útiles en el futuro. En esas fechas ya colaboraba con los soviéticos.

El Gobierno de Chamberlain creó la legendaria Sección D en 1938. Su misión era el contraespionaje y el sabotaje. Como Burgess ya había efectuado trabajos esporádicos de inteligencia, fue reclutado para el departamento de enlace con los medios de comunicación. Allí permaneció tres años, hasta que, en 1941, ya en plena guerra, lo destinaron de nuevo a la BBC con el fin de coordinar la propaganda bélica. Ello fortaleció sus contactos políticos y aumentó su prestigio, hasta que en 1944 lo trasladaron al Foreign Office como responsable de las relaciones con los corresponsales extranjeros.

Pronto fue promocionado al cargo de asesor del Ministerio de Asuntos Exteriores, cuyo titular era Anthony Eden. Burgess tenía acceso a información confidencial, lo que le permitió entregar a sus controladores cientos de documentos en el último año de la guerra. A comienzos de 1950, fue destinado a la embajada de Washington.

A causa de sus borracheras, su locuacidad y sus excesos sexuales, empezó a cometer errores y a suscitar algunas dudas. Pero el MI6 creyó hasta el último momento que el traidor era Maclean. Para disipar cualquier sospecha, Exteriores lo citó a un interrogatorio en Londres. Nunca tuvo que dar explicaciones porque el OGPU soviético, que sabía que podía cometer un desliz, lo presionó para que se fugara con su amigo. Pasaron cinco años hasta que ambos reaparecieron en Moscú en rueda de prensa.

Burgess murió en 1963 con tan solo 52 años, prematuramente envejecido. Poco antes, pidió permiso para visitar a su madre enferma, pero el Gobierno le respondió que sería procesado por alta traición si pisaba suelo británico. Nunca volvió a su patria.

Ian Fleming

Trabajó en operaciones encubiertas para la Inteligencia Naval británica durante la Segunda Guerra Mundial. Fue el jefe de una unidad de sabotaje tras las líneas enemigas. Estuvo destinado en España para espiar a los alemanes. Se retiró del servicio y tuvo un gran éxito literario con 007.

Padre de James Bond

El escritor británico Ian Fleming se hizo mundialmente famoso por sus doce novelas protagonizadas por James Bond, el agente 007, llevadas al cine con enorme éxito. Pero es mucho menos conocido que Fleming trabajó para la Inteligencia Naval durante la Segunda Guerra Mundial y jugó un importante papel en el espionaje británico hasta comienzos de los años cincuenta.

Nacido en Londres en 1908, era hijo de un parlamentario muerto en un bombardeo alemán en 1917. Winston Churchill escribió su obituario. Y era nieto de un banquero escocés llamado Robert Fleming, que dejó una considerable fortuna a su familia.

Ian Fleming fue un pésimo alumno, por lo que su madre lo envió a un severo internado en Dorset. Más tarde comenzó a estudiar en el Eton College, donde brilló como el mejor atleta del centro. Harto de los libros, decidió hacer la carrera militar en Sandhurst. Contrajo

la gonorrea y se vio obligado a renunciar. Desesperada por sus fracasos, su madre lo matriculó en una escuela en Austria para que aprendiera idiomas y adquiriera una mayor disciplina.

Gracias a los contactos familiares, logró entrar en la agencia Reuters a los 23 años. Trabajó dos años como periodista y fue enviado a Moscú a cubrir los juicios de Stalin. A su vuelta, empezó a trabajar en la banca con escaso entusiasmo.

Su vida cambió en 1939, cuando el almirante Godfrey, responsable de la Inteligencia Naval, lo fichó con el grado de teniente como analista. Pronto fue ascendido y destinado a responsable de coordinación con otros servicios de información. Luego pasó a la unidad de operaciones encubiertas con el nombre clave de Agente 17F.

Fleming escribió el llamado *Memorando de la trucha*, que era una guía para engañar al enemigo al igual que se lanza un anzuelo en la pesca. Su iniciativa tuvo un enorme éxito entre el alto mando, que le confió misiones especialmente delicadas. Al parecer, fue el autor de la idea de vestir a un cadáver de oficial de la Marina y abandonarlo en una playa con un documento que indujo a creer a los alemanes que los Aliados planeaban invadir Grecia y no Sicilia.

Previamente fue enviado a España en 1941 para llevar a cabo la Operación Goldeneye, dirigida a saber si la Wehrmacht tenían intención de ocupar la península y tomar Gibraltar. Su misión era crear una red de espionaje.

En 1942, Fleming fue nombrado jefe de la llamada Unidad de Asalto 30, compuesta por soldados de elite que realizaban actos de sabotaje tras las líneas enemigas y recababan información. Dos años después, participó en el diseño de la estrategia de los servicios de espionaje tras la invasión de Normandía. Estuvo en Francia y Alemania en labores de coordinación hasta el final de la contienda. En los últimos meses, se ocupó de la localización de las fábricas de armamento de Hitler, fijando los objetivos para los bombardeos aliados.

Al acabar la contienda, fichó como gerente del grupo de periódicos del dueño del *Sunday Times*, se compró una mansión en Jamaica y se dedicó a sus negocios privados. Al enviudar Ann Charteris, casada con el vizconde Rothermere, Fleming le propuso matrimonio tras una larga relación como amantes. Tuvieron un hijo llamado Caspar.

En 1960, aceptó viajar a Kuwait para realizar un informe para un grupo petrolífero sobre la situación en la zona. Estuvo unas semanas en Beirut (Líbano), en las que frecuentó y se emborrachó

con su amigo Kim Philby, que luego desertaría. Philby le pidió que le enviara una caja de trufas blancas a cambio de información.

En esa época ya había dejado de trabajar para los servicios británicos con los que había colaborado hasta 1952. Ese año publicó *Casino Royale*, la primera novela de la serie de Bond, llevada al cine en 1967. El papel de Bond fue interpretado por David Niven. Luego vendría la serie con Sean Connery como 007.

El excéntrico Fleming, impenitente mujeriego, se convirtió en un personaje famoso y millonario, habitual en las fiestas, pero disfrutó poco del éxito porque murió de un infarto en 1964, provocado por su adicción al alcohol y al tabaco. Casi 60 años después, sus libros siguen teniendo lectores.

John Cairncross

Fue doble agente al servicio de la Unión Soviética, a la que entregó documentos sobre el programa de armamento nuclear de EE. UU. Descubierto en 1951, la inteligencia británica ocultó su traición para evitar el escándalo. Era uno de los cinco miembros del Círculo de Cambridge, que encabezaba Kim Philby.

El quinto hombre

¿Qué lleva a un alto funcionario bien remunerado, con una brillante carrera académica y un sólido prestigio profesional a traicionar a su país? No hay una respuesta convincente a esta pregunta, pero esto es lo que hizo John Cairncross, doble agente al servicio de la Unión Soviética en los años cuarenta y miembro del llamado Círculo de Cambridge.

Durante cuatro décadas, se había especulado sobre la identidad de un espía que fue bautizado como «el quinto hombre». Los otros cuatro eran Kim Philpy, el más importante, que huyó a Moscú en 1963; Guy Burgess, Donald Maclean y Anthony Blunt, todos ellos reclutados en Cambridge.

Nadie supo con certeza su nombre hasta que en 1990 Oleg Gordievsky desertó del KGB. Entre los muchos secretos que reveló, Gordievsky confirmó que Cairncross había entregado a la inteligencia soviética miles de documentos durante más de una década. Era «el quinto hombre» sobre el que tanto se había especulado.

Los servicios británicos habían descubierto en 1951 una nota sospechosa manuscrita de Cairncross entre los papeles de Guy

Burgess, que se había fugado a Moscú. Tras un duro interrogatorio, el espía reconoció su culpabilidad, pero no fue juzgado por su traición. Nadie quería un nuevo escándalo que pusiera en duda la eficacia del MI5, la agencia de contraespionaje, por lo que la historia fue ocultada al público.

Cairncross simplemente perdió su condición de alto funcionario a la que había accedido en 1936. Y decidió a emigrar a Estados Unidos, donde fue fichado por la Universidad de Northwestern como lector. No tuvo ningún problema en encontrar ese trabajo porque había estudiado en la Sorbona y en el Trinity de Cambridge, donde conoció a Burgess, había sido número uno en su oposición al Foreign Office y dominaba el francés y el alemán.

Todos los que lo conocieron lo describen como un hombre tímido, callado y eficiente. Pero lo cierto es que Cairncross había sido reclutado en 1937 por los soviéticos, a los que entregó valiosísima información como diplomático, espía y alto funcionario del Gabinete.

Hijo de un ferretero y una maestra, empezó a demostrar su fidelidad al comunismo cuando fue destinado en 1942 a Bletchley Park, el centro donde se descifraban los códigos alemanes de guerra, y en el que se logró desencriptar la máquina Enigma. Desde allí, les pasó a los soviéticos las transcripciones de Tunny, el sistema que interceptaba las comunicaciones de la Marina con Berlín.

Bautizado con el nombre en clave de Liszt por su afición a la música, Cairncross transmitió a Stalin los documentos internos de la inteligencia militar británica sobre la estrategia alemana en la batalla de Kursk, revelando con ello que sus compatriotas tenían acceso a los códigos del Alto Mando de Hitler.

Tras el final de la guerra, Cairncross entró en el MI6, el espionaje británico en el exterior, y luego accedió al Ministerio de Armamento, lo que le permitió entregar a Moscú durante al menos tres años decenas de documentos sobre el Manhattan Project, el programa para construir bombas atómicas de EE. UU.

En los últimos de su vida profesional, Cairncross trabajó de funcionario en la FAO, la organización de desarrollo agrario de la ONU, y se convirtió en un experto en la literatura francesa del siglo XVII. Murió en Inglaterra en 1995 tras haber publicado sus memorias.

Anthony Blunt

Tras dos décadas de espía al servicio de la Unión Soviética, fue descubierto por una delación. El Gobierno de Londres mantuvo oculta su deslealtad durante quince años. Era asesor de la reina, caballero e historiador del arte.

El cuarto hombre

Sir Anthony Blunt era un prestigioso historiador del arte y encargado de la pinacoteca de la reina hasta que en 1979 Margaret Thatcher reveló en el Parlamento que había trabajado durante dos décadas para la Unión Soviética. Era «el cuarto hombre» del Círculo de Cambridge, tras la huida a Moscú de Philby, Burgess y Maclean. Hubo que esperar otra década para conocer la identidad del quinto: John Cairncross, un alto funcionario de Exteriores.

La revelación produjo un escándalo mayúsculo en la sociedad británica, que se preguntaba cómo un caballero de la Orden Victoriana, condecorado por Isabel II, profesor de Cambridge, director del Instituto Courtauld e ilustre miembro del *establishment* podía haber servido al espionaje soviético con absoluta impunidad.

Cinco días después de la revelación, Blunt compareció ante los medios, reconociendo abiertamente que había sido un agente al servicio de Stalin. «Puse mi conciencia por encima de la lealtad a mi país», afirmó con arrogancia y sin pedir perdón por sus actos. El MI5 sabía desde 1964 que Blunt era un espía soviético tras haber sido delatado por un ciudadano estadounidense al que pretendió reclutar. Pero su traición fue ocultada durante quince años.

El asesor de la reina había formado parte del grupo de

Bloomsbury, que se reunía en casa de Virginia Woolf y del que formaban parte Keynes, Bertrand Russell, Wittgenstein, E. M. Forster y la escritora Katherine Mansfield, en el que primaba más su carácter elitista que su rechazo a las tradiciones británicas.

Hijo de un vicario, había estudiado matemáticas en el Trinity College de Cambridge, donde decidió trabajar para el NKVD a mediados de los años treinta, cuando era simpatizante del comunismo. Se unió al Ejército británico para combatir a Hitler y, poco después, fue destinado al MI5.

Blunt tenía acceso a la familia real y era un personaje habitual en Buckingham Palace. Por sus relaciones con la cúpula gubernamental, disponía de información estratégica que no dudó en pasar a los rusos. Delató a decenas de agentes británicos en el exterior, que fueron capturados y muchos de ellos ejecutados.

Su vida privada no era precisamente ejemplar porque era abiertamente homosexual y había sido acusado de pedofilia en un orfanato de Irlanda del Norte. También tuvo mucho que ver en el suicidio de una de sus alumnas, había chantajeado al duque de Windsor por sus simpatías hacia los nazis, había plagiado libros de sus colegas y había autentificado cuadros falsos a cambio de dinero. Incluso había estafado a un amigo al comprarle un cuadro de Poussin por una miseria para luego revenderlo a una galería canadiense.

Finalmente, fue juzgado por un tribunal en 1979, que lo condenó por alta traición, pero no ingresó en la cárcel por su avanzada edad. El magistrado le preguntó: «¿Es usted consciente del daño que ha hecho?». Su lacónica respuesta fue: «Me temo que sí».

Blunt murió en 1983 con más pena que gloria, ya que no podía salir a la calle sin ser tachado de traidor y, lo que es peor, los tabloides británicos habían aireado sus muchas miserias.

George Blake

Traicionó al espionaje británico y delató a los agentes infiltrados en los países del Este. Reveló a los soviéticos la construcción de un túnel en Berlín para interceptar sus comunicaciones. Condenado a 42 años de cárcel, se fugó a Moscú en 1966. Fue condecorado con la Orden de Lenin.

El último testigo

George Blake era un mito en la cultura popular soviética cuando murió el 26 de diciembre de 2020. Tenía 98 años y vivía en una dacha con su mujer a 40 kilómetros de Moscú. Estaba medio ciego, apenas podía andar y ya no tenía dientes. Era el último superviviente de la época dorada del espionaje a la que pertenecieron Kim Philby y Donald Maclean, con los que compartió una época de su vida en la capital soviética.

Blake se fugó de la cárcel de Wormwood en 1966 tras ser condenado a 42 años de reclusión por alta traición. Nunca un tribunal británico había impuesto una pena tan alta por espionaje. Pero la sentencia fue implacable porque se demostró, como él reconoció más tarde, que había delatado y provocado la muerte de medio centenar de agentes en los países del Este que fueron ejecutados por el KGB.

Pero Blake no cumplió la condena porque, cinco años después del fallo, logró evadir la prisión gracias a la ayuda de un militante del IRA y dos anarquistas que dirigían el movimiento antinuclear, a los que conoció en la cárcel. Atravesó el Canal de la Mancha en un maletero, cogió varios trenes y logró llegar a Berlín. Los soviéticos

lo trasladaron a Moscú, donde fue condecorado con la Orden de Lenin.

Había sido reclutado por el MI6 en 1948, que le envió a Berlín en plena Guerra Fría. En realidad, se llamaba George Behar y era hijo de un padre turco de origen judío nacionalizado británico. Había nacido en Estambul, pero su familia emigró a Holanda cuando era niño. Al ser ocupada por los nazis, Blake se alistó en la resistencia y tuvo que huir a Londres tras ser detenido. Durante los últimos años de la contienda, trabajó como traductor en la Royal Navy en el departamento de Operaciones Especiales. Luego fue enviado a Francia y Alemania para interrogar prisioneros.

Cuando estalló la Guerra de Corea, el MI6 lo destinó a Seúl con la tapadera de vicecónsul. Fue detenido por el Ejército de Corea del Norte a finales de 1950 e internado en un campo de prisioneros, donde permaneció tres años. Él mismo explicó que los bombardeos estadounidenses a las aldeas lo convirtieron al comunismo. Pero hay quien afirma que Blake ya era comunista cuando tenía dieciocho años por la influencia de su tío, Henri Curiel, destacado dirigente del Partido en Egipto.

Tras su liberación, Blake se reincorporó al MI6 y fue de nuevo destinado a Alemania en 1955. Su misión era captar agentes dobles, pero sucedió al revés. Se puso en contacto con el KGB y empezó a pasar información sumamente valiosa. Su servicio más importante fue el chivatazo de que los Aliados estaban construyendo un túnel en Berlín para interceptar las comunicaciones soviéticas, una obra de ingeniería de gran envergadura. Blake desveló el secreto de la llamada Operación Oro, pero los soviéticos esperaron meses antes de revelar su existencia para que su informante no fuera descubierto. Ian McEwan escribió una novela en la que narra la construcción del túnel y el papel de Blake.

El MI6 decidió destinarlo a Beirut (Líbano) en 1961. Allí se hallaba Kim Philby trabajando como corresponsal y bebiendo hasta la extenuación. Blake se matriculó en un centro de estudios árabes y, poco más tarde, fue delatado por un desertor polaco de los servicios secretos. Fue conducido a Londres, donde fue juzgado en medio de un gran escándalo. El juez interpretó las leyes penales con un criterio muy estricto para poder castigarlo con una altísima pena.

Tras su rocambolesca fuga, llevó una apacible vida de jubilado en la Unión Soviética, en la que impartía ocasionalmente cursos de formación en la escuela del KGB. Se volvió a casar y decidió escribir sus memorias, cuya publicación fue vetada en Gran Bretaña por el

Gobierno de Su Majestad. Recurrió a los tribunales, que le dieron la razón y condenaron al Ejecutivo a pagarle una indemnización de 5000 libras. Luego su biografía fue llevada al cine. Condecorado por Putin tras la caída de la Unión Soviética, a la que sirvió con devoción, siguió proclamando su fe en el comunismo hasta el último día de su vida. Recibió honores de Estado tras su fallecimiento y descansa hoy en un cementerio de Moscú.

Christine Keeler

Provocó la dimisión de John Profumo, ministro de Defensa británico, del que fue amante. Mantenía al mismo tiempo una relación sentimental con un agregado militar de la embajada soviética en Londres. Acabó en la cárcel y luego se refugió en Benidorm, donde sobrevivía miserablemente.

Con ella llegó el escándalo

Christine Keeler murió en 2017 de una enfermedad pulmonar en Hampshire (Inglaterra). Tenía 75 años y muchos de sus compatriotas no sabían quién era esta mujer que provocó la dimisión de John Profumo, ministro de Defensa, y aceleró el final del Gobierno presidido por el conservador Harold Macmillan, que tuvo que renunciar al cargo meses después de estallar el escándalo que generó numerosas portadas en la prensa británica.

Keeler era una modelo y actriz de *cabaret* que convivía con un oscuro hombre de negocios llamado Stephen Ward. Este había alquilado una mansión rural para pasar el verano cuando John Profumo la vio bañarse desnuda en la piscina de la casa. Fue el comienzo de una relación que duró casi un año y que provocaría la caída del ministro y una crisis política de gran magnitud.

Profumo, que estaba casado, se veía habitualmente con Keeler, que tenía solamente 19 años, casi 30 menos que él. Pero ignoraba que su amante mantenía una relación paralela con Yevgeni Ivanov, agregado naval de la embajada soviética en Londres y vinculado al KGB.

Se desconoce la información que Christine Keeler pudo pasar a Ivanov, que estaba muy interesado en la estrategia militar del Gobierno de Macmillan y también quería saber si la OTAN pensaba retirar sus misiles de medio alcance en Alemania Federal.

El triángulo sentimental formado por Keeler, Profumo e Ivanov fue detectado por el MI5, que informó al primer ministro. Profumo fue amonestado y se le exigió romper de inmediato con su amante.

En marzo de 1963, los medios de comunicación se hicieron eco del *affaire* y Profumo tuvo que comparecer en el Parlamento. Negó cualquier relación impropia, pero muy pocos le creyeron. Tres meses después, presentó su dimisión.

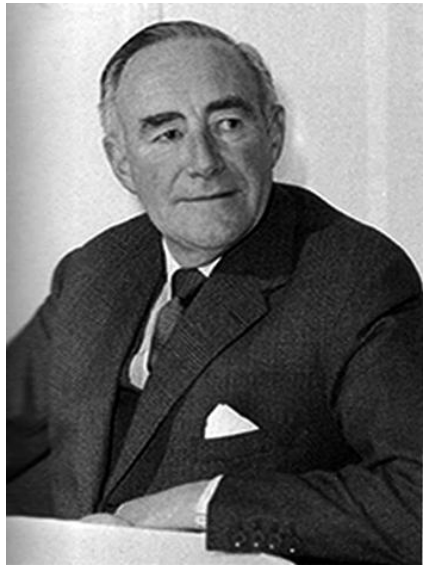
El caso no acabó con la defenestración de Profumo porque luego vinieron varios pleitos en los que se vieron involucrados otros dos amantes de Christine, que sacaron a relucir sus trapos sucios. Tuvo que sentarse en el banquillo y fue condenada a nueve meses de cárcel por perjurio, de los que cumplió seis.

Antes de ello, Christine había posado desnuda, sentada en una silla, para una revista británica que le pagó 21 000 libras, lo que agudizó el descrédito de Profumo, que tuvo que abandonar la política.

En 1964, tras abandonar la cárcel, huyó de Gran Bretaña y se refugió en Altea y en Benidorm, donde vivió en una cabaña de pescadores al no poder pagarse un hotel. Un reportaje de *Blanco y Negro* describía su situación: «Camastros, platos sucios, una baraja en la que había escrito su nombre. Todo ello muy lejos de sus lujosas residencias».

Keeler volvió a su país al año siguiente y se casó dos veces. Ninguno de sus matrimonios duró mucho, pero tuvo dos hijos. Ambos se distanciaron de ella y no quisieron saber nada de su madre hasta poco antes de su muerte. «Mis hijos no deseaban que su nombre pudiera asociarse a una puta», dijo ella.

No se puede entender su biografía sin conocer una infancia desgraciada, en la que tuvo que vivir en un vagón de tren, abandonada por su padre. Su padrastro abusó sexualmente de ella, se marchó a Londres a los quince años para trabajar en una tienda de ropa en el Soho y se quedó embarazada a los diecisiete años. Su vida fue sencillamente un calvario.



Roger Hollis

Trabajó 27 años para la contrainteligencia británica y llegó a ser el director del MI5 durante nueve. Fue acusado de permitir la huida de Kim Philby a Moscú y de ser un topo al servicio del KGB. Fue investigado, pero no se pudo demostrar nada.

La sombra de la traición

Roger Hollis sirvió en el MI5, el servicio de contraespionaje británico, durante 27 años. Fue su número dos y, tras la retirada de Dick White, pasó a ser su director desde 1956 a 1965. Muchos años después de su jubilación y de su muerte, todavía no está claro si Hollis fue un topo del KGB. Hay historiadores, agentes y compañeros que lo acusaron de trabajar para el Kremlin.

Había nacido en 1905 en Somerset en el seno de una familia muy religiosa. Su padre era obispo de Taunton. Tras trabajar como periodista en Hong Kong y luego como ejecutivo de la British American Tobacco, se alistó en el MI5 en 1938. Había estudiado Lenguas Clásicas en Oxford y era un erudito en literatura griega. También era un brillante jugador de ajedrez, uno de los mejores de su país.

Las sospechas sobre Hollis se basan en los numerosos fracasos

del servicio a lo largo de la década de los cincuenta y, sobre todo, en la impunidad con la que actuaron Kim Philby, Burgess, Maclean y Blunt, los miembros del llamado Círculo de Cambridge, reclutados por el NKVD soviético en los años treinta.

A Hollis se le responsabilizó de alertar a Philby para que huyera a Moscú desde Beirut en 1963. También se le acusó de ocultar las revelaciones de Igor Gouzenko sobre la existencia de infiltrados en el programa nuclear estadounidense. Y de no advertir a John Profumo, ministro de Defensa, de que su amante tenía otra relación con el agregado naval soviético.

El testimonio más devastador contra él fue el del agente Peter Wright, que aporta una serie de evidencias en su libro *Spycatcher* sobre la traición de Hollis. El libro, editado en 1987, fue prohibido por Margaret Thatcher. Pero el escándalo fue monumental porque Wright se basaba en el testimonio de compañeros del servicio para incriminarle.

Años después, Christine Keeler, la amante de Profumo, aseguraba en sus memorias que Hollis fue un topo del KGB. El ministro tuvo que dimitir al filtrarse que Keeler había mantenía una relación paralela con un diplomático soviético de la embajada en Londres. En su libro acusaba a Hollis de haber protegido al espía ruso.

El periodista Chapman Pincher había publicado *Too Secret Too Long* en 1984, un trabajo de investigación basado en entrevistas con decenas de agentes del MI5. Pincher concluyó que Hollis era un traidor, pero que operaba al margen del Círculo de Cambridge.

Pero el testimonio más demoledor fue el de Igor Gouzenko, al que Hollis había interrogado en Ottawa (Canadá) en 1945. Gouzenko afirmó que le había facilitado nombres de agentes soviéticos en el programa nuclear de Los Álamos, pero Hollis no informó a sus superiores.

Cuando Hollis abandonó la organización, Furnival Jones, su sucesor al frente del MI5, se vio obligado a abrir una investigación que finalizó sin resultados concluyentes. Jones creía que Hollis era inocente, al igual que el historiador y especialista Christopher Andrew, que buceó en cientos de miles de documentos del servicio sin encontrar la menor prueba de su culpabilidad.

Esta tesis fue ratificada por Oleg Gordievsky, oficial del KGB fugado a Occidente, que contó en la televisión que había escuchado al jefe de la delegación del KGB en Londres que no comprendía por qué el MI5 sospechaba de la lealtad de Hollis.

Han pasado 47 años desde la muerte del jefe del MI5, que no

tuvo la oportunidad de defenderse de estas acusaciones. Lo más probable es que nunca sepamos si fue un traidor porque en estas historias de espionaje la verdad es menos creíble que la leyenda.

Peter Wright

Su libro *Spycatcher* fue prohibido por Thatcher, ya que acusaba al jefe del MI5 de ser un agente soviético. El Gobierno de Londres perdió la batalla legal y el libro vendió dos millones de ejemplares. Concluyó también que el primer ministro Harold Wilson era un traidor tras escudriñar su vida privada.

Cazador de espías

Cuando falleció en Tasmania en 1995, un periódico escribió que, con excepción de Kim Philby, nadie había causado tanto daño a los servicios secretos británico como Peter Wright. Sea o no cierta esta afirmación, Wright se hizo mundialmente famoso en su pugna con el Gobierno de Margaret Thatcher, que decidió vetar en 1987 la publicación de *Spycatcher*, las memorias de este oficial del MI5.

El libro vendió dos millones de ejemplares gracias al empeño de Thatcher de evitar su difusión. Su prohibición en Gran Bretaña solo sirvió para aumentar exponencialmente el número de lectores en el resto del mundo, incluyendo Australia, donde se libró una enconada batalla legal. Los abogados de Wright lograron una victoria aplastante. Cuatro años después, el Tribunal Europeo de Derechos Humanos falló que el Gobierno de Su Majestad había violado la libertad de expresión.

¿Por qué Thatcher corrió tantos riesgos para impedir la difusión de *Spycatcher*? La respuesta es que el libro era una demoledora crítica al espionaje británico, poniendo en evidencia una serie de operaciones encubiertas que vulneraban la ley. Pero la acusación más relevante era la afirmación de que sir Roger Hollis, exdirector general del MI5 desde 1956 a 1965, había sido un topo del

espionaje soviético.

Wright había trabajado al frente de un comité interno para investigar la existencia de un traidor en las altas esferas del MI5. Y llegó a la conclusión de que era Hollis. Los hechos no eran concluyentes, pero sí sospechosos. Wright sostenía que el jefe del contraespionaje había entregado al agente soviético Arthur Londsdale para alejar la atención sobre él. Lo acusaba de tener amistad con una periodista comunista, de haber ocultado la transcripción del interrogatorio al desertor Gouzenko y de haber tenido contactos con Richard Sorge, espía de Stalin en la embajada alemana en Tokio.

El comité estableció por unanimidad que Hollis era culpable, pero Martin Furnival Jones, el nuevo jefe del MI5, cuestionó esas conclusiones y archivó el informe. Una investigación posterior exoneró a Hollis y, años más tarde, Stella Rimington, la primera mujer que dirigió la agencia, afirmó que Wright era «un personaje loco y obsesivo».

Las sospechas de Wright, que había comenzado su carrera en el departamento de escuchas del MI5, se extendieron también al primer ministro Harold Wilson, al que espió, grabó y cuya vida privada escudriñó. Todo ello fue incluido en un informe en el que acusaba a Wilson de trabajar para la Unión Soviética.

Wright había llegado a la cúpula del MI5 tras una larga carrera en la que se había distinguido al desarrollar aparatos de escucha y de interceptación de comunicaciones, ya que había trabajado con su padre en Marconi. También había realizado brillantes operaciones encubiertas, como la colocación de micrófonos en la embajada egipcia durante la crisis de Suez y la localización de las emisiones de los espías soviéticos.

Famoso y multimillonario, Wright pasó sus últimos años en una remota granja de Tasmania. Murió con la satisfacción de haber ganado todas las batallas legales, aunque hoy sus afirmaciones han quedado desacreditadas.

Stella Rimington

Ejerció el cargo de jefa del contraespionaje británico desde 1992 a 1996. Su figura fue interpretada por la actriz Judi Dench en *Skyfall*. Rompió un tabú al permitir que saliera su fotografía en los medios.

M era mujer

Stella Rimington vive hoy discretamente en un apartamento de Londres a sus 84 años. Pocos la reconocen en la calle y menos aún saben que ella inspiró el papel de M, la jefa de los servicios secretos británicos, interpretado por Judi Dench en *Skyfall*, la película en la que es salvada por James Bond de morir a manos de un villano que la cerca en una casa rural.

Nacida en Londres poco antes de la Segunda Guerra Mundial, ingresó por casualidad en el MI5, que llegó a dirigir entre 1992 y 1996. Era la primera mujer que ejercía un cargo reservado a los hombres.

Pero también Rimington marcó un hito al publicar un folleto de 36 páginas en el que explicaba las actividades del servicio y al haberse dejado retratar por los periodistas. Hasta ese momento, los ciudadanos británicos nunca habían visto una foto del responsable de la organización. Fue criticada por algunos medios conservadores,

pero ella defendió su decisión con el argumento de la transparencia.

La jefa del MI5 empezó en el oficio de espía por puro azar, ya que su marido había sido enviado a trabajar como diplomático a la India en 1967. Dada su formación en archivos, le ofrecieron un cargo administrativo en una comisión que servía de tapadera al servicio secreto. Desde ese momento, empezó a colaborar con el MI5, que, cuando ella y su marido volvieron a Londres en 1969, le pidió que se incorporara a su estructura.

A lo largo de dos décadas, Rimington fue adquiriendo mayores responsabilidades, pasando por secciones como el departamento antiterrorista y el de contraespionaje. Su momento llegó en 1992, cuando el Gobierno de John Major la elevó a la dirección tras haber desempeñado el cargo de enlace con el KGB soviético en la etapa final de Gorbachov.

Al retirarse cuatro años después, Rimington optó por dar el salto a la literatura con una serie de novelas de éxito en las que demostró que dominaba el arte de la escritura, lo cual no era sorprendente, porque había estudiado Inglés en la Universidad de Edimburgo, donde conoció a su marido a finales de los años cincuenta. Siempre había sentido un profundo interés por el mundo de las letras.

En su primera obra de ficción, titulada *La invisible*, cuenta la historia de una agente del MI5 que se convierte en una heroína al evitar un ataque de integristas musulmanes contra unas instalaciones estratégicas. En 2001, publicó una autobiografía en la que cuenta su experiencia como jefa del contraespionaje.

Rimington tenía fama de ser una mujer implacable y de hablar muy claro. Haciendo gala de su reputación, no dudó en tachar de «agentes del KGB» a los críticos literarios que cuestionaban los criterios del comité del premio Booker, del que formaba parte. También reaccionó con absoluto desprecio cuando la prensa la acusó de haber destruido archivos que contenía información sobre operaciones encubiertas.

Tras dejar el MI5, trabajó como consejera de Marks and Spencer y en otras compañías británicas. Hoy ha restringido al máximo sus apariciones públicas y pasa parte de su tiempo con sus dos hijas mientras su leyenda se va apagando.

ALEMANES DIVIDIDOS

LA ABWEHR, UN INSTRUMENTO DE HITLER

La fecha de fundación de la Abwehr, el servicio de inteligencia militar alemán, puede datarse en 1921. La derrota en la Primera Guerra Mundial había supuesto el final de la monarquía y el desmantelamiento del Ejército. Las autoridades de la naciente República de Weimar empezaron a reconstruir las Fuerzas Armadas bajo las obligaciones del Pacto de Versalles, que imponía serias limitaciones al gasto militar.

El Gobierno nombró al comandante Friedrich Gempp como responsable de la nueva agencia. Gempp ya había trabajado como adjunto al jefe del espionaje militar durante la contienda de 1914. Los medios de la organización eran sumamente modestos, ya que inicialmente trabajaban en ella tres oficiales y una decena de funcionarios. Su misión principal era el contraespionaje.

La Marina mantuvo también otro departamento dedicado a la información y la contrainteligencia, que acabó por fusionarse con la Abwehr. Entre ambas instancias, no llegaban al centenar de agentes a finales de los años veinte, cuando Alemania atravesaba una profunda crisis política y social, con una fuerte inestabilidad de los gobiernos.

Tras su llegada al poder en 1933, fueron los nazis quienes se dieron cuenta de la importancia estratégica de la Abwehr. Pensaban que una futura confrontación con Francia e Inglaterra requería una apuesta por unos servicios secretos con medios humanos y materiales a la altura del reto.

En junio de 1932, un capitán llamado Konrad Patzig fue puesto al frente del servicio. Los nazis no se fiaban de él porque no era uno de los suyos. Por otro lado, Himmler, el jefe de las SS, quería hacerse con el control de la Abwehr, algo que no era posible porque las relaciones del Ejército con la guardia pretoriana de Hitler eran malas.

En enero de 1935, Hitler tomó una decisión de compromiso. Relevó a un Patzig abiertamente enfrentado con la cúpula nazi y colocó a Wilhelm Canaris, un oficial con una brillante carrera en la Marina. Era un hombre conservador, de ideología anticomunista, y había ejercido el mando de la flota en el mar del Norte. Su relación con Himmler era amistosa y, además, había sido jefe de Reinhard Heydrich, su segundo en las SS.

Canaris no profesaba ideas antisemitas, por lo que su primera decisión fue mantener en el servicio a personas de origen judío. Al mismo tiempo, se esforzaba por ser complaciente con Himmler y los mandos del Ejército. Gracias a ello, los efectivos del servicio se multiplicaron en el periodo comprendido entre 1935 y 1939, fecha en la que Alemania invadió Polonia.

Canaris fue ascendido a contralmirante y no hay duda de que desempeñó su trabajo en la Abwehr con eficiencia. Pero, a medida que avanzaba la guerra, se fue distanciando de las políticas de Hitler y, sobre todo, de la estrategia de la ofensiva en dos frentes. Pensaba que la invasión de Rusia era una locura y desaprobaba los criminales métodos nazis.

Hitler nunca confió en Canaris, al que no informó de sus planes de colaboración con Stalin y de su intención de firmar el pacto entre Mólotov y Ribbentrop. De hecho, las SS entraron posteriormente en los archivos de la Abwehr y destruyeron todos los papeles relativos a esa cooperación.

Canaris era un testigo molesto para Hitler, ya que sabía que Heydrich había facilitado documentos y pruebas falsas que indicaban que el mariscal Tujachevski y otros siete generales soviéticos estaban preparando una conspiración para derrocar a Stalin. El montaje fue filtrado por las SS a los servicios checos, que alertaron al Kremlin. Todo era una pura fantasía, pero el caudillo soviético aprovechó la ocasión para purgar a la cúpula del Ejército Rojo.

En su pugna por neutralizar a la Abwehr y quitar credibilidad a los mandos de la Wehrmacht, Himmler y Heydrich utilizaron los medios más sucios. Werner von Blomberg, ministro de la Guerra, tuvo que dimitir al ser acusado de casarse con una prostituta. A Werner von Fritsch, jefe del Estado Mayor, lo chantajearon con la falsa declaración de un testigo que afirmaba que había tenido relaciones homosexuales con él. Meses después, se demostró que todo era un montaje, pero Fritsch había tenido que renunciar al cargo tras una campaña de infamias.

Canaris había reorganizado la Abwehr en 1938, creando una

rama de espionaje en el extranjero con las técnicas modernas de cifrado y escucha. También puso en marcha una oficina de desinformación, una unidad de operaciones encubiertas y un centro de contraespionaje. Al frente de todas estas áreas colocó a altos mandos militares. Y puenteó a las SS al informar directamente a la OKW, la oficina de guerra. La única concesión fue el nombramiento de Rudolf Bamler, un fanático nazi al que encomendó tareas burocráticas, sin acceso a la información.

La Abwehr cumplió con las expectativas de Hitler en los primeros años del conflicto. Su mayor éxito fue la infiltración en la red de la resistencia holandesa. Controlaban sus emisiones y así lograron engañar a la inteligencia británica desde 1941 a 1943. Muchos agentes británicos fueron capturados por la Gestapo.

La Abwehr también logró éxitos al detener y ejecutar a decenas de «pianistas» que transmitían información al Gobierno soviético desde Alemania y otros países europeos. Orquesta Roja, la red dirigida por Leopold Trepper, aportó información estratégica sobre la batalla de Stalingrado y también advirtió de la invasión de Rusia, pero a finales de 1941 la Abwehr desmanteló 74 emisoras clandestinas y ejecutó a más de un centenar de colaboradores de Trepper. Sin embargo, su sucursal en Berlín siguió operando un año más.

La Abwehr estuvo muy presente en España a partir de 1939, ya que los nazis obtenían minerales, alimentos y materias primas del que era un país neutral. Tenía decenas de agentes en Madrid, cuya misión era informarse de los planes aliados y espiar a la embajada británica.

Himmler no descansó en su labor de desacreditar a Canaris por todos los medios. Cuestionaba sus informes, ridiculizaba a sus agentes y acusaba al almirante de deslealtad. Y lo cierto es que no iba descaminado, porque los oficiales de la Abwehr jugaban a dos bandas: simulaban fidelidad al nacionalsocialismo y mantenía contactos con los conjurados que intentaban derrocar a Hitler. El *Führer* llegó a agarrar de las solapas a Canaris poco antes de su destitución tras leer un informe que ponía en duda la victoria alemana.

Otro factor que jugó en contra de Canaris fue su fracaso a la hora de infiltrarse en Gran Bretaña y de llevar a cabo actos de sabotaje contra las fábricas y las vías de comunicación, algo que nunca consiguió. Por el contrario, la inteligencia británica utilizó como agente a Eddie Chapman, un delincuente de baja estofa condecorado con la Cruz de Hierro que se convirtió en la estrella de

la Abwehr. Toda la información valiosa suministrada por Chapman, como los impactos de las bombas volantes, era falsa.

Pero el mayor fiasco de la Abwehr y de la inteligencia militar fue el engaño del espía español Juan Pujol, alias Garbo, que, además de crear una imaginaria red de espionaje que no existía, convenció al alto mando alemán de que la invasión aliada se produciría por Calais y no por Normandía. La artimaña funcionó e incluso después del desembarco en las playas Hitler seguía creyendo en los mensajes de Garbo, que insistió en que el ataque aliado era una maniobra de distracción.

La Abwehr fue disuelta en febrero de 1944 y Canaris destituido del cargo. Hitler decidió confiar sus funciones a las SS, cuyo departamento de inteligencia absorbió su estructura. La gota que desencadenó la decisión de Hitler fue la llamada «fiesta del té», organizada por la viuda de Wilhelm Solf, un exministro del Káiser. Esta mujer organizaba veladas con la asistencia de intelectuales, funcionarios y empresarios antinazis. Himmler infiltró en el círculo a un agente de la Gestapo de nacionalidad suiza, que informaba de las actividades del grupo. Varios de los asistentes tenían vínculos con la Abwehr, que fue culpada de instigar una conspiración contra Hitler. Las SS ejecutaron a Otto Kiep, un alto diplomático, y a otros asistentes a la casa de la viuda.

Himmler no aflojó la presión y ordenó una investigación exhaustiva sobre Canaris y todos sus ayudantes. La ocasión llegó en julio de 1944, cuando Claus von Stauffenberg, coronel del Estado Mayor, depositó una bomba en la sala donde se hallaba Hitler. Este salvó milagrosamente la vida. Stauffenberg, el general Fromm y otros altos mandos fueron detenidos, juzgados y ejecutados de una manera salvaje, ya que el *Führer* ordenó que fueran colgados de ganchos de carnicería.

Canaris fue inmediatamente relevado por Walter Schellenberg, mano derecha de Himmler, y fue conducido al campo de Flossenbürg. Allí fue maltratado y vejado por las SS. Fue juzgado por un tribunal militar y condenado a muerte, junto al general Hans Oster y el pastor protestante Dierich Bonhoeffer. Cuando los soldados soviéticos se disponían a cruzar el río Oder y marchar sobre Berlín, Canaris fue ahorcado y su cuerpo, incinerado. Faltaban pocos días para acabar la guerra y Hitler no podía tolerar que sobreviviera.

Tras la derrota del nacionalsocialismo, Alemania quedó dividida en zonas de ocupación. Los estadounidenses querían obtener información del funcionamiento y los archivos de los servicios

secretos del Reich y reclutaron a Reinhard Gehlen. Este era un experto en la organización del Ejército Rojo y conocía sus mandos y sus métodos. No dudó en colaborar incondicionalmente con el OSS, el servicio de inteligencia militar estadounidense. Y, bajo la iniciativa de los americanos, contactó con agentes de la Abwehr y de las SS para crear una estructura en Alemania que luego se convertiría en un apéndice de la CIA.

Los hombres de Gehlen operaron en la sombra, bajo el paraguas de la Agencia Central de Inteligencia, hasta 1956, fecha en la que el canciller Adenauer aprobó la creación del BND, las siglas de la nueva organización de espionaje. Gehlen fue puesto al mando, lo que en la práctica suponía que la organización era una filial de la CIA. La Guerra Fría estaba en su punto más álgido y Estados Unidos necesitaba de un brazo operativo en Alemania.

Una de las tareas principales del BND fue la creación de una red de espionaje al otro lado del Telón de Acero, una misión en la que fracasó. Ni siquiera fue capaz de advertir de que la Unión Soviética planeaba construir un muro en Berlín. Pero los alemanes sí se anotaron un éxito que revalorizó su papel de cara a la CIA: el BND supo con días de antelación que el Ejército Rojo iba a invadir Checoslovaquia en 1968 para sofocar la Primavera de Praga. El embajador americano en Moscú no se creyó el aviso y calificó la información de «patraña».

Ese mismo año, el Gobierno de Bonn decidió destituir a Gehlen, que dirigía de forma despótica el servicio y había contratado a una docena de familiares y amigos. El BND había sido incapaz de detectar la infiltración de agentes de la Alemania Democrática comunista, que había colocado espías en los altos estamentos de la Alemania Federal.

El HVA, nombre de la agencia de espionaje del otro lado del Muro de Berlín, estaba dirigido por Marcus Wolf, un hombre adiestrado en Moscú por el KGB que informaba directamente a las autoridades soviéticas. Wolf utilizó a hombres y mujeres, llamados coloquialmente «romeos», que utilizaban sus encantos sexuales para sacar información.

El mayor éxito de Wolf, que suscitó una enorme crisis en el BND, fue el escándalo que provocó la dimisión de Willy Brandt cuando se demostró que Günter Guillaume, jefe de gabinete y confidente del primer ministro, era un espía que trabajaba para la Alemania Comunista. Guillaume tenía acceso a toda la información clasificada que recibía Brandt, que lo consideraba más un amigo que un subordinado. El fallo garrafal de seguridad provocó la

destitución de Gehlen.

En su lugar fue nombrado el general Gerard Wessel, que impulsó una reorganización total de los servicios de espionaje. Tras una investigación exhaustiva en el seno de la Administración federal para localizar a los topos de Wolf, Wessel focalizó la actividad del BND en la lucha contra el terrorismo y en la desarticulación de la organización llamada Fracción del Ejército Rojo, más conocida como la banda Baader-Meinhof, el nombre de sus dos principales dirigentes.

El papel del BND fue muy cuestionado en Alemania en los años setenta, ya que recurrió a métodos ilegales para combatir la oleada de secuestros y asesinatos de la banda, que contaba con financiación y apoyo de Al Fatah, la organización terrorista palestina fundada por Yasser Arafat.

El BND logró detener a los principales líderes del Ejército Rojo, que fueron juzgados y condenados a largas penas de prisión en 1975. Un año después, Ulrike Meinhof fue encontrada muerta en su celda, colgada de una toalla. El veredicto fue suicidio, lo que todavía sigue siendo cuestionado.

Ello no acabó con la banda porque, a finales de los años setenta y comienzos de los ochenta, prosiguieron los secuestros y asesinatos contra empresarios como Hans Martin Schleyer, un exnazi que presidía la patronal alemana. El Ejército Rojo exigió un fuerte rescate por Schleyer y finalmente lo asesinó al no ceder el Gobierno a sus pretensiones.

Las organizaciones terroristas de extrema izquierda fueron desmanteladas en los años ochenta, mientras que el Muro caía el 9 de noviembre de 1989 como consecuencia de la descomposición de los regímenes comunistas. Erich Honecker tuvo que abandonar el país y la Stasi, la policía política con cientos de miles de colaboradores, fue disuelta, al igual que su servicio exterior de espionaje. Sus archivos fueron abiertos y parte de su cúpula tuvo que responder ante la Justicia. Markus Wolff fue condenado y encarcelado, al igual que Erich Mielke, el jefe de la Stasi. Las dos Alemanias se reunificaron en un proceso doloroso y traumático para muchos ciudadanos del Este.

El BND se libró de su peor enemigo, el comunismo, que quedó sepultado por la historia. Pero fue la crisis interna, acelerada por la llegada al poder de Mijail Gorbachov, lo que provocó su derrumbe. Las fuerzas soviéticas desplazadas a Berlín Oriental recibieron la orden de no intervenir cuando los ciudadanos salieron a la calle. Todo sucedió en muy poco tiempo. Sencillamente, el régimen de la

Alemania comunista implosionó.

Walter Schellenberg

Era el hombre de confianza de Himmler y conocía todos los secretos de las SS. Medió al final de la guerra a espaldas de Hitler para llegar a un acuerdo con los Aliados. Fue condenado a tan solo siete años de cárcel, alegando que carecía de mando.

El nazi de las mil caras

Tuvo conocimiento de los más turbios secretos del nazismo como general de las SS y jefe del contraespionaje alemán, pero salió bien librado de su juicio en Núremberg con una condena de tan solo siete años de cárcel. Walter Schellenberg argumentó que él había sido responsable de los servicios de información sin responsabilidad alguna en los planes de Hitler. El tribunal creyó su versión, tal vez porque había aceptado actuar como testigo de cargo contra la cúpula del nacionalsocialismo.

Cuando asesinaron a Reinhard Heydrich en Praga en 1942, Schellenberg estuvo a punto de ser ascendido a las máximas responsabilidades en las SS, pero Hitler frenó su promoción. Prefirió a Ernst Kaltenbrunner, que pasó a ostentar el mando de las

fuerzas armadas del cuerpo.

Hitler no se fiaba de Schellenberg porque lo creía, con razón, demasiado astuto y refinado. Era un seductor que mantuvo relaciones con la modista Coco Chanel en París, a la que luego intentó utilizar como contacto con Churchill y los Aliados.

En las últimas semanas de la guerra, cuando los rusos habían cruzado el río Oder y la derrota era inevitable, su jefe Himmler le encargó que explorara un acuerdo de paz a través del conde sueco Folke Bernadotte, presidente de la Cruz Roja. Himmler actuaba a espaldas de Hitler, que lo declaró traidor cuando se enteró de los contactos que había llevado a cabo Schellenberg. La tentativa fracasó sin ser tomada en serio.

Schellenberg, proscrito por el *Führer*, huyó a Dinamarca en medio del caos y allí se entregó a los británicos, con los que aceptó colaborar de inmediato. Tenía mucho que contar porque desde 1940 había participado en numerosas operaciones encubiertas como jefe del SD, el servicio secreto de las SS, y hombre de confianza de Himmler.

Durante el juicio, reconoció que había asistido a las reuniones estratégicas de coordinación entre la cúpula nazi y las SS, incluyendo planes para confinar a los judíos en campos de exterminio y para ejecutar a quienes quedaban por detrás de las líneas del Ejército en Rusia. Pero se defendió alegando que él carecía de funciones ejecutivas y asegurando que siempre proporcionó un trato humanitario a los presos.

Uno de sus mayores éxitos operativos fue el engaño urdido en Holanda para capturar a dos agentes del servicio secreto británico, a los que hizo creer que se quería pasar a sus filas. Ello le permitió obtener información sobre la resistencia en ese país.

Schellenberg había estudiado Derecho en Bonn y se había afiliado en mayo de 1933 a las SS y al Partido Nazi. Empezó a trabajar en la sección de formación, pero pronto lo destinaron al cuartel general de la SD en Berlín, donde elaboró informes sobre las actividades de la oposición. Tras un breve paso por la Gestapo, fue promovido a coronel y luego a general de las SS.

Desde su posición, contribuyó a encontrar pruebas contra el almirante Wilhelm Canaris, jefe de inteligencia de la Wehrmacht, acusado de alta traición y ahorcado en la cárcel en abril de 1945. El departamento de Canaris fue absorbido por las SS con Schellenberg al frente.

Tras pasar unos años en prisión, obtuvo su libertad pero murió de un cáncer fulminante en Turín en 1952. Tenía 42 años, había

sobrevivido a la guerra, pero no pudo con la enfermedad.

Wilhelm Canaris

Héroe de la Marina, fue nombrado por Hitler jefe del contraespionaje militar. Hablaba español y negoció con Franco la entrada en la guerra. Cayó en desgracia tras denunciar los crímenes nazis en Rusia. Fue condenado a muerte por su participación en el golpe de Stauffenberg.

El almirante enigmático

Wilhelm Canaris, almirante, héroe de guerra y jefe de la Abwehr, es uno de los personajes más enigmáticos del régimen de Hitler, que ordenó su ejecución tras su implicación en el fallido atentado del conde Von Stauffenberg. Su historia está llena de claroscuros.

Nacido en Westfalia en 1887, era hijo de un industrial con ascendencia griega. Canaris gustaba de recordar que su familia estaba vinculada a Konstantinos Kanaris, mito de la guerra de independencia.

A los diecisiete años, se enroló en la Marina Imperial, donde hizo una brillante carrera que culminó con su nombramiento como almirante. Tenía fama entre sus compañeros de ser un militar valiente, con extraordinarias dotes de observación.

Cuando estalló la Primera Guerra Mundial, servía como teniente

en el crucero Dresden, que combatió con la Armada británica en las costas de Chile. El navío se vio acorralado cuando huía, por lo que su tripulación optó por hundirlo. Canaris fue hecho prisionero, pero huyó con una falsa identidad.

Tras su vuelta a Alemania, fue destinado a la embajada en Madrid porque hablaba perfectamente el castellano. Los últimos meses del conflicto los pasó como comandante de un submarino en el Mediterráneo. En poco tiempo se convirtió en una leyenda tras ser condecorado con la Cruz de Hierro por hundir dieciocho buques enemigos.

De ideología conservadora y monárquica, al acabar la contienda fue uno de los promotores del llamado Freikorps, una fuerza paramilitar para combatir a la izquierda. Baldur von Schirach, dirigente nazi condenado en Núremberg, aseguró que Karl Raeder, el jefe de la Marina, le había contado que Canaris participó directamente en el asesinato de los líderes comunistas Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht.

Durante la República de Weimar, volvió a la Armada como jefe de acorazado. Fue subiendo peldaños hasta ser nombrado comandante de la flota alemana en el mar del Norte. Al llegar Hitler al poder en 1933, fue de nuevo promocionado hasta ser designado como responsable de la Abwehr.

A pesar de su extremado conservadurismo, Canaris no era nazi, protegió a sus colaboradores judíos y se enfrentó a Himmler y Heydrich, a los que consideraba unos fanáticos. Desde el primer momento, las SS espiaron a Canaris e hicieron todo lo posible para ponerlo bajo sospecha. A pesar de ello, el *Führer* lo envió a entrevistarse con Franco en 1940 para convencerlo de que se sumara al esfuerzo bélico alemán. No lo logró, pero ambos se entendieron perfectamente. Franco no lo olvidó y ayudó a la viuda del almirante tras su muerte.

La caída en desgracia de Canaris se fraguó cuando protestó ante Keitel, responsable del Estado Mayor, por los crímenes de la Wehrmacht durante la invasión a la Unión Soviética. Hitler perdió su confianza en él tras una violenta discusión en la que le dijo que no podía ganar la guerra.

Fue destituido tras la detención del Círculo de Solf, un grupo de empresarios e intelectuales antinazis a los que estaba vinculado. Poco después, en 1944, fue arrestado por su colaboración con los organizadores del atentado contra Hitler, organizado por Von Stauffenberg. Condenado a muerte, fue ejecutado unas semanas antes del final de la guerra en Flossenbürg. Su cuerpo fue

incinerado.

Reinhard Spitzy

Se refugió en un monasterio burgalés durante dos años para escapar del régimen nacionalsocialista y de los Aliados. Había sido espía de las SS y de la inteligencia militar hasta que fue acusado de complicidad en el atentado contra Hitler. Huyó desde Bilbao a Argentina en 1948, donde vivió hasta que pudo volver a Austria.

Un nazi en san Pedro Cardeña

Acusado de traición por los nazis y reclamado por los Aliados como oficial de las SS, Reinhard Spitzy se refugió durante casi dos años en el monasterio cisterciense de San Pedro de Cardeña, a pocos kilómetros de Burgos, bajo la identidad de Ricardo de Irlanda. Tras estar escondido en una torre de la abadía durante meses, se inició en la vida monacal y aprendió el oficio de panadero.

Spitzy, nacido en Graz (Austria) en 1912, había cursado estudios en la Academia Militar de Viena. Ingresó en el Partido Nazi con veinte años y, tras ser reclutado por las SS, fue enviado como secretario de Joachim von Ribbentrop a la embajada de Londres. Participó en la anexión de Austria, su país natal, operación en la que se ganó el favor de Rudolf Hess.

Gracias a los idiomas que dominaba, su don de gentes y su adhesión incondicional a las SS, Spitzy se convirtió en hombre de

confianza de Walter Schellenberg, jefe de la Oficina de Seguridad del Reich. Schellenberg le encargó que explorara en secreto la posibilidad de un acuerdo de paz con los Aliados en Suiza a finales de 1943. Pero los contactos, realizados a espaldas de Hitler, fracasaron.

Las SS lo habían enviado a Madrid en 1942 como espía y ejecutivo de la Skoda, una empresa incautada por los nazis que vendía armas al régimen de Franco. Spitzy, que conducía un descapotable, se hizo popular en las fiestas de la alta sociedad madrileña. No solo trabajaba para la organización de Himmler, sino que reportaba además a Wilhelm Canaris, el jefe de inteligencia del Ejército alemán.

En julio de 1944, Spitzy desapareció de la capital, ya que su nombre figuraba en la lista de cómplices del fallido atentado de Stauffenberg contra Hitler. El príncipe Hohenlohe, socio y amigo, lo ocultó en un palacete de su propiedad en Santillana del Mar, donde montó un negocio de restauración de muebles.

Hohenlohe lo avisó en 1946 de que los Aliados estaban tras su pista y fue entonces cuando decidió ingresar en San Pedro de Cardeña gracias a los buenos oficios del párroco de Santillana, con el que mantenía una excelente relación. El abad lo cobijó y le dio una nueva identidad.

Despreciado por los nazis, que lo consideraban un traidor, y buscado por los británicos y estadounidenses, Spitzy decidió emigrar a Argentina, donde Perón ofrecía una generosa protección a quienes habían perdido la guerra. Como carecía de fondos, logró una suma considerable por vender los planos de un cañón alemán, fabricado por Skoda, al general Yagüe.

En el verano de 1948, tomó un barco en Bilbao con documentos españoles de identidad hacia Buenos Aires, donde tenía amigos. Allí vivió hasta que en 1958 decidió volver a Austria, donde nadie lo molestó, ya que no había cometido crímenes de guerra. Murió con 98 años en una localidad alpina cerca de Salzburgo en 2010, rodeado de su familia, tras hacer una poco convincente autocrítica de su fascinación por el nazismo y la pureza racial.

Juan Gómez de Lecube

Destacó por su regate y su velocidad en el Atlético de Madrid a finales de los años veinte. Fue reclutado por la Abwehr y enviado al Canal de Panamá para informar de los movimientos de tropas. Fue detenido e internado en un campo de prisioneros en Londres. Volvió a España y se ganó la vida como entrenador.

Extremo, nazi y espía

Juan Gómez de Lecube, nacido en Ribadeo en 1902, llegó a destacar como extremo en el Atlético de Madrid de finales de los años veinte, donde se hizo famoso por su rapidez y su habilidad en el regate. Al acabar la Segunda Guerra Mundial, entrenó a diversos clubes catalanes como el Lleida, el Condal y el San Andrés.

Pero Gómez de Lecube, que se alistó en el bando nacional durante la Guerra Civil, simpatizaba con el nacionalsocialismo y admiraba a Hitler. Por ello, aceptó ser reclutado en Madrid por la Abwehr, en 1941.

Pronto se ganó la confianza de sus jefes, que decidieron enviarlo a Panamá en junio de 1942 en un barco que salía de Barcelona hacia Venezuela. Desde allí, debía viajar al Canal para informar de los movimientos de tropas y buques de los Aliados entre el Atlántico y el Pacífico.

Pero jamás llegó a su destino porque fue detenido por agentes británicos en una escala de su barco en la isla de Trinidad en el Caribe. Según se ha sabido mucho después, la inteligencia británica había decodificado centenares de mensajes cifrados entre Gómez de Lecube y la Abwehr. Por aquel entonces, el Gobierno de Churchill disponía de unas instalaciones en Bletchley Park en las que, gracias a la máquina Enigma, controlaban las comunicaciones del Ejército alemán.

Las pruebas eran abrumadoras e incontestables, por lo que Gómez de Lecube fue trasladado al campo de prisioneros 020, situado al sur de Londres. Allí fue interrogado exhaustivamente tras ser encerrado en una celda de castigo y sometido a torturas psicológicas. Pero jamás confesó.

No solamente continuó proclamando su inocencia, sino que escribió cartas al rey Jorge VI, al Gobierno británico y al embajador español en las que aseguraba que estaba incomunicado, privado de derechos y sin poder recibir los paquetes de su familia. «Estoy siento tratado de manera cruel, inhumana y salvaje y sufro vejaciones e insultos», denunció.

Al acabar el conflicto en 1945, el Gobierno de Franco consiguió su traslado a España junto a otros prisioneros. Y comenzó una nueva vida como entrenador.

Gómez de Lecube había jugado en el Torrelavega y el Celta antes de recalar en el Atlético de Madrid, donde adquirió fama de jugador genial pero de trato difícil. En 1932, fichó a prueba por el Barcelona, que, al cabo de unos meses, le dio la carta de libertad.

Era un estudioso de las nuevas tácticas del fútbol e inculcaba como entrenador a sus jugadores el pase al primer toque, el intercambio de posiciones y una concepción similar a la que luego llevaría a cabo Cruyff.

Algunos de sus discípulos recordaban que fue uno de los primeros profesionales del fútbol en entender la importancia de la táctica y en trabajar exhaustivamente los movimientos de los jugadores en los entrenamientos.

No hablaba jamás de su etapa como agente de la Abwehr, pero quienes lo conocían eran conscientes de su simpatía hacia las ideas totalitarias del régimen nacionalsocialista, al que sirvió por convicción más que por interés económico. Murió en Barcelona en 1966.

Richard Sorge

Era corresponsal en Japón y pasaba por ser un ferviente nazi. Informó a Stalin de la fecha de la invasión de la Unión Soviética, pero su advertencia fue ignorada. Fue detenido y ahorcado en 1944 en Tokio tras ser delatado por un pintor.

Fuera de toda sospecha

La información es poder. Y puede ayudar a ganar una guerra. Richard Sorge, espía al servicio de Stalin, pasó valiosos secretos a la Unión Soviética desde 1933 a 1944, fecha en la que fue detenido, juzgado y ahorcado en Tokio.

Durante esa década, Sorge trabajó como corresponsal del *Frankfurter Zeitung* en Japón, un puesto en el que construyó una red de relaciones diplomáticas y políticas que lo introdujo en los círculos de poder. Sorge era, además, amigo íntimo de Eugen Ott, agregado militar y luego embajador alemán a partir de 1938.

Richard Sorge ha pasado a la historia porque avisó al servicio secreto de Stalin con una semana de antelación de que la fecha elegida para la invasión de Rusia era el 20 de junio de 1941.

Disponía de esa información por una confidencia del teniente coronel Von Schol, agregado en la embajada, que lo creía un ferviente nazi.

Al enterarse del mensaje de Sorge, Stalin montó en colera, poniendo en duda su fidelidad a la causa y subrayando que era una patraña fabulada para indisponerle con su todavía aliado alemán.

Sorge no supo que se había jugado la vida en vano para advertir a los soviéticos de los planes de Hitler y siguió trabajando con una fe imperturbable en el comunismo. Había entrado en el partido en Alemania en 1918, cuando convalecía de sus heridas causadas en el frente oriental tras ser condecorado con la Cruz de Hierro.

Stalin estaba muy interesado en saber si Japón iba a declarar la guerra a la Unión Soviética en 1942. Sorge fue claro y directo al informar de que no había ningún plan en ese sentido. Ello permitió al inquilino del Kremlin trasladar a cientos de miles de soldados de la frontera con Manchuria al escenario europeo.

Sorge fue detenido en 1944 por pura casualidad, ya que era, a los ojos del Gobierno japonés, un periodista comprometido con el nacionalsocialismo y una persona fuera de toda sospecha. Fue delatado por un pintor llamado Miyagy, que también trabajaba para los soviéticos.

A pesar de todo, los japoneses propusieron intercambiarle por otro de sus espías, pero Stalin se negó con el argumento de que Sorge nunca había servido a su causa. Al final de la guerra, fue rehabilitado y se le concedió el título de héroe de la Unión Soviética. Pero ya era demasiado tarde.

Sorge había nacido en Bakú en 1895 y era hijo de un ingeniero germano que trabajaba en los pozos de petróleo. Había estudiado en Alemania y, preso de un exaltado nacionalismo, se había alistado voluntario para luchar en la guerra de 1914.

En los años veinte, fue reclutado por el Komintern y enviado a Moscú para recibir formación. Luego le encomendaron diversas misiones en los países escandinavos y en el Reino Unido hasta que en 1929 entró a formar parte de la sección de inteligencia del Ejército Rojo.

Tras volver a su país en los años treinta y hacer una carrera en el periodismo, logró ser nombrado corresponsal en Japón. Ni siquiera cuando fue detenido y acusado de alta traición sus amigos creyeron los cargos, lo que demuestra lo bien que hizo su trabajo.

Rudolf Roessler

Antinazi ferviente, se exilió a Suiza en 1933. Desde allí comenzó a espiar para los Aliados y los soviéticos, aprovechando sus contactos en la Wehrmacht. Facilitó información detallada sobre la ofensiva de Kursk. Acabó en la cárcel por cooperar con los servicios secretos checoslovacos.

En el corazón de la serpiente

Rudolf Roessler murió en Suiza en 1958 y se llevó consigo los secretos de los generales y altos mandos de la Wehrmacht que conspiraron activamente contra Hitler desde su llegada al poder y, muy especialmente, durante los años de guerra.

Hastiado por el racismo y la intolerancia del nacionalsocialismo, Roessler se exilió de Alemania a finales de 1933. Se estableció en Lucerna (Suiza), a orillas del lago de los Cuatro Cantones, donde compró una villa y fundó una editorial llamada Vita Nova. Fue cuando estalló la Segunda Guerra Mundial cuando decidió aprovechar sus contactos en el Ejército para ayudar a los Aliados a través de la red de espionaje Lucy.

Roessler, hijo de un funcionario forestal de Baviera, había luchado en las filas del Ejército en el conflicto de 1914. Al acabar la contienda, se dedicó al periodismo. Trabajó en el *Augsburg Post* y en otras publicaciones. Era amigo del poeta Stefan George y conoció a Thomas Mann. En los años veinte, frecuentó un círculo de militares e intelectuales liberales que se opondrían más tarde a la deriva nazi en nombre del humanismo cristiano.

No hay datos fiables de cómo Roessler empezó a transmitir

información al espionaje soviético y también a los Aliados. Parece ser que ya colaboraba con los servicios secretos suizos como analista. El hecho es que en 1939 sus viejos amigos de la Wehrmacht se pusieron en contacto con él y le facilitaron un equipo de radio. Su intención era que el mundo conociera los planes criminales de expansión de Hitler, que entonces había firmado el pacto de no agresión con la Unión Soviética.

Las fuentes de las que se nutría Roessler eran el general Thiele, el coronel Von Gersdorff, uno de los jefes de la Abwehr, y civiles como Carl Goerdeler, exalcalde de Leipzig. También tenía vínculos con algunos de los oficiales que se sumaron al intento dirigido por Von Stauffenberg para acabar con Hitler en 1944.

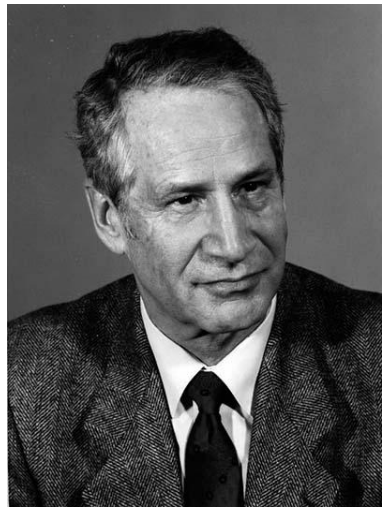
Cuando el ejército alemán invadió la Unión Soviética en el verano de 1941, Roessler contactó con el jefe del espionaje de Stalin en Suiza, conocido con el sobrenombre de «Dora». Desde ese momento, le empezó a facilitar datos asombrosamente detallados sobre las operaciones de la Wehrmacht que solo podían venir de la OKW, la oficina del alto mando.

Antes de estallar la batalla de Kursk en 1943, Roessler proporcionó a los rusos los planes del Ejército alemán, incluyendo la cantidad y disposición de efectivos, el material bélico y las estrategias de campaña. Pero la información era tan buena que Stalin no se la creyó.

Por el contrario, el caudillo soviético protestó al Gobierno suizo por permitir que los Aliados utilizaran el pequeño país neutral para actividades de espionaje en favor de Hitler. Roessler fue detenido y juzgado en Lausana, pero salió absuelto por falta de pruebas.

Ese fue el final de su carrera, pero tal vez esa detención le salvó la vida porque muchos de sus cómplices fueron arrestados y ejecutados sumariamente en Alemania por su participación en el golpe de Stauffenberg.

Lo volvieron a arrestar en 1954 bajo la acusación de espiar para Checoslovaquia. El juez lo condenó y permaneció nueve meses en la cárcel. Murió tres años de después, llevándose sus secretos a la tumba.



Markus Wolf

Fue el implacable jefe de la red de inteligencia de la Alemania comunista durante más de tres décadas. Su mayor éxito fue infiltrar a su agente Guillaume como secretario de Willy Brandt. Formado en Moscú, siempre sirvió a la Unión Soviética. Fue condenado a duras penas de cárcel.

El espía sin rostro

No fue hasta prácticamente la caída del Muro de Berlín en 1989 cuando el rostro de Markus Wolf apareció en los medios de comunicación. Nadie sabía el aspecto físico del hombre que durante más de tres décadas había dirigido la red de espionaje exterior de la Stasi, el organismo de seguridad de la antigua República Democrática de Alemania (RDA).

Desde 1953 a 1986, Wolf controló un gran aparato con ingentes recursos bajo la autoridad del Ministerio de Seguridad, que tutelaba a la siniestra Stasi, dedicada no solo a obtener información de millones de ciudadanos alemanes, sino además a infiltrar a sus agentes en los gobiernos democráticos europeos, especialmente el de Bonn. Cuando se abrieron sus archivos a principios de los años noventa, se pudo constatar que la mitad de la RDA espiaba a la otra mitad.

Wolf fue un jefe implacable del brazo exterior de una Stasi que siempre actuó bajo la premisa de que el fin justifica los medios. Ni el asesinato ni la intimidación ni la difamación fueron obstáculos para que la organización lograra acceder a muchos de los secretos de Estado de sus vecinos. Una de sus innovaciones en este turbio mundo fue la utilización de los llamados «romeos», que eran hombres y mujeres que explotaban sus encantos sexuales para relacionarse y sonsacar información a militares, diplomáticos y altos funcionarios gubernamentales, casi siempre a través del chantaje.

El mayor éxito de la carrera de Wolf se produjo cuando logró situar a Günter Guillaume como secretario de Willy Brandt, que tuvo que dimitir de su cargo de canciller en 1974 cuando los servicios secretos de la Alemania Federal descubrieron que su auxiliar era un agente de la Stasi. El escándalo fue monumental y sirvió para poner en evidencia que decenas de altos funcionarios habían sido sobornados o chantajeados por la organización de Wolf.

De origen judío y con un padre médico de ferviente militancia comunista, Wolf tuvo que abandonar su país cuando Hitler llegó al poder en 1933. Su familia fue acogida en Moscú, donde estudió Ingeniería Aeronáutica. Los servicios secretos de Stalin lo captaron y fue elegido como miembro de un selecto grupo enviado a Berlín en 1945 para formar parte de la Administración que ocupó Alemania tras la derrota del nazismo. Se acreditó para cubrir el juicio de Núremberg, pero pronto sus jefes pensaron que tenía un talento natural para el espionaje. Tras la creación de la RDA en 1949, gobernada con mano de hierro por el Partido Comunista alemán, Wolf fue promovido por Walter Ulbricht al cargo de jefe del espionaje —con apenas 30 años— por recomendación de los servicios de seguridad soviéticos, a los que permaneció fiel hasta su jubilación en 1986. Cuatro años después, huyó a Moscú tras ser acusado por el nuevo régimen de graves delitos. Volvió en 1991 y tuvo que enfrentarse a varios juicios en los que le impusieron duras penas de cárcel por sus actividades en la Stasi. No ingresó jamás en prisión. Murió en 2006 en Berlín de un fallo cardiaco cuando dormía. Tenía 83 años.

Günter Guillaume

Provocó la dimisión de Willy Brandt cuando se descubrió que su secretario y confidente era un espía al servicio de la Alemania comunista. Se infiltró en el Partido Socialdemócrata y ascendió tras una meteórica carrera. Fue condenado a trece años de cárcel y, más tarde, retornó a su país.

El hijo del pianista nazi

Markus Wolf, el jefe de los servicios secretos de la Alemania comunista, reconoció en sus memorias que la dimisión de Willy Brandt fue el error más grande que había cometido a lo largo de su carrera. El primer ministro tuvo que abandonar el cargo en mayo de 1974, cuando se descubrió que Günter Guillaume, su hombre de confianza y secretario, era un agente de Wolf. Dolido y estupefacto, Brandt renunció.

Günter Guillaume había nacido en Berlín en 1927 en el seno de una familia de clase media. Su padre era un pianista que tocaba en los bares y en los cines y su madre era peluquera. Creció en un ambiente nacionalsocialista, ya que su progenitor se unió a los nazis en 1934. No resulta extraño, por ello, que Günter se adhiriera a las Juventudes Hitlerianas.

Tras el final de la contienda, la familia de Guillaume se quedó en el Berlín controlado por la Unión Soviética. Poco se sabe sobre sus actividades salvo que un coronel de la Stasi, llamado Laufer, lo reclutó a comienzos de la década de los cincuenta. Fue adoctrinado y preparado, junto a su mujer, para trabajar al otro lado del Muro

como espía.

En 1956, Markus Wolf lo envió a Frankfurt, donde su suegra poseía un estanco. Tenía 29 años y nadie sospechó nada. Montó una tienda de material fotográfico y se alistó en el Partido Socialdemócrata. Mostró un perfil moderado y anticomunista, lo que le facilitó una promoción meteórica.

A principios de los años sesenta, su mujer fue nombrada jefa de Gabinete de Willy Birkelbach, en ese momento miembro de la Ejecutiva del partido, y presidente del grupo socialista en el Parlamento Europeo. Günter microfilmaba los documentos a los que tenía acceso su esposa y se los entregaba a Wolf.

En 1964, Guillaume fue contratado como redactor de *Der Socialdemokrat* y, dos años más tarde, fue elegido responsable del SPD en Frankfurt. Ocupó diversos cargos en el partido hasta que fue trasladado a Bonn, sede del Gobierno federal, donde conoció a Brandt. El primer ministro lo contrató como secretario tras un examen exhaustivo de su pasado. No encontraron nada sospechoso.

Guillaume nunca mostró la menor ambición y Brandt sintió que podía confiar en él. No solo pasaban por sus manos todos los documentos que le llegaban al jefe de Gobierno, partidario de una normalización de relaciones con la Alemania comunista; era además su confidente, el fiel ayudante que tapaba sus aventuras sentimentales y el hombre que controlaba sus contactos políticos.

Wolf recibía puntual información de las citas amorosas de Brandt y se sintió eufórico al verle al lado del canciller en una foto de la noche de las elecciones de 1972. Pero un año después, el error de un agente de la Stasi, que se dejó un papel con el nombre de Guillaume, provocó una investigación de los servicios secretos.

Decidieron no detenerlo tras comunicar a Brandt que era un espía. En 1974, Guillaume fue arrestado en su domicilio. Admitió que era un oficial de la Stasi y pidió ser tratado como un prisionero militar. Wolf contó que Guillaume se negó a huir cuando le ofrecieron esa posibilidad. Fue sentenciado a trece años de prisión mientras que su esposa fue condenada a ocho. No cumplieron íntegramente la pena porque en 1981 fueron canjeados. Erich Honecker los recibió como héroes y fueron condecorados con la orden de Karl Marx. El régimen de la RDA le concedió una lujosa villa en Berlín y vivió con desahogo hasta su muerte en 1995 a causa de un cáncer.

Erich Mielke

Fue ministro de Seguridad y jefe de la Stasi en la RDA durante más de tres décadas. Dirigió con mano férrea un aparato de espionaje y delación que controlaba la vida de los ciudadanos. Aliado de Honecker y hombre de confianza de los soviéticos, tuvo que dimitir tras la caída del Muro de Berlín.

Monarca del terror

Su cara y su nombre no aparecían jamás en los medios de comunicación, pero Erich Mielke fue ministro de Seguridad y jefe de la Stasi, durante más de tres décadas con cientos de miles de hombres bajo su mando.

Mielke desempeñó un papel esencial en la conspiración que colocó a Erich Honecker al frente del Partido Comunista de la RDA, desplazando a Walter Ulbricht en 1971. Como gesto de gratitud, Honecker le regaló una mansión en Wandlitz, lo nombró miembro del Politburó y le reforzó al frente del aparato policial del Estado. Ambos dirigentes solían cazar juntos y compartían cenas con sus esposas habitualmente.

Cuando el régimen comunista se derrumbó en noviembre de 1989, los dos tuvieron que dimitir. Primero, Honecker presentó su renuncia en favor de Egon Krenz. Y, semanas después, tras la caída del Muro, Mielke se vio obligado a dejar los cargos que llevaba ejerciendo desde 1957. Ya había perdido el control de la Stasi, cuyos hombres se negaron a actuar en las movilizaciones de octubre contra el régimen.

La temible Stasi que dirigía llegó a tener 85 000 agentes en nómina, a los que se sumaban cerca de 180 000 informantes que colaboraban en el espionaje y delación de los 16 millones de habitantes de la RDA. Cualquier comentario hostil, actitud sospechosa o vínculo con los disidentes era castigado con severas penas de cárcel.

En la sede de Berlín, la Stasi llegó a almacenar millones de informes sobre los ciudadanos, elaborados a partir de las confidencias de los amigos, los compañeros de trabajo e incluso las esposas. Mielke manejaba el organismo con mano de hierro y no dudaba en decretar el asesinato y la tortura contra quienes consideraba enemigos de la RDA.

Había nacido en Berlín en 1907 en el seno de una familia socialdemócrata. Entró a mediados de los años veinte en el Partido Comunista. Desde 1928, trabajó como reportero del periódico *Rote Fahne* y en esa época decidió integrarse en la organización paramilitar de su formación política. Ello lo llevó a participar en el asesinato de dos oficiales de la Policía en 1931, por lo que tuvo que huir de Alemania. Los nazis intentaron sin éxito atraparlo para ajustar cuentas por ese crimen.

Tras pasar unos años en la Unión Soviética, fue destinado a España durante la Guerra Civil. Sirvió como comisario político en el Servicio de Información Militar de la República. No vaciló en colaborar en las purgas contra quienes eran tachados de anticomunismo. Al acabar la contienda, volvió a Moscú para ejercer un oscuro trabajo funcionarial.

Su suerte cambió tras ganarse la confianza del general Ivan Serov, jefe del KGB y amigo de Kruschev, que lo envió a Berlín como alto funcionario del aparato policial de la recién creada RDA. En 1957, fue nombrado ministro de Seguridad y jefe de la Stasi. Tenía el respaldo de los soviéticos que tutelaban el régimen de Ulbricht, con el que nunca se entendió.

Mielke pasaba gran parte de su tiempo en sus habitaciones privadas del enorme complejo de la Stasi en la Normanstrasse, desde donde emitía sus órdenes. Tenía verdadero talento para la burocracia y para gestionar la inmensa organización que construyó. Hoy, la sede de la Stasi es un museo que recuerda aquella infausta etapa.

En 1991, el todopoderoso ministro no fue juzgado por haber creado un reino del terror en la RDA, sino por los asesinatos cometidos en 1931. Dos años más tarde, fue finalmente condenado a seis años de cárcel, pero solo cumplió la tercera parte de la pena

por motivos de salud. Murió en Berlín en un hogar de ancianos al comenzar el nuevo siglo.

LA CIA ESTABA ALLÍ

EL ÁGUILA Y LA ESTRELLA

Todo el mundo conoce el escudo de la CIA con un águila y una estrella que simbolizan poder y servicio a los ideales americanos. Pero eso no fue un obstáculo para que la Agencia Central de Inteligencia, con sede en Langley (Virginia), actuara en la época de la Guerra Fría con una filosofía en la que el fin justificaba los medios. No dudó en derrocar gobiernos hostiles, en eliminar amenazas por métodos violentos o en reclutar informadores mediante el chantaje, al igual que sus colegas del KGB.

La CIA es también una leyenda, en parte gracias a las muchas películas que ha inspirado. En unas aparece como una organización que lucha por la libertad y combate el comunismo, pero en otras es retratada como una entidad despiadada que recurre al asesinato y la manipulación. Probablemente, las dos cosas son ciertas, aunque es cierto que no llegó al desprecio por el valor de la vida humana que formaba parte de la cultura de los servicios soviéticos.

El espionaje tenía una larga tradición en la Rusia zarista, pero Estados Unidos entró en la Segunda Guerra Mundial tras el ataque a Pearl Harbor sin ninguna agencia de inteligencia. Existía el FBI, que se dedicaba a luchar contra el crimen organizado y la subversión en el interior del país bajo el mandato del legendario Edgar Hoover.

Consciente de esta carencia, el presidente Roosevelt encargó en 1943 al general Donovan la creación de la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS), cuya finalidad era disponer de información de carácter militar. Donovan reclutó a una fuerza de centenares de oficiales y especialistas que se dedicaron a obtener información de los planes bélicos de la Alemania de Hitler y de Japón.

La OSS se convirtió en la CIA en 1947, tras una recomendación de un comité de expertos designado por Truman. Asumía todas las competencias residuales del FBI y del Ejército con la finalidad de centralizar todas las actividades no solo de contrainteligencia y espionaje, sino también las operaciones encubiertas en el exterior.

Truman colocó al contralmirante Hillenkoetter al frente de la nueva organización.

A los pocos meses de crearse la CIA, el Consejo de Seguridad Nacional aprobó una disposición secreta que autorizaba a la Agencia a realizar «operaciones encubiertas contra Estados o grupos extranjeros» que fueran una amenaza para los intereses de EE. UU. Decía la directriz que «las operaciones deben ser realizadas y planificadas de forma que el Gobierno de Estados Unidos evite tener responsabilidad en ella con la prerrogativa de negar su existencia cuando las circunstancias lo requieran». Dicho con palabras llanas, el presidente autorizaba a la CIA a vulnerar las leyes de otros países cuando lo estimara conveniente. La cautela es que esas acciones no debían implicar a la Casa Blanca ni al Departamento de Estado.

Un año después, el presidente dictó una orden por la que establecía que el funcionamiento, el personal y los presupuestos de la CIA eran de carácter secreto. Desde finales de 1948, la organización fue creciendo y sus recursos fueron aumentando de forma exponencial hasta convertirse en un poder en la sombra. Su director dependía directamente del presidente y solo le daba cuentas de sus acciones a él. A finales de los años cuarenta, la CIA empleaba ya a miles de funcionarios y agentes de campo, de los cuales una buena parte estaba en Europa.

La primera intervención de la CIA después de la guerra fue en Italia en la campaña electoral de 1948. Truman temía que los comunistas pudieran hacerse con el Gobierno y se volcó con millones de dólares para ayudar a la Democracia Cristiana, que obtuvo una mayoría para gobernar. No solo hizo eso, sino que además preparó falsas pruebas para desacreditar a los candidatos del Partido Comunista Italiano.

Al mismo tiempo, la CIA logró colocar a Reinhard Gehlen, un agente de la inteligencia nazi, como responsable del nuevo BND, el servicio secreto alemán. Gehlen había colaborado con los Aliados tras el final del conflicto y había sido adoctrinado por Washington. De este modo, durante décadas el BND operó en la práctica como una sucursal de la CIA en Alemania Occidental.

Gehlen controlaba el correo postal, espiaba a la izquierda y se prestaba a las operaciones encubiertas que ordenaban sus jefes de la CIA. Miles de militantes comunistas fueron detenidos y juzgados, acusados de subversión, hasta finales de los años sesenta.

El gran fracaso de la CIA en Alemania se produjo a mediados de los años cincuenta, cuando intentó construir un túnel en Berlín para espiar las comunicaciones soviéticas. Los trabajos duraron dieciocho

meses, pero el agente infiltrado George Blake advirtió al KGB de la obra, que fue desmantelada tras haber operado durante un año. El túnel pasaba bajo una avenida y llegaba hasta una central telefónica, utilizada por el alto mando del Ejército Rojo. Los americanos consiguieron grabar un millón de conversaciones, que eran traducidas y conservadas.

El asunto provocó un deterioro de la relación entre Estados Unidos y la Unión Soviética, que invitó a cientos de periodistas a visitar el subterráneo tras acusar a sus adversarios de prácticas mafiosas que violaban las leyes del derecho internacional.

Al estallar la Guerra Fría, la CIA invirtió miles de millones de dólares en crear una organización clandestina en Europa con la finalidad de infiltrarse en los países tras el Telón de Acero. También financió a asociaciones que tenían como objetivo la propaganda anticomunista.

Fue en los años cincuenta cuando surgió la famosa red Gladio, que operaba en Italia. Políticos, intelectuales, militares, periodistas y empresarios colaboraron con la CIA en esta estructura secreta, que apoyó a grupos de extrema derecha de carácter terrorista. Su principal objetivo era desacreditar al Partido Comunista que lideraba Togliatti. No fue desmantelada hasta los años ochenta.

El general Bedell Smith estuvo al frente de la CIA desde 1950 hasta 1953, cuando fue sustituido por Allen W. Dulles, que permaneció en el puesto siete años hasta ser relevado por Kennedy. Dulles fue quien creó la cultura de la Agencia que se ha mantenido hasta la actualidad. Era hijo de un colaborador de Eisenhower y había estudiado Derecho en Princeton. Luego se había labrado una carrera diplomática brillante hasta que fue reclutado por Donovan como oficial del OSS.

Dulles no creía a los militares capaces de asumir la responsabilidad de dirigir la CIA, por lo que reclutó a abogados, profesores, periodistas y altos funcionarios para la organización. Todos eran blancos, de origen irlandés o británico, con estudios superiores, experiencia en el sector privado y poseían una ciega confianza en la superioridad de la *american way of life*.

Eran lo más parecido a una secta juramentada para combatir el comunismo y sembrar por el mundo la semilla de la libertad de mercado y de la ideología liberal. Tenían vínculos personales entre ellos y se creían una elite con la sagrada misión de defender la seguridad de su país. Eso los impulsó a superar cualquier límite legal o ético.

Un ejemplo de esa falta de escrúpulos fueron los experimentos

en los años cincuenta en Estados Unidos y Canadá con drogas y sustancias químicas para manipular la mente de los individuos. Contaron con la colaboración de empresas farmacéuticas hasta que el Senado, tras estallar el escándalo, ordenó que la CIA cesara en esas prácticas.

La CIA extendió su campo de operaciones a Latinoamérica, sin dudar en desestabilizar a gobiernos que consideraba una amenaza. Su primera acción fue el golpe en 1954 contra Jacobo Arbenz Guzmán en Guatemala. Arbenz había sido elegido democráticamente y promulgó una reforma agraria que iba contra los intereses de la United Fruit. Era un político moderado, pero la CIA se movió para captar a un grupo de oficiales que lo derrocó.

El éxito de la iniciativa demostró a la Agencia que tenía el poder para desestabilizar cualquier Gobierno de la zona, aunque contara con una legitimidad democrática. Desde la operación contra Arbenz hasta la época de Reagan, la CIA no tuvo ningún reparo en intervenir en aquellos países que se salían del guion. Por ejemplo, el presidente Allende, derrocado en Chile en 1973.

La CIA consideraba una amenaza a Fidel Castro y había elaborado planes para asesinarlo. Pero en 1961 logró convencer al presidente Kennedy de que autorizara la invasión de Cuba para acabar con el comunismo. La Agencia había adiestrado a miles de exiliados cubanos, que contaron con el apoyo de aviones de combate, tanques y lanchas de desembarco en la bahía de Cochinos. Eran una fuerza pequeña, pero creían que la acción desencadenaría una reacción popular contra Castro. Fue un enorme fiasco que dejo muy tocado a Kennedy, que tuvo que asumir la responsabilidad de una operación sobre la que tenía serias dudas.

El régimen cubano salió muy fortalecido y aprovechó la fallida invasión para ensalzar a su líder, que aceleró la implantación del comunismo en la isla. Cerca de 1200 mercenarios fueron hechos prisioneros por Castro. La mayoría fueron canjeados en 1962, pero a un puñado de oficiales se les juzgó y se les ejecutó.

Por aquella época, la CIA apoyó las dictaduras militares en Argentina, Brasil, Uruguay, Paraguay, Bolivia y otros países, que recibieron una importante ayuda económica de los gobiernos de Washington, obsesionados por combatir el comunismo. La Agencia financió batallones parapoliciales para combatir a los comunistas que cometían asesinatos, secuestros y torturas. Todo valía para frenar la expansión soviética en Latinoamérica.

La CIA nunca aceptó el Gobierno democrático que presidía Salvador Allende en Chile, que había tomado medidas que

lesionaban los intereses de las multinacionales americanas. En 1973, los militares encabezados por el general Pinochet sacaron el Ejército a la calle y se hicieron con el poder. Allende murió con un fusil en la mano en el Palacio de la Moneda. A continuación, la cúpula militar llevó a cabo una represión feroz con asesinatos y detenciones.

Tres años después, la experiencia se repitió en Argentina. Corría el año de 1976 cuando una junta militar presidida por Jorge Videla derrocó al Gobierno de María Estela Martínez, viuda de Perón. La dictadura duró siete años en los que el Ejército y los grupos de extrema derecha sembraron el terror. Los disidentes eran secuestrados y torturados en centros de detención secretos. Se calcula que desaparecieron unas 30 000 personas, que fueron asesinadas. Todos los métodos eran buenos para eliminar a la oposición de izquierdas, en la que figuraban religiosos, intelectuales, abogados y periodistas. A algunos de ellos se les drogaba y se les lanzaba al mar desde un avión. Todavía hoy hay miles de familias en Argentina que no saben dónde o cómo murieron sus padres o sus hermanos.

Durante la Guerra Fría, la CIA también desempeñó un importante papel en África. El método era el mismo que en Latinoamérica: ayudar a las dictaduras para erradicar el avance del comunismo. Eso sucedió en el Congo, que había obtenido su independencia de Bélgica. La Agencia instigó en 1961 el asesinato de Patrice Lumumba, el primer presidente democrático del país, saqueado por la potencia colonial durante décadas. Estados Unidos apoyó al siniestro dictador Mobutu, un títere al servicio de los intereses coloniales.

La CIA también intervino a partir de 1975 en la guerra de Angola, que se había declarado independiente de Portugal. Se desató una larga y cruenta guerra entre el Movimiento Popular de Liberación (MPLA), apoyado por la URSS, y Unita, que contó con financiación, armamento y asesores de la CIA y del Gobierno racista de Sudáfrica. El conflicto acabó en 1982 con la victoria del MPLA liderado por Agostinho Neto.

En Asia, la CIA concibió y ejecutó un golpe militar en 1953 contra Mossadecq, elegido democráticamente. Era un político moderado y reformista, pero se había atrevido a nacionalizar la industria del petróleo. Estados Unidos y Gran Bretaña consideraron la iniciativa como un *casus belli*. A Mossadecq lo encarcelaron hasta el resto de sus días y los americanos pusieron como primer ministro a un militar llamado Fazlollah Zahedi, que poco después

fue depuesto por el sah Reza Pahlevi. El sah gobernó con mano implacable el país hasta que tuvo que exiliarse en 1979 tras el triunfo de la revolución islámica.

La CIA se implicó también en Indonesia, donde ayudó a Sukarno y Suharto, los dictadores que gobernaron el país desde 1945 hasta 1998. Ambos tuvieron que enfrentarse a un poderoso Partido Comunista, con tres millones de militantes que operaban en la clandestinidad. Y para ello recurrieron a la complicidad de la CIA, que impulsó una terrible represión con decenas de miles de asesinatos y detenciones.

La Agencia también estuvo implicada en la Guerra de Vietnam. Su labor era hacer el trabajo sucio que no podía asumir el Ejército de Estados Unidos, que llegó a tener más de medio millón de soldados a finales de los años sesenta en el país. La CIA se dedicaba a buscar a los guerrilleros del Vietcong, a construir campos de internamiento y a llevar a cabo operaciones encubiertas que incluían el asesinato de civiles.

Años después, la CIA adiestró y preparó a los muyahidines, los combatientes islámicos que luchaban contra el régimen títere de la Unión Soviética en Afganistán, que había enviado cientos de miles de soldados a finales de los años setenta para apuntalar al Gobierno de simpatías revolucionarias y socialistas. Gracias al material militar y los dólares, la guerrilla islámica logró expulsar a los soviéticos y tomar el poder en 1992. Pero lo que los cerebros de la Administración estadounidense no pudieron prever era que estaban ayudando a consolidarse a un régimen islamista radical que luego se volvería contra la mano que les había dado de comer. Osama Bin Laden era uno de aquellos soldados que luchaban contra los soviéticos con fusiles y lanzamisiles suministrados por la CIA. Tras catorce años de guerra, el país quedó totalmente devastado.

La Agencia seguía ya los pasos de Bin Laden a mediados de los años noventa. Tenían información de que era no solo un líder muy influyente, sino además que estaba detrás de diversos actos terroristas contra intereses americanos en África y Asia. Pero no pudieron imaginar que este fanático musulmán se atrevería a atentar contra las Torres Gemelas el 11 de septiembre de 2001. El mundo quedó conmocionado por el espectáculo de los aviones que chocaban contra el símbolo del capitalismo americano, provocando miles de muertos. Y la CIA, dirigida por George Tenet, tuvo que soportar las críticas feroces de los medios de comunicación, que culparon a la organización por no haber sido capaz de prever los atentados.

El ataque contra las Torres Gemelas desencadenó una guerra en Irak que acabó con la caída del dictador Sadam Hussein. Pero Estados Unidos no fue capaz de propiciar la estabilidad del nuevo régimen, que dio lugar a una oleada de atentados sangrientos y de terror entre la población.

La última gran operación de la CIA fue el adiestramiento de miles de combatientes sirios en Jordania para luchar contra el régimen de Bashar al-Ásad, sostenido por la Rusia de Putin. Estados Unidos se implicó en el frente contra el régimen de Damasco en un conflicto que destruyó el país y que favoreció que millones de personas emigraran hacia Europa. Ásad sigue hoy en el poder y los americanos han acabado por aceptarlo como un mal menor. Ha sido el último de los fracasos de la CIA.

Tal y como proyectó Allen Dulles, la CIA no se ha limitado en los más de 70 años de existencia a organizar golpes de Estado y apoyar a dictadores. También ha invertido tiempo y dinero en apoyar a organizaciones de propaganda anticomunista y a reclutar periodistas e intelectuales. Dulles sabía que las guerras se ganan con las ideas y no con las armas.

En la década de los años cincuenta, la Agencia montó la llamada Operación Sinsonte, diseñada por Frank Wisner, uno de los dirigentes más importantes en la historia de la organización. Wisner puso en nómina a periodistas de *The New York Times*, de *Newsweek*, del *Washington Post* y de cadenas nacionales de televisión como la CBS.

Igualmente, patrocinó organizaciones como el Congress for Cultural Freedom, creó Radio Liberty para que sus emisiones se escucharan en los países del Telón de Acero y contrató a conocidos actores de Hollywood mientras financiaba películas con propaganda anticomunista. Durante la época de Reagan, la CIA puso en marcha un gran proyecto que desembocó en la propuesta de la llamada Iniciativa de Defensa Estratégica, que no era otra cosa que el desarrollo de una tecnología para neutralizar un eventual ataque nuclear soviético con un escudo espacial antimisiles.

La CIA también publica cada año *The World Factbook*, una guía que contiene una interesante información geoestratégica sobre todos los países de mundo. Hasta no hace muchos años, el *Factbook* era secreto, pero ahora es posible y constituye una fuente de información de extraordinario interés.

Desde la Segunda Guerra Mundial, la CIA ha colaborado estrechamente con otros servicios secretos europeos, especialmente

el MI6, la red de espionaje exterior británica. Kim Philby fue enviado como enlace a Washington por el Gobierno de Londres sin saber que era un agente al servicio de la Unión Soviética. Las informaciones de Philby al KGB provocaron la muerte de decenas de agentes británicos que operaban en los países del Telón de Acero. Cuando fue descubierto, se refugió en Moscú, donde disfrutó de reconocimiento y privilegios.

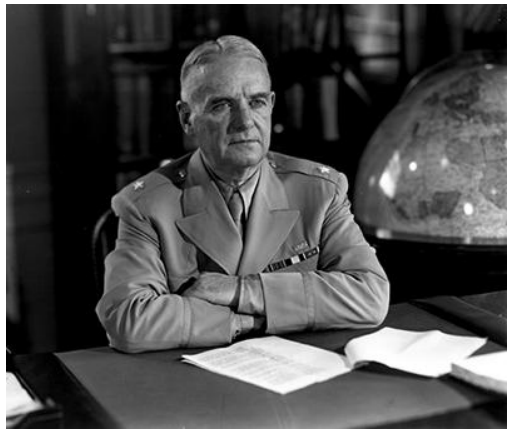
Como es lógico e inevitable, la CIA también ha sufrido la infiltración de traidores. El que hizo más daño a la organización fue Aldrich Ames, un analista de inteligencia que fue detenido y condenado a cadena perpetua en 1994. Ames tenía acceso a información altamente confidencial y conocía la identidad de los agentes en la Unión Soviética. Se le atribuye la delación de Oleg Penkovski y de otros muchos espías que colaboraban con la CIA.

Lo más peculiar de este caso es que Ames no traicionó a su país por convicciones. Lo hizo por dinero, para comprarse una casa y sostener un nivel de vida que no podía pagar con su sueldo. Fue descubierto por esa debilidad: los investigadores se dieron cuenta de que sus gastos no correspondían a su salario.

Como apuntábamos al principio, la CIA es una leyenda debido al cine y los medios de comunicación. No ha habido ninguna agencia en la historia del espionaje con tantos recursos humanos y técnicos. No hay duda de que la CIA fue la primera en emplear en los años cincuenta avanzados métodos de interceptación de comunicaciones y de espionaje electrónico, incluyendo satélites que proporcionaban información sobre los enclaves militares soviéticos.

A pesar de ello, no se puede afirmar que la CIA derrotara al KGB en los 40 años que duró la Guerra Fría. Si la Agencia disponía de una enorme superioridad tecnológica sobre los soviéticos, estos manejaron mejor sus recursos humanos y las técnicas de manipulación psicológica. El castigo a los traidores a la causa del comunismo se pagaba siempre con la muerte. En esto, el KGB fue implacable.

Hoy, el mundo ha cambiado y la política de bloques ha desaparecido. El nuevo enemigo es el integrismo islámico, algo que une a Estados Unidos con la nueva Rusia, que ahora ha desplazado su estrategia a la intoxicación en redes sociales y el espionaje informático. Nada es lo que era, pero nos queda un cierto sentimiento de añoranza por aquellos años en que los espías eran fuente de inspiración literaria y estética.



William Donovan

Roosevelt lo nombró jefe de los servicios de información durante la guerra. Fue abogado, fiscal, embajador y diplomático. En su juventud luchó contra Pancho Villa en México y luego intentó hacer carrera política. Truman y Hoover frustraron sus ambiciones.

Una leyenda de la CIA

No hay probablemente en la historia del espionaje una personalidad tan determinante como la de William Donovan. Fundó y dirigió el OSS, los servicios secretos estadounidenses, durante la Segunda Guerra Mundial y logró convencer a Truman y al Congreso para la creación de la CIA. Fue abogado, fiscal, embajador y diplomático. Y asesor y hombre de confianza del presidente Roosevelt, compañero de clase en Columbia.

Donovan no pudo llegar a ser el primer director de la CIA porque Truman decidió nombrar al almirante Roscoe Hillenkoetter, un personaje mediocre y sin experiencia. Edgar Hoover, el director del FBI, odiaba a Donovan y Truman tampoco se fiaba de él. Su decepción fue enorme, pero años más tarde se hizo justicia con su legado. Actualmente, hay una estatua suya en la entrada de la sede de la CIA en Langley que lo reconoce como su fundador.

Tras encomendarle misiones diplomáticas en Europa y utilizarlo como enlace con Churchill, que lo consideraba como un amigo, Roosevelt lo designó al frente de un comité de coordinación de los

servicios de información del Ejército, el Departamento de Estado y el FBI. Tras el ataque a Pearl Harbor, el presidente lo colocó al frente del OSS, que centralizaba todas las competencias en materia de inteligencia. Hoover no se lo perdonó.

Donovan fue ascendido a general y en muy poco tiempo llegó a dirigir una organización con más de 10 000 hombres, desplegados en Europa y el Pacífico. Creó la estructura de un moderno servicio de espionaje con grupos especializados en operaciones encubiertas y una unidad de análisis que llegó a disponer de una información extraordinaria sobre el régimen de Hitler. Fichó a artistas, intelectuales, abogados y empresarios, a los que utilizaba en sus misiones.

El jefe de la OSS tenía extraordinarios contactos a nivel internacional. Conocía personalmente a Jorge VI, De Gaulle, Mussolini, Tito y Stalin. Y se pasó toda la guerra en los diferentes teatros de operaciones: Grecia, Serbia, norte de África e Italia. Estuvo a punto de morir en el desembarco de Normandía, pero se salvó milagrosamente tras pensar en suicidarse para no caer prisionero.

Hasta sus enemigos más enconados reconocieron su legendario valor, demostrado en las dos guerras mundiales. En la primera, luchó en las trincheras y fue condecorado por su coraje. Era el único oficial que peleaba con las medallas en el uniforme, contraviniendo las órdenes de sus jefes.

En 1918, volvió a Buffalo, su localidad natal, y ejerció la abogacía en su bufete. Pero pronto se trasladó a Nueva York, donde fue nombrado fiscal de distrito. Allí se convirtió en una leyenda por su compromiso en aplicar la Ley Seca, llegando a ordenar el registro del club del que era miembro. Luego intentó dar el salto a la política, pero perdió las elecciones a gobernador.

Donovan había nacido en el seno de una familia católica de origen irlandés en Buffalo. Su padre era un directivo de ferrocarriles. Pensó en ser sacerdote, pero luego cambió de opinión y se matriculó en Derecho. Era amigo del director John Ford, al que reclutó para el OSS.

Casi todo en la vida de William Donovan parece una leyenda, ya que, en 1916, nada más entrar en el Ejército, su regimiento fue enviado a combatir a Pancho Villa en México. También asesoró al Gobierno de Truman en los juicios de Núremberg, aportando documentación clave.

Fue nombrado embajador en Tailandia en 1953, pero pronto sufrió trastornos mentales que lo obligaron a dejar el cargo. Murió

en 1959, cuando ya era un mito gracias a varias películas inspiradas en su figura.

Reinhard Gehlen

El espionaje estadounidense lo reclutó tras haber servido a Hitler como jefe de la contrainteligencia. Estaba arrestado y le pusieron en libertad para montar una red de agentes en los países del Este. Colaboró en la construcción del túnel secreto de Berlín e hizo trabajos sucios para la OTAN.

Un nazi al servicio de la CIA

Hay personas con un increíble talento para sobrevivir en las circunstancias más adversas. Reinhard Gehlen fue una de ellas. De servir en las filas del Ejército de Hitler como alto mando de la contrainteligencia pasó a dirigir la organización del espionaje del nuevo Estado alemán. Hasta su retirada del servicio en 1968, fue el hombre de confianza de los americanos y de la OTAN en la nueva Alemania Federal.

Gehlen había nacido en 1902 en Erfurt, en el seno de una familia católica. Su padre era librero. Pero decidió estudiar la carrera militar. Se graduó como oficial y disfrutaba del rango de comandante en 1939 cuando estalló la Segunda Guerra Mundial. Fue nombrado oficial en enlace del mariscal Von Brauchitsch, jefe del Estado Mayor. Y, tras un meteórico ascenso, Hitler lo colocó al mando de la contrainteligencia del Frente Oriental cuando decidió invadir Rusia en 1941. Gehlen llevaba las estrellas de general de división.

Cuando Alemania fue derrotada, los Aliados lo arrestaron y se le abrió un expediente para ser procesado. Fue enviado a un campo de Baviera y allí fue interrogado por el capitán estadounidense Boker.

Gehlen le contó que había participado en la conspiración de Stauffenberg para asesinar a Hitler y le ofreció los archivos de la Wehrmacht con miles de documentos, depositados en un lugar seguro, sobre el Ejército Rojo y la organización de Stalin.

Boker, apoyado por sus superiores, decidió poner en libertad a Gehlen y a un equipo de siete colaboradores, borrando todas las pistas de su pasado nazi. William Donovan, el jefe del servicio secreto estadounidense, se dio cuenta de que podía utilizarlo para montar una red de espionaje en la Alemania ocupada.

Y esto es lo que hizo. Le buscaron la tapadera de una agencia para el desarrollo cerca de Múnich, lo financiaron y le ayudaron a contratar a decenas de hombres, la mayoría soldados del Ejército derrotado. La CIA bautizó la iniciativa como Organización Gehlen, que creció en unos pocos años hasta tener más de mil espías en nómina.

Protegió y ayudó a salir del país a decenas de nazis y, además, encubrió las actividades de Odesa, la organización secreta de partidarios de Hitler. La CIA lo sabía, pero miró para otro lado porque Gehlen era una pieza clave del espionaje a la Unión Soviética en plena Guerra Fría.

En 1955, el canciller Adenauer creó el BND, el servicio de espionaje de la naciente Alemania Federal. Y colocó al frente a Gehlen, que permaneció trece años como responsable de la agencia. En esa etapa, hizo numerosos trabajos sucios para la OTAN con una gran eficiencia, puesto que desmanteló Smersh, un cuerpo del KGB dedicado a los sabotajes y el asesinato.

Colaboró con la CIA para construir un túnel secreto en Berlín para espiar las comunicaciones de los rusos, que fue descubierto al cabo de un año, e infiltró a cientos de agentes en la RDA, Polonia, Checoslovaquia y Hungría, que eran adiestrados por el BND.

La estructura montada por Gehlen sufrió un grave daño cuando el doble agente Kim Philby reveló la identidad de los infiltrados en varios países. Murió en 1979 tras haber dejado el servicio once años antes.

Frank Wisner

Como jefe de operaciones encubiertas de la CIA, tuvo un papel clave en los golpes de Estado en Irán y en Guatemala. Tras el final de la Segunda Guerra Mundial, montó una red de sabotaje contra el comunismo en Europa. Era un brillante abogado que acabó su carrera por sus excesos con el alcohol y el tabaco.

El alma oscura de la CIA

La historia de la CIA no se podría escribir sin la influencia de Frank Wisner, jefe de operaciones encubiertas desde 1948 hasta 1958, cuando fue apartado tras sufrir un colapso mental. Era un brillante abogado de un bufete de Nueva York que se alistó en la Marina para luchar en la Segunda Guerra Mundial.

Su carrera como espía comenzó en 1943, cuando fue enviado por el OSS, el servicio de espionaje del Ejército, a su centro de operaciones en Turquía. Antes de acabar el conflicto, fue promovido a jefe de la estación en Rumanía, donde logró que escaparan más de 1700 prisioneros de guerra estadounidenses. Por aquella época, se le achacó un idilio con una princesa rumana.

Wisner decidió volver en 1945 a su lucrativo oficio de abogado. Fue poco después cuando Dean Acheson, número dos del Departamento de Estado, lo convenció para que se ocupara de la supervisión diplomática de las áreas ocupadas en Europa.

Solo estuvo un año en el cargo porque el Gobierno de Washington lo nombró director de la Oficina de Políticas de Coordinación, un nuevo ente que luego se convertiría en el brazo de la CIA para operaciones encubiertas en Europa.

En plena Guerra Fría, el objetivo de la Oficina era promover el rearme ideológico contra el comunismo, para lo que se crearon fundaciones, emisoras de radio y revistas. Pero en realidad el órgano que dirigía Wisner se convirtió muy pronto en un centro de operaciones encubiertas que manejaba un ingente presupuesto.

Wisner trabajaba en un barracón de madera en Washington junto a las instalaciones provisionales del Departamento de Defensa, llamadas «el Palacio de las Ratas» por su falta de salubridad. Desde allí, contrató a decenas de licenciados de Harvard, Yale y Princeton.

Muchos fueron enviados a Europa para reclutar militares, políticos, periodistas e intelectuales al servicio de la causa estadounidense. Pero, además, la Oficina realizó operaciones de sabotaje en los países del Telón de Acero, donde intentó crear grupos de resistencia armada.

A partir de 1950, Wisner y su Oficina se integraron en la CIA y sería bajo el mandato de Allan Dulles, con el que había trabajado en el OSS, cuando asumiría la dirección de todas las acciones encubiertas de la Agencia con miles de agentes bajo su mando.

Wisner, alcohólico, fumador empedernido e hiperactivo, llevó a cabo una actividad frenética para atacar a quien creía enemigo de Estados Unidos. Fue el cerebro y promotor del derrocamiento de Mosaddeq en Irán en 1953 tras haber organizado una campaña de desprestigio y altercados que concluyó con la vuelta del sah.

Un año después, la CIA se implicó en el golpe de Estado contra Jacobo Arbenz en Guatemala en un plan instigado por la United Fruit. Wisner no solo apoyó al general Castillo Arenas para derrocar a Arbenz, sino que envió pilotos y mercenarios para combatir a los leales al Gobierno legítimo.

Cuando estaba en 1956 intentando neutralizar la invasión soviética de Hungría, sufrió un ataque de esquizofrenia y fue internado en un hospital. Dos años después, fue relevado de sus responsabilidades y enviado a Londres. En 1961, se jubiló y cuatro años después decidió quitarse la vida mientras atravesaba una depresión.

James Jesus Angleton

Fue jefe de la contrainteligencia de la CIA durante dos décadas. Tras descubrirse la traición de Philby, se convirtió en un paranoico que desconfiaba de todo su entorno. Creía que Kissinger y Trudeau eran espías del KGB. Fue jubilado en 1975 por sus problemas con el alcohol y su tendencia al delirio.

El espía paranoico de la CIA

No hay en la historia del espionaje un personaje tan controvertido y tan extraño como James Jesus Angleton, jefe de contrainteligencia de la CIA desde 1954 hasta 1975. Para algunos, fue un genio del espionaje. Para otros, un visionario loco que estuvo a punto de destruir la CIA. Y hay incluso quien le acusa de haber sido un doble agente al servicio del KGB soviético, algo que parece una pura fantasía.

Lo cierto es que, durante sus últimos años en la agencia de Langley, pasaba las jornadas encerrado a oscuras en un despacho lleno de carpetas y documentos, obsesionado por descubrir al topo que estaba entregando secretos a la Unión Soviética. Angleton estaba convencido de que había una infiltración a muy alto nivel —una CIA dentro de la CIA— que contaba con importantes complicidades.

Debido a sus problemas con el alcohol, su carácter se fue volviendo cada vez más inestable hasta que el director William Colby lo jubiló en 1975. Colby jamás creyó las teorías conspirativas de Jim Angleton, que había tenido la confianza de otros cuatro

directores de la Agencia.

Angleton había nacido en Idaho en 1917. Su padre era un acaudalado hombre de negocios y su madre era mexicana. Pasó su infancia y adolescencia en Milán, ya que su progenitor era el dueño de NCR Italia. Volvió a EE. UU. a los dieciocho años para estudiar Derecho en la Universidad de Yale, donde se aficionó a la poesía. Editó una revista llamada *Furioso*, que publicaba los versos de T. S. Eliot, Pound y Cummings.

Durante la Segunda Guerra Mundial, en 1942, fue enviado por los servicios secretos que dirigía William Donovan a la oficina en Londres. A finales de 1944, fue transferido a Italia como jefe de la Unidad Z, especializada en contrainteligencia. Tras acabar la contienda, encauzó sus esfuerzos en apoyar a la democracia cristiana que lideraba De Gasperi para frenar el ascenso del comunismo.

Volvió a su patria en 1949 y fue uno de los fundadores de la CIA, creada para sustituir al OSS, que había sido concebido como un servicio de inteligencia militar. Su carrera fue meteórica hasta ser promovido por Allen Dulles a jefe de contrainteligencia, cuya misión era localizar a eventuales espías soviéticos en el aparato de la Administración, las finanzas y los medios.

Angleton se hizo íntimo amigo de Kim Philby, con el que bebía y pasaba gran parte de su tiempo libre. Cuando se descubrió que era un agente del KGB y fue expulsado de Washington, Angleton no se lo podía creer. En ese momento, empezó su desconfianza hacia todos los que lo rodeaban.

Sus sospechas se incrementaron tras la deserción de Anatoli Golitsyn y de Yuri Nosenko, dos agentes soviéticos cuyas confesiones alimentaron la paranoia de Angleton, apodado el Genio por sus compañeros. Ambos le hicieron creer que Lee Harvey Oswald, el asesino de John Kennedy, había sido agente del KGB y reforzaron su tesis de que existía un grupo infiltrado en la CIA. En su paranoia, llegó a pensar que Kissinger era un espía ruso cuando firmó la alianza con China. También sospechaba de Pierre Trudeau, primer ministro canadiense.

La gota que colmó la paciencia de Colby fue un artículo del *New York Times* en el que se revelaban datos de cómo la CIA había espiado a organizaciones pacifistas, violando la ley. Angleton fue obligado a jubilarse tras más de 30 años de servicio. Se le concedió la medalla más valiosa de la Agencia y fue homenajeado como una figura legendaria. Murió en 1987 en Washington.

Richard Bissell

Como jefe de operaciones de la CIA, planeó y dirigió la fallida invasión de bahía de Cochinos. Fue el padre del proyecto de avión espía U-2, que también resultó un fiasco. Llevó a cabo acciones encubiertas para derrocar a Lumumba, Arbenz y Trujillo.

En el lado oscuro

Aunque siempre permaneció en la sombra, Richard Bissell jugó un papel esencial en dos de los mayores fracasos de la CIA en la era de la Guerra Fría: el fiasco del avión espía U-2 y el fracaso de la invasión de bahía de Cochinos. La fallida operación contra Fidel Castro, ideada por el entonces jefe de operaciones de la Agencia, obligó al presidente Kennedy a destituirlo. Ese fue el final de su carrera como ideólogo y factótum de la CIA.

Bissell había nacido en 1909 en Hartford (Connecticut), donde su padre presidía una compañía de seguros. Estudió Historia en Yale y luego en la London School of Economics. En 1947, el secretario de Comercio Averell Harriman lo fichó como administrador del Plan Marshall en Alemania. Y, poco después, lo nombró director de la Oficina de Coordinación de Políticas, encargada de gestionar las millonarias ayudas a Europa.

Volvió a Washington a principios de los años cincuenta, donde formaba parte del llamado Georgetown Set, un elitista club de amigos del que saldrían los principales dirigentes del país. Allí estaban Frank Wisner, su mentor en la CIA; Ben Bradlee, Philip

Graham, Dean Acheson, Allen Dulles y James Reston. En aquella época, era un alto ejecutivo de la Fundación Ford.

Fue Wisner el que lo convenció en 1952 para que prestara sus servicios a la CIA. Dos años después, fue puesto al frente del programa para desarrollar el avión espía U-2, un proyecto muy costoso y de alto secreto. El aparato iba dotado de unas avanzadas cámaras para sacar fotos.

Bissell quería utilizar el U-2 para sobrevolar la Unión Soviética, pero Eisenhower se lo prohibió por temor a enturbiar las relaciones con Kruschev. Finalmente, el presidente cedió, pero el U-2 fue derribado en 1960 por las defensas soviéticas y su piloto fue hecho prisionero. Ello fue un enorme descrédito para Eisenhower, que se vio obligado a mentir en público.

Poco antes, Bissell había sido nombrado jefe de operaciones de la CIA tras sufrir Frank Wisner un colapso mental. Esa responsabilidad le permitía administrar la mitad del presupuesto de la Agencia. Desde ese puesto, dirigió los planes para derrocar a líderes como Lumumba, Jacobo Arbenz, Leónidas Trujillo y Ngo Dinh Diem.

La gran obsesión del número dos de la CIA y de los jefes del Pentágono era eliminar o derrocar a Fidel Castro. Para ello, Bissell pidió ayuda a mafiosos como Sam Giancana y Santo Traficcante, que le prometieron que acabarían con el líder cubano. Al mismo tiempo, elaboró un plan para sabotear instalaciones en Cuba y asesinar a varios dirigentes del régimen comunista. Pero la Casa Blanca no dio luz verde.

Nada más llegar a la presidencia, Kennedy recibió un memorándum de Bissell en el que le planteaba diversas opciones para invadir Cuba. El presidente las rechazó. Pero, finalmente, la CIA decidió enviar 1500 mercenarios a las playas de bahía de Cochinos con el apoyo de media docena de bombarderos. Esperaban que la invasión fuera apoyada en el interior del país y que Kennedy decidiera sumar al Ejército a la operación. Pero nada de eso sucedió y el presidente tuvo que hacerse responsable del desastre.

Como relata Tim Weiner en *Legado de cenizas*, Kennedy estaba indignado y abochornado. Destituyó a Bissell y a Allen Dulles, su jefe, con el argumento de que, si ellos no se iban, él tendría que dimitir. Pero compensó a Bissell con el nombramiento de presidente del Instituto de Análisis de Defensa, un cargo de prestigio y bien remunerado. Se jubiló a finales de la década de los 70 y murió en su casa de campo a los 94 años, tras publicar una autobiografía.

Robert Hanssen

Se aprovechó de su cargo en el FBI para pasar valiosa información al espionaje soviético durante 22 años. Delató a Poliakov y a otros tres agentes que fueron ejecutados. Se protegía con un falso nombre y nunca contactaba personalmente con sus enlaces. Traicionó a su país por dinero.

Diabólicamente brillante

Cuando los agentes del FBI lo detuvieron en febrero de 2001 tras haber dejado un paquete de documentos bajo un puente de un parque de Virginia, Robert Hanssen les dijo que llevaba mucho tiempo esperando ese momento. Había trabajado durante 22 años para el espionaje soviético y milagrosamente había logrado desviar las sospechas gracias a su buena suerte.

Para evitar la condena a muerte, Hanssen pactó una colaboración plena a cambio de cadena perpetua. Fue internado en una celda aislada en la prisión de Florence (Colorado), donde hoy sigue. Reconoció en el juicio que había estado vendiendo documentos de alto secreto al GRU, unidad de inteligencia militar soviética, a cambio de grandes sumas de dinero y diamantes.

Una de las razones por las que tardó tanto tiempo en ser detectado fue que siempre evitó contactos personales con los agentes soviéticos y que además operaba con el falso nombre de Ramón García. Por añadidura, la fortuna le sonrió en 1994, cuando la CIA descubrió a Aldrich Ames, un alto funcionario de la contrainteligencia que pasaba secretos a los rusos. Le achacaron a él parte de la información que había facilitado Hanssen.

Tras ser detenido, el FBI creó un equipo de trabajo que llegó a la

conclusión de que su traición había provocado un daño «inmenso». Uno de sus jefes lo calificó de «diabólicamente brillante», ya que, siendo experto en informática, ideó su propio código de comunicación con el GRU y seleccionaba los puntos de entrega.

Hanssen tenía una personalidad compleja y extraña. Había nacido en Chicago en 1944, en el seno de una familia luterana de origen danés. Tuvo una educación muy estricta, con un serio conflicto con su padre, que lo consideraba una nulidad. Cursó estudios de Odontología, pero nunca ejerció.

Se casó a los 22 años con Bonnie Wauck, con la que tuvo seis hijos. Su esposa, de origen polaco, era una ferviente católica. El matrimonio se mantuvo unido pese a las infidelidades de Hanssen, que se convirtió al catolicismo y se hizo miembro del Opus Dei. Asistía diariamente a misa y no ocultaba su religiosidad cuando entró como agente en la Policía de Chicago. Se cansó de su trabajo al cabo de un par de años y solicitó el ingreso en el FBI, que lo destinó a la oficina regional.

A mediados de los años setenta, fue trasladado a la delegación en Nueva York, donde prestó servicio como analista de contrainteligencia del FBI y, más concretamente, se le encomendó la misión de localizar a agentes soviéticos. Fue en ese momento cuando se le ocurrió la idea de que podía obtener mucho dinero si vendía la información que pasaba por sus manos. Dicho y hecho. A partir de 1980, empezó a entregar cientos de documentos internos a sus contactos con el GRU.

Delató a Dmitri Poliakov, un alto mando del KGB que trabajaba para la CIA, que fue finalmente ejecutado en Moscú. También fueron fusilados tres dobles agentes soviéticos cuya identidad facilitó. Y no dudó en ofrecer a sus controladores los propios informes que realizaba el FBI sobre la infiltración soviética.

Fue denunciado por su propio cuñado, que observó que manejaba grandes cantidades de dinero. Pero ya en ese momento las evidencias eran abrumadoras contra él. Había sido sorprendido entrando sin autorización en la base de datos del FBI y era notorio que tenía una aventura con una *stripper*.

Su suerte se acabó cuando un exagente retirado del KGB lo delató a cambio de varios millones de dólares. No sabía su nombre, pero entregó una cinta con una grabación telefónica en la que Hanssen concertaba una cita para vender documentos. Ese fue su final.

William Colby

Dirigió la Agencia durante tres años en la época de Nixon. Estuvo destinado en Vietnam, donde se hizo amigo del presidente Diem. Intentó reformar los métodos del espionaje estadounidense, pero justificó la intervención en Chile. Fue un héroe de guerra, muy influyente en la política de seguridad.

El estratega de la CIA

La historia de la CIA no podría escribirse sin William Colby, al que Nixon nombró director de la Agencia de Langley en septiembre de 1973. Permaneció en el cargo durante tres años, en los que introdujo importantes cambios organizativos y nuevos controles para evitar las operaciones encubiertas de dudosa legalidad. Había nacido en una familia católica y nunca ocultó sus firmes convicciones religiosas.

Era una de las personas que mejor conocía la CIA porque había sido jefe de la estación de Vietnam del Sur en 1959. Fue enviado para apoyar al Gobierno de Ngo Dinh Diem, que entonces libraba una guerra con el Vietcong, la guerrilla insurgente apoyada por el Norte. Allí estuvo durante casi cuatro años en los que intimó con la familia de Diem, derrocado y asesinado en 1963 con la complicidad de sus aliados.

Colby volvió a Saigón en 1968 por orden del presidente Johnson, que empezaba a ser consciente de que EE. UU. no iba a lograr vencer militarmente al régimen de Ho Chi Minh. Su enviado especial adoptó una nueva estrategia y puso en marcha un

programa de desarrollo rural con el fin de ganarse a la población campesina. Posteriormente, fue acusado de complicidad en crímenes contra la población, pero él siempre lo negó con vehemencia.

En 1971, Colby retornó a la sede de la CIA en Langley. Dos años más tarde se produjo el relevo de Richard Helms al frente de la organización y el nombramiento del reformista James Schlesinger, que ascendió a Colby al cargo de jefe de operaciones en el exterior. Schlesinger solo estuvo unos meses en el puesto, pero encargó a su hombre de confianza un plan para remodelar la Agencia.

Colby lo sucedió al promover Nixon como secretario de Defensa a su antecesor. Tenía fama de ser un profesional hábil y diplomático, con un gran sentido común y unas buenas relaciones con la prensa. Intentó modernizar la Agencia, reforzar su labor de prevenir riesgos y aumentar sus medios tecnológicos.

Aunque Colby era consciente de que la CIA había cruzado líneas rojas, defendió ante una comisión del Congreso la teoría de que EE. UU. podía intervenir en conflictos internos en otros países para preservar sus intereses. Ello suponía justificar el derrocamiento de Allende en Chile.

Su etapa al frente de la CIA fue convulsa y agitada tanto por el contexto político (Nixon tuvo que dimitir en 1974) como por el estallido de la guerra del Yom Kippur, que sorprendió a la Agencia. La firma de los acuerdos de paz en París y la retirada de EE. UU. de Vietnam fueron un duro golpe y determinaron su relevo, pese a que su voz era muy influyente en el Consejo de Seguridad Nacional.

Fue el punto final a una carrera iniciada en 1941, cuando Colby entró en la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS), la predecesora de la CIA. Demostró su valor en peligrosas misiones tras las líneas alemanas, donde era lanzado en paracaídas. Estuvo en Francia y en Noruega con el objetivo de reorganizar la resistencia, lo que le valió elogios y condecoraciones.

Al acabar la contienda en 1945, Colby volvió para acabar sus estudios de Derecho en Columbia y empezó a ejercer en un bufete en Nueva York, hasta que finalmente aceptó trabajar para la recién nacida CIA. Su primer destino importante en los años cincuenta fue Roma, donde impulsó una alianza de las fuerzas anticomunistas y participó en la creación de la red Gladio.

Tras abandonar la CIA, fundó un despacho de abogados en Nueva York y abogó por una reducción del gasto militar y una distensión con la Unión Soviética. Murió en 1996 cuando viajaba en una canoa por el río Wicomico en Maryland. Su cuerpo fue

encontrado boca abajo en la orilla. El dictamen forense fue que había muerto de un infarto. Pero no faltaron quienes se apuntaron a la teoría de una conspiración, algo de lo que no existe evidencia alguna.

Aldrich Ames

Delató a agentes de la CIA infiltrados en la Unión Soviética, que fueron ejecutados. Empezó a vender sus secretos al KGB para seducir a una colombiana. Fue descubierto por el alto nivel de vida que no correspondía a sus ingresos. Detenido en 1994 cuando volaba a Moscú, lo condenaron a cadena perpetua.

Traidor por dinero y amor

Nadie ha causado tanto daño a la CIA como Aldrich Ames, que durante una década traicionó a la organización para la que trabajaba a cambio de dinero. Ames estaba prestando sus servicios en la embajada de Estados Unidos en México cuando se enamoró locamente de Rosario Casas, una empleada de la misión diplomática colombiana. Corría el año 1983 y fue en ese momento cuando decidió vender secretos al KGB para costear el nivel de vida que exigía la nueva relación.

Tras su vuelta a la sede de la CIA en Langley, Ames fue destinado al departamento de contraespionaje, donde llegó a ser el analista responsable de las operaciones de inteligencia en la Unión Soviética. Era la persona que tenía mejor información de la infiltración de espías al otro lado del Telón de Acero. Y no dudó en

sacar partido de su posición, delatando a sus compañeros a cambio de casi cinco millones de dólares.

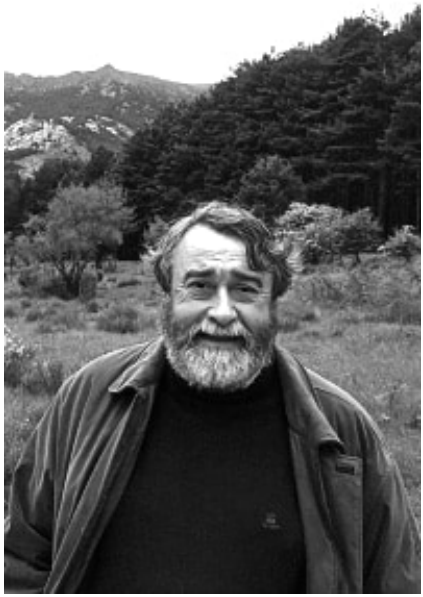
Su traición provocó la detención y ejecución de un número indeterminado de agentes. El más importante de ellos fue Dmitri Poliakov, un alto mando en la inteligencia militar soviética que colaboraba con la CIA. Fue ejecutado en 1988 tras ser identificado por Ames. También delató a Valery Martinov, agente del KGB que operaba desde la embajada soviética en Washington.

Ames había entrado en la CIA de forma casual en 1962. Fue contratado como educador. Tras acabar sus estudios universitarios, fue enviado al departamento de registro de operaciones. Y, más tarde, fue destinado a la embajada de Ankara para reclutar a espías conectados con el comunismo turco. Tuvo tal éxito en esta misión que la Agencia lo ascendió a labores de coordinación de sus actividades en Europa.

Ames no despertaba sospechas, era considerado un servidor eficiente y responsable y la CIA tenía tal confianza en él que le encargó la investigación de Jonathan Pollard, un doble agente al servicio del KGB. Fue una magnífica ocasión para hacer de Pollard un chivo expiatorio de su propia traición, cargándole la responsabilidad de sus delaciones.

Pero el alto nivel de vida y algunas contradicciones generaron sospechas en la CIA, que dedujo a finales de los años ochenta que había un topo de alto nivel en sus filas por el número alarmante de detenciones de su red soviética. Esos indicios llevaron a la convicción de que Ames no era lo que parecía cuando examinaron sus movimientos en las tarjetas de crédito, que superaban ampliamente su salario.

Ames fue detenido en 1994, cuando se disponía a volar hacia Moscú. Para evitar la pena de muerte, colaboró con el fiscal y relató minuciosamente sus actividades. Ello le valió ser condenado a cadena perpetua, mientras que su mujer fue sentenciada a cinco años de cárcel. El espía, que ha inspirado varias películas y biografías, sigue todavía internado en la prisión de Allenwood a sus 77 años, sin esperanza de ser indultado.



PEDRO GARCÍA CUARTANGO (Miranda de Ebro, 1955), ejerce el oficio de periodista desde hace más de cuarenta años. Le gusta decir que por sus venas no corre sangre sino tinta. Tras pasar por *El Globo*, *Cinco Días*, *Diario 16* y ser uno de los fundadores de *El Sol*, permaneció durante más de un cuarto de siglo ligado a *El Mundo*, medio del que fue director. Hoy es columnista de *ABC*.

Lector impenitente, es autor de *Vidas Paralelas*, *Visto y oído* y *Elogio de la quietud*.